

168

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

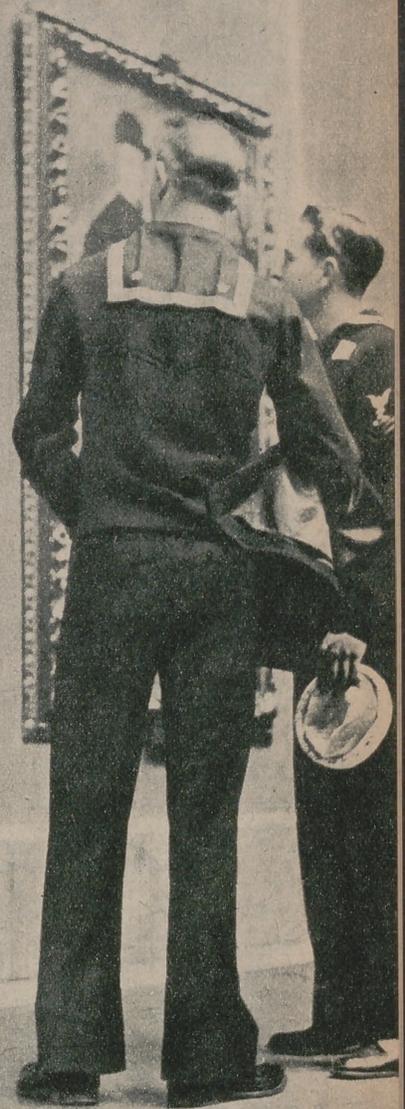
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 21 - 27 marzo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 277

¡BIENVENIDOS, CABALLEROS!

PRIMAVERA
1954

Un ejército de 2 millones de turistas preparan la invasión de España



LA OPERACION DE LA
TRANQUILIDAD, de la BE-
LLEZA Y DEL BUEN HUMOR



¡BIENVENIDOS, CABALLEROS!

DENTRO de unas semanas, tal vez de unos días, España va a ser invadida. Por sus ciudades, por sus calles y por sus plazas, junto a las costas serenas o frente a los acantilados bravíos, sobre los pelados alcornoques de la llanura o encima de los peñascos gigantescos de la serranía, un ejército extranjero, de muchos soldados, de muchos países y de muchas culturas, se posesionará de España. Son los turistas.

Los turistas están, ya, llegando. En fuertes y numerosos grupos han principiado a intimar con nuestra tierra. Vestidos raramente unos, con natural elegancia otros, se desparraman por los confines de nuestra extensa piel en una operación de conquista pacífica, que luego, en sus relatos, tendrá, para cada uno, un nombre especial, pero para todos un nombre general: «la operación de la tranquilidad, de la belleza y del buen humor. Estas tres cosas, entre otras muchas, se encontrarán los turistas en España. Aunque ellos vengan buscando otras emociones más concretas, más especificadas.

En 1936, el número de visitantes de nuestra Patria fué de doscientos mil. En 1954 se esperan dos millones. La diferencia está en un cero solamente. Sólo que colocado al final, como una expresión grande y rotunda de triunfo.

Ante tal número de visitas hay que prepararse para atenderlas con señorío, con generosidad y con hidalgüa. Como corresponde a nuestra historia. Y España, anfitrión generoso y único, ha preparado su plan. Este es, como se verá, su desarrollo.

POR TODAS PARTES SE VIENE A ESPAÑA

A España se llega de muchas maneras: por el mar, por el aire y por la tierra. Y se entra por muchos puntos: Irún, Port-Bou, Canfranc, Túy, Valencia de Alcántara, entre los de tierra; Prat de Llobregat, Barajas, Tablada, entre los del aire; Vigo, Cádiz, Gijón, Barcelona, La Coruña, entre los del agua. Y del millón y medio de viajeros que llegaron el año pasado a España, setecientos mil lo hicieron por carretera, cuatrocientos mil por ferrocarril, y el resto, en mitad y mitad, por puertos y aeropuertos.

Cuando el hombre español rueda por los caminos del norte de España, hay, en el verano, veinte automóviles con matrícula extranjera por cada uno con placa española. Así, el paisaje de España—también el paisaje espiritual de nuestro país—es descu-

bierto, cada día, desde el asfalto caliente, por miles y miles de ojos que no saben qué agradecer más: si la emoción del descubrimiento o la eterna sensación de tranquilidad tendida por igual sobre el horizonte.

Por la frontera pirenaica llegan, principalmente, los visitantes franceses, alemanes y nórdicos, en general. A los puertos catalanes arriban los turistas italianos, griegos y semiárabes, de Turquía y de Egipto. Por Vigo, La Coruña, Gijón y Santander son los ingleses los que constituyen el grueso de las expediciones. Portugal, además de sus propios vecinos, nos traslada conjuntos de americanos del Norte y del Sur. Por el aire llegan todos, convirtiendo los aviones en pequeñas reuniones en las que pareciera, a primera vista, que iban a discutirse cualquier conferencia internacional de las de ahora. Y cuando se abre la portezuela y se baja por la escalerilla, en la pista de cemento con esencia poliglota, sólo se oye decir: «Ya estamos en España, tierra bonita.»

Para que estos viajeros se sientan mejor todavía que en su propia casa, la Dirección General de Turismo, en combinación con cada organismo particular, ha dispuesto que las exquisitas normas de cortesía, de atenciones y de facilidades, que ya regían en anteriores temporadas, sean ampliadas este año. De tal manera, que la operación de pasar la frontera vendrá a ser tan rápida que apenas durará lo que fumar un par de cigarrillos: diez minutos, por ejemplo.

OCHENTA Y CINCO MIL HABITACIONES PARA LOS QUE LLEGAN

Después del medio de llegada está el lugar de reposo y de sustento. Puede decirse que en las grandes capitales españolas es rara la familia de tipo medio que no conoce a algún extranjero, de cuerpo vivo y presencia física. Bien sea porque es amigo del hijo, del hermano o del padre, o porque se conoció a la muchacha en ocasión de tener que pasar por improvisado y avezado, a la par, guía turístico.

Los ingleses reconocen que España es el lugar en que menos se explota al turista. Mr. Davis es un londinense rubio, grueso, con ojos azules y que fuma tabaco rubio de Virginia en su pipa de color caoba. Bueno, fumaba, porque cuando llegó a España y se le terminó su libra de tabaco compró en nuestros estancos una cajetilla de tabaco picado.

—¿Qué tal? ¿Es bueno?—le



Turistas de todos los países están llegando a España. Los medios son muy variados, la primavera y las primeras corridas, nuestro país recibe a los forasteros, nuestra Patria se llevaron, entre otros un recuerdo perenne de esta tierra y generosa

preguntamos, con aire de duda. —¡Oh! Excelente. Y muy barato—y los ojillos azules le brillaban satisfechos, con aire de haber descubierto un tesoro.

El mismo contaba que en Francia, en Alemania y en Italia hay un Cuerpo de Vigilancia especial para evitar que al turista se le cobre sobreprecio en las cosas más corrientes, acontecimiento que tiene lugar en cuanto se descuida uno. Por otra parte, en algunos casos, las habitaciones de los hoteles hay que adquirirlas mediante ofertas, como si se tratase de una subasta cualquiera, y el capítulo de propinas es tan grande como la cuenta misma del hotel.

—Esto, la verdad, no ocurre en España. Nadie me ha pedido una propina y nadie me ha cobrado nada por enseñarme una calle o indicarme una dirección. España es, desde luego, el país de la amabilidad y de la generosidad.

El gran plan del Ministerio de Información y Turismo para la protección y desarrollo de la industria hotelera en España comprende un crédito de cien millones de pesetas, que se aumentará progresivamente hasta alcanzar la cifra de los trescientos millones de pesetas. De esta manera, muy pronto, tal vez en esta temporada, se conseguirán las ochenta y cinco mil habitaciones precisas para albergar a los dos millones de visitantes que nos anuncian su llegada sucesiva.

Como complemento de este programa de construcciones—hoy las habitaciones disponibles dentro del ramo hotelero, son cerca de sesenta y cinco mil—están toda la serie de Paradores de Turismo y los Albergues de Carretera. Los primeros suman quince, y los se-

gundos, doce. Constituyen, ambos unidos, una red de inapreciable ventaja, situados en los puntos más pintorescos y más atractivos de la nación. Para los turistas de este año les guardamos, en estremo, los dos últimos: Pajares, en las montañas de León y Asturias, y Ordesa, en la provincia de Huesca.

De esta manera, cuando regresen a su patria el sueco que vino buscando calor o el árabe que quería ver nevar, dirán:

—No hay mejor sitio que La Orotava, allá por las Canarias.

—No hay mejor sitio que Gredos, con sus cabras hispanas saltando entre las peñas.

CUATROCIENTAS MIL PERSONAS VENDRAN A LA SEMANA SANTA

Dentro de la proximidad de las fechas, la Semana Santa española es punto de cita de gran cantidad de personas de todas las partes del mundo. En cada ciudad, en cada pueblo o en cada aldea española que haya un sacerdote y cuatro mozos para llevar las andas del «paso», se celebra la Semana Santa con su procesión. Este ejemplo de fe, de fervor y de rigurosa piedad sólo puede ofrecerse en nuestra nación. Junto a la grandiosidad de la conmemoración religiosa, la piedad humana ha lanzado al veneno popular una expresión penitenciaría de auténtica raigambre cristiana. El valor artístico de las imágenes, la elegancia y magnificencia de las vestiduras, el fantástico atavío de los penitentes, dan a las Semanas Santas españolas un aspecto de algo verdaderamente extrahumano y grandioso, que ha llegado a conocimiento de las más apartadas regiones del mundo.

—Yo he visto las procesiones de Valladolid, de Sevilla y de Málaga; los «pasos» de las de Cádiz, Hellín, Granada, Cartagena y Zamora; las costumbres de las de Lorca, Crevillente, Murcia, Salamanca y Tarragona; el ambiente y el paisaje de las de Medina de Rioseco, Alcañiz, Jumilla y Zaragoza, y, ¡palabra!, todos los años vuelvo a España, a descubrir una nueva Semana Santa, porque allá, por la América de los rascacielos, no puede verse a las mujeres llorar cuando se canta una saeta ni a los hombres andar descalzos y de rodillas en cumplimiento de una promesa que hicieron al Creador.

Estas eran, ni más ni menos, las palabras de un banquero norteamericano, conocedor de todos los países y de todos los paisajes, que hablaba, verdaderamente emocionado, de las Semanas Santas de España.

Cerca de cincuenta ciudades y pueblos de España tienen, por categoría humana, unas procesiones del mismo elevado nivel. Son las regiones de Andalucía, de Castilla la Vieja y de Levante las que logran, principalmente, la máxima calidad.

En doscientos mil extranjeros se calcula el número de los que este año presenciarán las procesiones de Andalucía; en setenta y cinco mil, las de Levante; en otros tantos, las de las dos Castillas. Y los que restan, hasta los cuatrocientos mil, por toda España. Jamás se ha alcanzado tal cantidad de visitantes en esta época. Mientras en otros lu-



La plaza de Cataluña de la Ciudad Condal será un remanso de paz para los visitantes que llegan por los Pirineos



Andalucía descubrirá al turista un mundo alegre, luminoso y pintoresco. Sevilla, la ciudad del sol, con sus maravillosos pasos de Semana Santa

gares del mundo crece la crónica negra, aparecen y desaparecen las huelgas y hay muertos y detenciones en la lucha de las doctrinas, España ofrece—la expresividad de los números lo confirma—una realidad y un interés. Humano y religioso, tranquilo y sereno, que, hoy por hoy, no pueden dar en ningún otro lado.

UNA COMIDA EN ESPAÑA ES TRES VECES MÁS BARATA QUE EN EL EXTRANJERO

Dentro de esta revisión de motivos por los cuales llegan a España más y mejores visitantes cada año, está, sin duda, la sentencia de que «España es el país más barato de Europa y donde mejor se come». Este axioma quedaba confirmado en una carta que Mr. Edward V. Saher, vicepresidente y tesorero del Colegio Internacional de Abogados de Nueva York, dirigió al consul español de la misma ciudad con ocasión de la visita que aquél hizo a España no hace mucho tiempo:

«Cuando estuvimos en Segovia, almorzamos en un modesto restaurante, cuya cocina era, dicho sea de paso, excelente. Poco después de habernos sentado entra-

ron en él cuatro soldados del Ejército español, que se sentaron en otra mesa junto a nosotros y se pusieron a comer un simple menú. Cuando uno de estos soldados se dió cuenta de que mi esposa quería fumar y no tenía fósforos, se levantó, encendió su cigarrillo y luego le regaló el interesante, pero más o menos primitivo, instrumento con el que había realizado este acto de cortesía.» Mr. Saher dice a continuación al consul que para corresponder a este acto de gentileza, su esposa quiere enviarle al soldado, como regalo, un moderno encendedor norteamericano. No hace falta decir que el «interesante pero primitivo instrumento» era uno de esos clásicos encendedores de pedernal, eslabón y mecha que usan los campesinos de Castilla.

Esta pequeña anécdota, repetida en cientos y cientos de casos, nos revela dos cosas. Primero, el turista en España es un auténtico huésped al que se trata con una deferencia inigualable; segundo, el turista se encuentra en nuestra Patria casi mejor que en su propia casa y contempla con asombro cómo una comida que, en su nación, le costaría tres veces más, la consume por un pre-

cio tres veces menos. No hace falta dar números. Cualquiera que haya salido fuera de España puede afeistiguarlo.

Y como complemento está el vino. ¿Hay mejor vino que el de España? Que se lo pregunten a los marineros americanos que desembarcan en Barcelona, o a los aviadores holandeses que transportan pasajeros, o a los conductores suizos que dirigen excursiones colectivas por las carreteras de Andalucía. Ellos contestarán.

EL TOREO TIENE SUS ADMIRADORAS

Los extranjeros que llegan a España lo hacen—es indudable—por diferentes motivos. Pero entre los principales figuran los toros. Y muchos de ellos se entusiasman de tal manera que sus vacaciones las van convirtiendo en una persecución de carteles de ferias, de actuación de toreros y también, ha sucedido este caso, de ganaderías.

Jacqueline Darremont es una linda francesita de veintidós rubios aniversarios, que el año pasado siguió, plaza por plaza, las actuaciones de Antonio Ordóñez durante el mes de agosto. Jacqueline llegó, por primera vez, a San Sebastián. Allí fué a los toros. Y conoció al torero dentro y fuera de la plaza. El matador es probable que ni se fijase en ella; una muchacha más entre la multitud de presentaciones. Al día siguiente, Ordóñez toreaba en Navarra, y luego en Bilbao, y luego en Cádiz, y luego en Santander, y más tarde en Barcelona, y después en Salamanca. En un tendido—unas veces de sol, otras de sombra—, la rubia figura de la admiradora, siempre, se levantaba para arrojar un clavel colorado. La vieja fábula del torero y de la extranjera tenía realidad. Igual que Jacqueline, dentro de nada, vendrán cientos y cientos de nuevas aficionadas. Y cuando el matador de turno, como un eterno mito de la eterna España, reparta saludos corriendo la arena, los claveles caídos a su paso significarán admiraciones de unas recientes conquistas.

Las plazas de toros, así, tienen su público especial, que viene de lejos de las fronteras. Y con ellos se cuenta para organizar ferias y carteles. San Fermín, la fiesta taurina predilecta de los

ingleses, ha preparado mil camas más que el año pasado; San Sebastián, ciudad fronteriza donde los franceses de la otra orilla van y vienen domingo tras domingo, ha dispuesto tres mil plazas más que el año pasado, e igual que el año pasado, resultarán otra vez insuficientes. Madrid, con sus corridas de San Isidro, llenará los tendidos de turistas que, en la Monumental, son el dos y el tres. En Barcelona, jueves sí, domingo también, se alegrará el ruido con las bulliciosas presencias de los marineros americanos, franceses, italianos, griegos e hindúes que, como siempre, piden a voces la oreja para el matador, porque así creen cumplir la obligación del novato espectador taurino.

Haciendo un recuento rápido, para la presente temporada taurina está proyectada la celebración de trescientas corridas de toros y casi quinientas de novillos. Ello supone, por término medio, mil cuatrocientas horas de espectáculo taurino y, también, cuatro millones de espectadores dispuestos a calentarse al sol o a enfriarse en la sombra. De este número, medio millón, por lo menos, serán extranjeros. Las corridas de toros, pues, cuentan también como objetivo inmediato de esta invasión que se nos anuncia.

CINCUENTA MIL EN LAS FALLAS Y VEINTICINCO MIL EN EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Allá por el Levante hay dos festividades que atraen gran número de turistas: las Fallas, en Valencia, y el Entierro de la Sardina, en Murcia. En la noche del 19 de marzo, las calles valencianas, repletas hasta más no poder, iluminan con luces de fuego auténtico, los rostros asombrados de los estupefactos espectadores que allí llegaron por vez primera. De ellos, unos cuarenta mil tendrán su domicilio en lejanos países. Cuando regresen a sus casas podrán contar a sus amigos:

—¿La «nit de foc», en Valencia? Jamás veréis un espectáculo igual.

Murcia recibe a los turistas con dos cosas verdaderamente impresionantes: la famosa belleza de sus mujeres y el fantasmagórico Entierro de la Sardina, envuelto

en las penumbras de la noche y rematado por el incendio del gigantesco pescado sobre el puente del Segura, como tradicional parrilla de cemento. Cuando Murcia recibe mayor cantidad de extranjeros es en Semana Santa.

NUEVOS FESTIVALES EN LAS CALLES Y EN LAS PLAZAS

¡El cante y el baile, palabras mágicas! Lo primero que suelen hacer muchos turistas, sean de la nacionalidad que sean, es preguntar dónde pueden ver bailar un zapateado, una jota, unas sardanas, unas sevillanas o un bolero mallorquín, y en qué lugares pueden escuchar unas alegrías, unos fandanguillos, unas jotas, unos zorricos o unas manchegas, por ejemplo.

En toda esta faceta se distinguen, para la temporada que empieza, dos aspectos: las ferias tradicionales, como las de Sevilla, Jerez, Osuna, etc., y los festivales, que, por vez primera, prepara el Ministerio de Información.

Nórdica o latina, ario o sajón, hombre o mujer que hayan pasado por el Real de la Feria, a la grupa de una jaca torda o en el pescante de un tronco de cuatro pares de caballos andaluces, no lo olvidará jamás.

—¿Usted sabe la emoción que se siente en lo alto del Empire State, al atravesar las cataratas del Niágara, al volar por encima del Aconcagua o al contemplar cómo el Vesubio echa humo por su cráter histórico? Pues eso y mucho más se apodera de uno cuando, después de haber bailado en una caseta de la Feria de Sevilla, se marcha camino de la Maestranza a ver torear a los ases de la torería. Porque, ¿sabe usted?, yo ya sé quiénes fueron Joselito y Belmonte, y Rafael el Gallo, y Cagancho y Gitanillo de Triana, y Pepe Luis Vázquez y Manolete y el Litri.

Así hablaba el propietario de unos grandes almacenes daneses, eterno viajante y, desde ahora, eterno enamorado de las cosas de España.

Este año, las ferias tradicionales se van a completar con unos nuevos programas: son los festivales organizados por el Ministerio de Información y Turismo, que, en las plazas de diferentes capitales españolas, van a celebrarse en un mensaje mezclado de canto y de baile, de teatro y de auto sacramental, de «ballet» y de ópera. Santander, Valencia, Murcia, Barcelona, Tarragona, Sevilla, Santiago de Compostela, La Coruña y San Sebastián.

Contribuirá a la mayor brillantez de estos festivales la actuación en los mismos de Alemania y Estados Unidos, los cuales aportarán, respectivamente, sus mejores grupos de ópera y algunos de sus más famosos grupos de «ballets».

Por lo que a España se refiere, se pueden dar como seguras las actuaciones de la Orquesta Nacional, de la Orquesta Municipal de Barcelona, de la Orquesta Municipal de Valencia y de la Orquesta Municipal de Bilbao. Nuestro baile, conservado a través de los siglos, tendrá expresiva representación en el «ballet» del marqués de Cuevas, en el «ballet» de Pilar López, en el de Mariemma y en el de Marianela de Montijo.



Izquierda: Andalucía en feria. Sevilla en el sueño de los visitantes.—Derecha: En la ciudad encantada, Cuenca, el turista se sobrecoge ante la grandiosidad de su Semana Santa

«Ballaores» y «ballaoras», «cantaores» y «cantaoras», romperán el silencio de las plazas españolas con el agudo de sus coplas, con el pasmo de sus faralaes o con el ritmo ingrávido de sus patillas de punto.

UN MILLON DE PEREGRINOS A COMPOSTELA

En el Año Jacobeo, Santiago de Compostela adquiere, más que en los ordinarios, una importancia excepcional. Pero, además de la natural calidad religiosa, el paso de los años—de estos años buenos—se ha dejado sentir en la historia de Santiago de Compostela. Seis años han bastado para que, en el mundo, el prestigio de España se haya sextuplicado. El 30 de marzo de 1948, anterior Año Jacobeo, había anunciadas, entre españolas y extranjeras, treinta peregrinaciones. Hoy, en este mismo día que escribimos, las peregrinaciones extranjeras casi suben al centenar, y las nacionales completan el número hasta llegar a las doscientas en total.

Un millón de peregrinos se esperan en Santiago de Compostela, de los cuales, cuatrocientos mil por lo menos vendrán de lejanos países y dirigidos por autoridades de todos los prestigios.

Doscientos polacos exilados en Francia y Bélgica, al mando del arzobispo Cawlina y del general Anders, harán la ofrenda de una reproducción exacta de Nuestra Señora de Czestochowa. El cardenal Feltin, arzobispo de París, llegará al frente de la peregrinación nacional francesa, y el cardenal Griffins dirigirá la peregrinación nacional inglesa, que traerá una imagen de Nuestra Señora de Walsingham. De Holanda, del Canadá, de los Estados Unidos, de la Unión Sudafricana, de Irlanda, de Portugal, del Brasil y de Puerto Rico vendrán, espaciados, peregrinos y más peregrinos.

El Pórtico de la Gloria sentirá las pisadas de muchas culturas y de infinitas costumbres. Pero todas ellas amparadas por una misma unidad: la unidad de la fe.

Cuando este medio millón de peregrinos regrese a sus tierras portando la concha del Apóstol Santiago, en sus retinas, que vieiron ganar el Jubileo, quedarán grabadas dos verdades: la verdad inamovible de Santiago, Señor y Patrono de las Españas, y la verdad firme y definitiva de España, patrocinada, desde los altares, por el Señor Jacobo, que vive, en presencia, en Compostela.

AVA GARDNER HACE, SIN QUERER, PROPAGANDA DE LA COSTA BRAVA

Las calas de la Costa Brava, miradas desde lo alto, parecen de juguete, por lo perfectas y fantásticas. Los tejados rojos, paralelos y cuadriculados, al borde mismo de las aguas, dan la sensación de que, de un momento a otro, las casas van a salir navegando y se van a perder en la lejanía azul de las olas, quietas y tersas, sobre la superficie luminosa del Mediterráneo. La Costa Brava catalana, de esta manera, es lugar preferido por los turistas de todas las nacionalidades que quieren, junto a los pinos, bañarse en el mar, navegar viajeros sobre cada vez más estilizados balandros o reposar tranquilamente junto a la amabilidad, la alegría y el



Nuestra fiesta nacional arrastra gran multitud de turistas, donde encontrarán el riesgo y la emoción de un pueblo que vive su intensidad bajo el sol y la belleza.—Derecha: Un típico rincón de Sevilla



Con bastante antelación al toque que abrirá el paseillo, los turistas han ido tomando posiciones en los tendidos del redondel. Un olé resuena en la plaza, desgranado en abanico, de los pechos de nuestros visitantes

bienestar de los habitantes de la región.

En la Costa Brava pueden observarse varias clases de turistas. Primero, aquellos que se dedican a pasar un día en cada sitio de la costa, viajando en su automóvil o en su motocicleta; descansando en su tienda de campaña y gozando durante el día del soberano placer de la Naturaleza.

Luego están los turistas sedentarios. Pero, dentro de esta categoría, pueden distinguirse por nacionalidades. Los ingleses y norteamericanos se instalan en Tossa del Mar, influenciados, sin duda, por la película «Pandora y el holandés errante», que se rodó en aquella localidad. En cambio, los franceses se extienden mucho más. Unen a sus vacaciones una bohemia constante. Caminan lo mismo en Palamós, que en Blanes, que en Calella, que en Arenys de Mar, que en Bagur o en Aiguafreda. Y, cada año, los lugares de alojamiento se ven ocupados en su totalidad. Por eso, cada año también, se hacen nuevos proyectos y nuevos planes de ensanche. San Feliú, S'Agaró y Palamós van en cabeza. Nuevos hoteles, nuevas torres y nuevas lujosas residencias se alzan día tras día. Y día tras día se van quedando pequeñas.

TAMBIEN LAS «CASTAÑITAS» TIENEN SU SONIDO

Madrid tiene una característica muy especial en lo que a turismo internacional se refiere. En la capital de España se surten de objetos de recuerdo o de productos artesanos el noventa por ciento de los turistas que a nosotros llegan. En Madrid, en la calle de Floridablanca, está instalada la Exposición de Artesanía. El capítulo más importante de la venta de esta institución lo representan las partidas de marzo a octubre. En el año pasado, solamente los norteamericanos hicieron compras por valor de 400.000 pesetas.

En una de las pasadas temporadas, un cliente estaba muy empuñado en comprar unas «castañitas». La muchacha, por más que preguntaba y por más que rogaba explicaciones, no sabía qué clase de fruto era el que deseaba el cliente, toda vez que no aceptó unas hermosas castañas que le fueron presentadas. El problema quedó resuelto cuando el comprador, después de consultar el diccionario, dijo sentenciosamente:

—Unas «castañitas» de las que suenan, de las que suenan...



Las fiestas de los Sanfermines de Pamplona es un plato fuerte en el itinerario de todo turista. La foto recoge el desfile de gigantes y cabezudos ante la iglesia donde se venera el Santo

Quedó aclarado: se trataba de unas castañuelas.

El turista compra de todo: mantillas, peinetas, guitarras, encajes tallas de madera, muebles, dormitorios enteros, comedores, mantelerías, vestidos típicos, sombreros de ala ancha, panderetas, cubiertos, colchas etc... Y discos. Casi el cincuenta por ciento del comercio de discos españoles está acaparado por los extranjeros, sin contar, naturalmente, las casas dedicadas a la importación.

Por estas fechas mediados de marzo, sólo en Estados Unidos hay vendidos ya doscientos mil billetes de avión y de barco para norteamericanos que vienen a pasar sus vacaciones en España. Cada uno de ellos hará un gasto medio de tres a cinco dólares en objetos de artesanía, sin tener en cuenta los que adquieren grandes partidas.

GRANADA Y TOLEDO EN LAS PROCESIONES DEL CORPUS

Margot Fonteyn es la primera ballarina del Convent Garden. Cuando se celebró el Festival Musical en Granada, Margaret vino expresamente y sin cobrar nada, a bailar en aquellos festivales, donde intervinieron, entre otros, Antonio y Andrés Segovia.

—Es un espectáculo maravilloso y jamás presenciado por ojos humanos—dijo Margaret después de terminadas las actuaciones.

Aquel Festival fué presenciado por las más importantes personalidades del mundo artístico y miles de aficionados al canto y al baile de todos los países. Más de diez mil personas, de fuera de Granada, se dieron cita en los jardines del Generalife y en el Patio de los Leones de la Alhambra.

Las peticiones para este año son tan numerosas que Granada va a verse totalmente inundada de caras nuevas, de extrañas indumentarias y de lejanas sensibilidades, que por primera vez van a contemplar en un marco fastuoso y jamás soñado las excelencias del canto y del baile español.

Antes está el Corpus. El Corpus en Granada y en Toledo. La regia divinidad del Creador expuesta a la veneración fervorosa y sencilla de los creyentes. La incomparable riqueza de las custodias rompiendo los rayos del sol que se filtra por las esquinas. Ese es el Corpus en Toledo y en Granada.

En contraposición con los festivales musicales, Toledo presenta toda su lírica poesía de Gustavo

Adolfo, la inestimable valoración del Greco, con su «Entierro del conde de Orgaz», los objetos damasquinados y repujados de oro—navajas, puñales, espadas, templados en las aguas frías del Tajo—, la presencia del valor de las epopeyas y la mezcla viejísima de las religiones que, en tiempo de moros y hebreos, florecían en las esquinas de la imperial ciudad.

«YO ME QUEDARIA PARA SIEMPRE CON EL MUSEO DEL PRADO»

Dejando a un lado los museos naturales que nuestra nación encierra—Cuevas de Mallorca, Monasterio de Piedra en Zaragoza, Casas Colgadas en Cuenca, etcétera—, España ofrece al turista una serie de monumentos artísticos de toda clase que difícilmente pueden reunirse en otras latitudes.

Aquí están, antes que nada, nuestros Museos de pinturas.

—Si a mí me dijese que podía quedarme en España con uno cualquiera de sus edificios—decía un famoso químico alemán que nos visitó recientemente—, no pediría ni la exclusiva de toda la industria química, ni la propiedad de los aceros, ni de las minas de carbón. Yo quisiera ser el dueño y usufructuario único del Museo del Prado de Madrid. Me quedaría a vivir junto a las obras de Valázquez, del Greco, de Goya y de Murillo, y no me preocuparía de más. Entonces me podría morir tranquilo.

España puede enseñar mucho en cuanto a pintura clásica. A pintar a España vienen, anualmente, cerca de quince mil pintores profesionales de todos los países, y no digamos la cantidad de aficionados que, con acuarelas, lápices de colores u óleos minúsculos, tratan de reproducir o interpretar los tipos y los paisajes de las diversas regiones y de los diferentes caminos hispánicos.

Luego, o antes están las catedrales. Las mejores catedrales del extranjero han quedado seriamente dañadas, si no destruidas, por los bombardeos de la pasada guerra. Sólo en España se conservan intactas, como expresión firme y suprema de paz espiritual y material. Y a verlas, a contemplar sus pórticos, a reseñar sus naves, a describir sus capiteles o a contar el número de sus columnas, llegan miles y miles de turistas. Puede decirse que no hay turista, por arreligioso que sea, que no visite, por lo menos una catedral o una iglesia española.

Son, de esta manera, dos millones de visitantes anuales que entran y salen absortos de las giraldas, de los coros y de los cruces de las catedrales españolas.

AQUI ESTAN TODOS LOS PUEBLOS Y TODOS LOS POBLADORES

España se prepara, pues, a ser invadida. Dispuestas están sus ferias y sus fiestas para recibir a los visitantes. Ahí está Alcoy, con San Jorge y sus «Moros y Cristianos»; Tafalla, con la romería de la Hermandad de los Doce Apóstoles; San Vicente de la Barquera, con las fiestas de «Las Follas»; Ronda con la conmemoración de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos; Atienza, con la típica «Caballada»; Burgos, con la procesión de los «Corpillos» en el Monasterio de las Huelgas; Alicante, con sus Hugueras de San Juan; Tolosa, Pasajes de San Juan y Eibar, con las pruebas de los «corrikolaris»; Soria, con su «Domingo de Calderas», en el que la gente de los barrios celebra banquetes al aire libre; Zumárraga, con su romería a Nuestra Señora de la Añigüa y el baile de los «espatañzaris»; León, con ese su Campeonato provincial de «aluches», una especie de lucha libre; Villafranca de Oria, en la fiesta de Santa Ana y su baile «auresku» de santaneros; las fiestas colombinas de Huelva, conmemoración de la marcha de Colón hacia el Descubrimiento; Espinosa de los Monteros, con sus danzas de «El Caracol», «El Ahorcado» y «La Danzadora»; Cilleruelo de Bezana y su típica feria de gatos; las Semanas Grandes de Gijón, Santander, Bilbao y San Sebastián; la representación, en Elche de su «Misterio»; las fiestas de San Magín, en Tarragona; las fiestas del Cristo del Caño, en Barco de Avila, con la procesión de las Gollondrinas, en la que estas aves, invariablemente revolotean alrededor de la imagen del Cristo; las fiestas del Charco, en la aldea de San Nicolás de Gran Canaria, en las que el vecindario se trasladaba a la albufera de dicho nombre, y a una señal se lanzan a ella para pescar los peces que durante el año, a partir de la misma fecha del anterior, se han criado en la pequeña laguna; el Pilar de Zaragoza, bastión de la Hispanidad; cerrando con Santiago de Compostela en el movimiento del botafumeiro y el sonido de las chirimías.

En medio de esta relación caben todos y cada uno de los pueblos de España.

De esta manera, ese par de millones de hombres y de mujeres que ya comienzan a llegar, se llevarán una visión directa y hermosa del país que visitan.

—No hay nada mejor que España.

Esa es la verdad. Y aquí estamos para demostrarla. ¡Bien venidos a España, caballeros! ¡Que vuestra marcha y vuestra llegada a vuestros países respectivos esté tan llena de paz y de tranquilidad como la que vais a disfrutar bajo nuestro cielo, junto a nuestras corridas de toros, al lado de nuestros monumentos y al compás de nuestras ferias!

¡Bien venidos a España, caballeros!

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ALFONSO MOLINA

TE he elegido como destinatario de esta carta porque eres el último Alcalde visitado por mí dentro del campo de operaciones estéticas, hacendísticas, higienistas, sociológicas, que es una ciudad. Una ciudad, aunque date su fundación de la Prehistoria y deba su origen a un río, a un santuario, a la defensa militar de un territorio o a un mercado de ovejas de lana merina, vale tanto en cada momento como vale su Alcalde en su tiempo y lugar, y así tanto vale La Coruña como vale Alfonso Molina, como vales tú en medio de una Coruña legendaria y actualísima. Hay una señal de apogeo en España, como existe un síntoma de decadencia en el país francés, donde los Ayuntamientos están en crisis por una ley electoral que tritura la coherencia representativa del Municipio y por una escasez de recursos financieros ante el ensanchamiento de las necesidades del común; mientras que el auge municipal en España se advierte pasando de La Coruña a Santiago, de Santiago a Vigo (quiere citar también a Padrón y Ponte Cesoires), cuyos Alcaldes, a la vez que todos los Alcaldes gallegos, renovaron y hermosearon lo que parecía era imposible mejorar, ya que Galicia es la parte española más bella y más permanente.

Los alcaldes en Francia eran los eslabones que sujetaban los vaivenes políticos de la tercera República, porque ser alcalde de una villa rural era compatible y tan importante como ser presidente del Consejo de Ministros. Una fotografía de un recién nombrado ministro francés era un conjunto de alcaldes pueblerinos, sólidos y vestidos con pésimo gusto, al lado de algún abogado orador y fullero y de algún tráfuga del socialismo. Cuando muera el sempiterno alcalde de Lyon, Eduardo Herriot, para muchos la dulce Francia se habrá convertido en algo muy amargo. Entonces se habrá desmoronado el postrer vestigio de la Francia tricolor, de la República de los compadres, pero tendrán que comenzar por el principio, reuniendo y unificando uno tras uno a los vecinos de cada comuna. En España, un Ayuntamiento con A mayúscula siempre es un ayuntamiento con a minúscula, a pesar de las dentelladas de una legislación desamortizadora traducida con retraso de la masonica Revolución francesa con el fin disolvente de imponer la anemia a nuestros pueblos. Sin bienes de propios y talados los montes municipales, el panorama en torno de cada campanario era la desesperación y la miseria de la guerra civil. De estas reyertas de perdurarios del siglo XIX se salvaron milagrosamente las fuentes públicas, que eran el ornato de una España megalóclásica, a la que habían arrebatado el suelo físico de Gibraltar, pero no su Municipio, trasladado a San Roque. Cuando los ingleses invadieron a España con el pretexto de combatir contra Napoleón, nuestros hogares iban a estar amenazados y nuestra vida municipal iba a estar en precario durante más de una centuria.

La efímera Dictadura de don Miguel Primo de Rivera trajo un Estatuto jurídico para recomponer el caos, favorecido por el caciquismo, inventado por Cánovas del Castillo para sustituir al fantasma de la Monarquía restaurada, y estableció un Banco de Crédito Local, que vino a servir de bolsa para que los entecos y desmedrados Ayuntamientos pudieran salir del maleficio del pucherazo. Ya no es fácil recordar a los Alcaldes de la Dictadura, porque los Alcaldes del régimen de Franco los han superado asombrosamente; pero sin aquellos Alcaldes consabidamente; pero sin aquellos Alcaldes convocados de vez en cuando a Madrid por el instinto de don Miguel hubiera sido menester principiar desde el huevo en un Reino donde faltaban las aguas potables, las viviendas, los jardines, las escuelas, las comunicaciones urba-

nas, en el caso de que no las explotase el capital extranjero, dueño de tantas compañías de tranvías, de gas, de agua, de electricidad. Al viajar a través de la Península se descubre a este personaje dinámico, con imaginación, con terquedad, con refinamiento, con aguante, que es el Alcalde español desde el 18 de Julio de 1936. En los Municipios se congregan las representaciones de las otras dos células sociales que son la familia y el sindicato, hasta conseguir una mayoría, una unanimidad que avala al Alcalde. Con este refrendo se han ejecutado o están en práctica los planes más vigorosos y más audaces de nuestra Revolución nacional, cambiándose la cara y la estructura de la Nación con una mudanza tal como no la hubo jamás en su historia. Enumerar pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, la transformación y el progreso edilicio sería farragoso e inexpressivo, pero si recorremos cualquier itinerario español, nuestra sorpresa delante de la labor de los Alcaldes irá de aumento en aumento. El Alcalde es un taumaturgo que siente la emulación de las próximas provincias y metido en esa antiquísima rivalidad se arroja a la acción con un desenfreno que sólo mitigan la ciencia moderna del urbanismo y los topes morales y legales de la Administración Pública. Todos son personas decentes, pero es tanto su celo por hacer a su ciudad una gran ciudad, que en ocasiones son mirados por la gente gélida como si incurriesen en pecado de megalomanía. Sin embargo, las empresas sólo pecan por cortas, puesto que en los cementerios municipales se acaban las tumbas y los nichos con el crecimiento demográfico, los cálculos para el sediento encuentran un fallo en el futuro, y los arcos de triunfo son angostos para la multitud cuando se presenta el triunfo. Por consiguiente, la previsión y hasta la pródiga profecía tiene que ser una de las virtudes básicas del Alcalde, que no sólo debe cuidar del aspecto y respeto arqueológico de su ciudad, sino también de ese difícil arte que es el porvenir puesto a sus pies como un perro despierto.

Mi querido Alfonso Molina, me perdonarás que no cite por lo menudo tu transformación de La Coruña, a la que has infundido el sobramante de tu vitalidad de ingeniero de Caminos y de poeta de coros gallegos. Aunque permaneces soltero para mayor tensión de la ciudad (nunca las ciudades pueden negar que son femeninas), buen maridaje es el ayuntamiento con a minúscula de la lírica y de la técnica, gracias al que sobresale tu Ayuntamiento con A mayúscula. Todavía se repite con derrotismo repugnante de castrado aquel verso cotidiano refiriéndose al pueblo español, al español de la calle y de las glebas, al don nadie, «qué gran vasallo si hubiere buen señor». Pues bien, este hombre de la calle, este Juan español anónimo, aparte de estar regido por un Caudillo (Caudillo por encima de los señores), cuenta con numerosos, con infinitos Alcaldes que han transmutado su conterno, sacándonos de la estrechez y de la roña. Lo más enérgico en nuestra existencia civil a partir del 18 de Julio ha sido la actuación de los Alcaldes, infatigables Alcaldes, todos amigos míos, a quienes quiero y admiro, Alcaldes incansables que se mueven desde la mañana a la noche, pendientes de su ciudad, con una sensibilidad hiperestésica, en relación directa con Madrid, a donde vienen al frente de Comisiones y para gestiones directas e intransferibles. Ver su ciudad desde Madrid entornando los ojos de la cara y dilatando los ojos del alma es un punto de mira único, casi una piedra de toque. Yo os quiero por vuestra cordialidad, por vuestra fantasía afectiva y desbordante; pero yo os admiro porque además de vuestra portentosa tarea cotidiana para ser juzgada dentro de cien años tenéis que soportar la crítica municipal de los periódicos.

UNA de las jerarquías más indiscutibles que se manifiestan y aceptan entre los hombres de hoy es la suscitada por la desigualdad económica. La profesión, la función pública que cada cual pueda ejercer, la tradición familiar, los títulos nobiliarios, quedan muchas veces en un segundo plano frente al hecho de tener mucho dinero o tenerlo escaso, de ser rico o de ser pobre. La conciencia popular cree que todo el que es rico es también influyente, amigo de los poderes públicos y aun de la Iglesia; hombre, por lo tanto, temible por su poder. No discutiremos ahora lo que haya de cierto en esas apreciaciones populares. En las mismas advertimos, desde luego, una gran exageración. Pero importa dejarlas anotadas para que los ricos de hoy, los hombres que poseen grandes disponibilidades económicas, se den cuenta de su responsabilidad.

Reconozcamos que en nuestra ciudad, en Barcelona, hay un respeto social para el millonario, principalmente entre los hombres de la clase media y aun entre los asalariados que no realizan trabajos manuales, semejante al que en la Inglaterra victoriana existía para los lores y la gran aristocracia del país. Este sentimiento no es en sí bueno ni malo. Pero exige a los millonarios una actuación determinada. Les obliga a hacerse dignos de esa confianza social. Defraudarla sería una actitud contra la sociedad, una provocación que nadie podría consentir.

Los deberes sociales de la riqueza no se derivan tan sólo de normas morales y evangélicas, sino, en la actualidad, del propio origen de la mayoría de las fortunas individuales que existen en el mundo. Desde sus orígenes el sistema capitalista ha sido combatido por el desigual reparto de rentas que ese sistema implica. Los demagogos de todos los países han logrado crear definitivamente «el hombre del puro entre los dientes», según título de una novela comunista de gran éxito en Francia. Pero la realidad es que, a lo largo de la pasada centuria, casi sin excepción el beneficio de los empresarios capitalistas estaba en directa relación con la actividad, la capacidad y la inteligencia que cada uno de ellos desarrollaba al frente de la empresa. Había una indiscutible conexión entre méritos personales y beneficios obtenidos. Desde la primera guerra europea esta justa relación ha perdido en muchos casos su vigencia.

Las oscilaciones monetarias fueron desconocidas a lo largo del siglo XIX. Muy raramente el precio de los productos sufría oscilaciones bruscas, y éstas, en to-

do caso, no pasaban del tres o cuatro por ciento. A partir de la guerra de 1914, la deflación y la inflación, desconocidas en la pasada centuria, se han apoderado de la vida económica. El beneficio del empresario, por consecuencia, ha tenido en muchos casos escasa relación con la capacidad y la actividad que haya desarrollado. En cierto sentido ha sido con frecuencia el resultado de factores extrapersonales, de circunstancias imprevisibles. Ha constituido, en gran parte, un auténtico juego de azar.

Se destaca, pues, con máxima nitidez el origen social y colectivo de la mayoría de fortunas individuales de la actualidad. La política económica de los Estados creó, sin proponérselo, muchas situaciones económicamente privilegiadas. Si la actividad y la inteligencia no han sido las determinantes de los dividendos capitalistas en esos últimos años, sino la coyuntura económica, corresponde a los factores de la coyuntura económica — políticas nacionales de rearme, crédito o reconstrucción — a posesión y propiedad de aquellos dividendos. Así quieren justificar la nacionalización de empresas algunos teóricos del socialismo. Nosotros sabemos que la burocracia no ha podido sustituir en ningún país la actividad y la capacidad mínima que poseen los hombres de empresa, el capitán de industria, aunque no siempre la iniciativa privada acude a muchas de las citas a las que no le es lícito faltar. Sabemos también que si el

único rico fuese el Estado se originaría en la sociedad un funesto absolutismo; toda iniciativa y toda libertad quedarían sofocadas y sujetas al arbitrio político. En orden mismo del interés colectivo es necesario, pues, que haya ricos, que existan fortunas individuales. Pero por ese mismo interés colectivo, atendiendo a la participación muchas veces principal que los factores sociales han tenido en la creación de tales fortunas, es preciso que los ricos realicen voluntariamente una auténtica función social. Que se constituyan en miembros activos de lo que Balmes denominaba «riqueza civilizadora».

Una riqueza individual que en buena parte no se dedicara a fomentar obras colectivas de asistencia social, de cultura, de formación popular, estaría condenada a la destrucción. La cañería individualista de los grandes empresarios del siglo XIX, aquellos que se hicieron realmente por su propio esfuerzo, no es adaptable a los ricos de hoy, crecidos inevitablemente al favor de determinadas circunstancias colectivas. Sólo promoviendo obras de ejemplaridad y de ayudas sociales los millonarios de Barcelona, de Madrid, de Bilbao, de Sevilla y de tantas y tantas ciudades españolas que han gozado los años de paz y de prosperidad del régimen nacional de Francisco Franco harán honor a la confianza que en ellos tiene depositada la sociedad española, principalmente en sus clases medias.

Claudio Colomer MARQUES

MAÑANA SERA OTRO DIA

RECIENTEMENTE he leído una anécdota deliciosa, no sé si apócrifa o no, ni tampoco importa, que tiene por protagonista al escritor francés célebre Pierre Orlux. Parece que este escritor no había salido nunca de París. Y aun parece dudoso que hubiera visto alguna vez, ni en París, la luz del día. Su ambiente natural era la tertulia, el club, el mundo literario, el café, el cabaret. Su aire propio era el aire que se hace ver y respirar a los espectadores de una admirable película reciente alrededor de la figura de Toulouse-Lautrec, espeso de humo de cigarrillos y vapor de sudores, de polvos de jillas y de polvos levantados del suelo por los ojos de bailarinas.

Unos amigos consiguieron, con no sé qué artificio, arrancar de París a Pierre Orlux y hacerle pasar un domingo en el campo. Al día siguiente el escritor comentaba con escalofrío:

«El campo es un lugar de pesadilla, un espantoso. Hay, y lo he visto yo con mis ojos, hasta pollos crudos andando por el suelo».

Traigo esta anécdota a colación de que me ha parecido a lo que sufriría Pierre Orlux es lo que se sufre desde que se acepta la invitación a laborar en un periódico hablado.

El periodista habitual escribe de ordinario palabras con una máquina que las estruja contra el papel violentamente; en otra máquina su escrito va a ser masticado a conciencia por muelas de linotipias, estereotipias, rotativas inabundables. Bien olorosa a tinta, manchando los dedos y debidamente salpicada de erratas, la palabra está debajo de las narices del lector a hora del desayuno del día siguiente.

PRIMERO, LA VERDAD

La ausencia de sana liberalidad, que, en nuestro número anterior, analizábamos como una de las notas características en la proyección política del liberalismo, tiene también sus versiones en el terreno económico. El planteamiento que propugnó e impulsó el liberalismo, si bien facilitó un desarrollo extraordinario en la industria y en algunos otros aspectos, dió, al mismo tiempo, como resultado fatal la aparición de la dictadura de los poderes económicos con facultades decisorias, no sólo en el área de los negocios, sino en la política. La riqueza nacional dejó de ser nacional y se convirtió prácticamente en propiedad privada de un escaso número de ciudadanos y para su exclusivo beneficio. Los bienes, la riqueza, no cumplieron una de las funciones que les es más exigible: su función social. Pero no es esta faceta en la que ahora queremos detenernos, sino en las derivaciones que el inicial sistema de ideas del liberalismo tuvo en el campo de la cultura.

Bajo las banderas de la «amplitud de criterios», de «generosidad y respeto social al escritor», de «comprensión y beligerancia a todas las posturas doctrinales solventes», de «convivencia de todas las tendencias en el plano superior del pensamiento filosófico», de «inserción de la vida y preocupaciones españolas en las corrientes europeas», de «ampliación de nuestro horizonte cultural», una entidad, una auténtica y muy extensa organización se apoderó de la escena española: la Institución Libre de Enseñanza.

Hay un factor de la sustancia y de la realidad históricas de España al que la Institución se vuelve de espaldas desde su nacimiento: nuestro catolicismo. Este, no solamente se olvida, sino que sistemáticamente se subestima y desvaloriza, y hasta de un modo habitual se socava y barrena. La conexión de algunos de sus hombres más destacados con la masonería es un hecho comprobado documentalmente. La devoción incondicional de éstos y de otros hacia los países europeos que, durante siglos, han obstaculizado la recuperación material, moral y política de España, era manifiesta. Los pensadores extranjeros que alzaron sobre el pavés son aquellos que en sus

enseñanzas hacen caso omiso de lo sobrenatural, de la Revelación, de la Teología.

Al mismo tiempo la Institución impone la conspiración del silencio en torno a cuantos valores, corrientes y actitudes no aceptan su disciplina y su decálogo, y fabrica categorías y políticos sin detenerse, si las circunstancias lo requieren, en medios y procedimientos. La dictadura de quienes gobiernan esta extensa acción hay momentos en que es casi absoluta por una serie de causas, entre las que no conviene callar el abandono, la inconsciencia, la insolidaridad, la falta de realismo y previsión de ciertos sectores y el papanatismo, comodidad, anquilosamiento o inclinación al compromiso equivoco de otros. No creemos necesario hacer la salvedad de que no siempre la aportación al acervo cultural español de los patrocinados por la Institución dejó de ser estimable en determinados aspectos. Pero a la hora del balance, a la hora de estudiar y revisar aquel periodo no es lícito fijar la atención de los españoles que vivimos en 1954 únicamente en sus perfiles positivos. Cuando así se procede se violenta la historia y, consiguientemente, se desorienta a las generaciones actuales, sobre todo a las más jóvenes, las cuales si han de reconocer estos o aquellos méritos en aquella o esta figura de las letras, de las artes, de la ciencia, de la filosofía o de la política, no deben desconocer los grandes errores, equivocaciones, deficiencias o jallos de una época y de unos hombres. Si por añadidura se cuentan entre nuestros predecesores más inmediatos en el tiempo la aclaración objetiva, serena, sin contemporizaciones que pueden engendrar confusiones peligrosas, con la caridad obligada, si, para las personas, pero con el rigor y la justicia que la autenticidad y el rigor de los principios verdaderos han de exigirnos a todos, es un deber inapelable y puede ser una necesidad. A esta doble exigencia viene respondiendo y quiere servir siempre nuestro semanario. Dentro de esta norma, la verdad, en la que debemos vivir, no será adúltera ni padecerá quebranto que tengan que lamentar los que nos sucedan.

EL ESPAÑOL

PERIODICOS HABLADOS

Si se trata de la palabra radiada, el escritor habla a gritos, absurdamente, dentro de una habitación de paredes acolchadas, completamente

Hay algo más artificial todavía: la cinta magnética. Se habla delante de ese aparato burlesco, dotado de la capacidad de remedar, ahora o luego, lo que acaba de decirse. Pero si se ha tomado, si se ha hecho ruido, si se han escapado palabras sin control, no hay más que volver atrás y hablar sobre lo hablado. Después, a altas horas de la noche, el escritor, metido en la cama, oye a sí mismo dándose gritos por el receptor, arduamente la tierna esposa le anima: «¡Qué bien estás hablando, Federico!»

Con la costumbre de andar metido entre estos artificios y de manejarlos, el periodista que ha aceptado el encargo de colaborar en una revista hablada, cuando se acerca la hora de cumplir su encargo va encontrándose perplejo al final, furioso. ¡Hablar, hablar, así, hablando, decir, con la boca, y delante de gente que escucha, precisamente, por los oídos... y mira por las ojotas...! ¡Es absurdo! ¡Es una cosa de pesadilla! Algo horrible, como el campo en que Pío Orlux vió unos pollos disparatadamente crucificados y andando solos.

¿Qué a gusto estaría uno, como todos los días, delante de su máquina de escribir, dándole a las teclas, entre mucho ruido y humo, a medio vestir y perfilando las frases como si fuese un Pío Orlux, que es, aunque parezca mentira, el escritor que más corrige lo que escribe! Pero, ¡mira que estar aquí, indefenso el escritor, con los lec-

tores delante de él, como un banco de tiburones con los oídos abiertos de par en par!

Bien; pues este tormento me parece una cosa sustancialmente sana, aunque sea una cosa tan rara. Me parecen sanos los coloquios, las entrevistas múltiples, los periódicos orales, las revistas habladas. Porque significan volver de rato en rato a lo natural, a lo sencillo, a lo menos mixtificado, a los sabores elementales de la conversación y de la compañía humana.

Pero este nuevo cuidado de la palabra hablada tenía que ser también obra de hombres de camisa azul. Porque, en contraste con otros, muy enamorados de un periodismo de gran estructura formal, superorganizado a lo colmena, lleno de consejos y subconsejos, de complicadas burocracias internas y de ideas que se quedan heladas a fuerza de pesarlas y medirlas como si fuesen ingredientes culinarios, en contraste con todo eso, el periodismo de la Falange también escogió su estilo faldicorto, intrépido, directo y sonante. El estilo que cuadraba a una mocedad española tan entusiasmada con la palabra intemperie, con la palabra estrellas, con la palabra tierra y con la palabra hombre.

Volviendo a la anécdota del principio, tendría yo que terminar ahora con algo así como un viva el campo. Termino con un «arriba» a este periodismo, en que, a semejanza de los pollos que horripilaron a Orlux, las palabras van crudas, vivas y coleccionando desde la garganta, que las pronuncia hasta el corazón de quien las oye.

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de Periodismo.)



*Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.*

Prestigio de

**Galerías
Preciados**

MADRID

UNA numerosa representación de los periodistas españoles, reunidos en el III Consejo de la Prensa Española, ha acudido en fervorosa peregrinación, presidida por el Ministro de Información y Turismo, al sepulcro del Apóstol Santiago. El hecho encierra una profunda y aleccionadora significación, un alto valor simbólico, que no sería oportuno ni justo silenciar, porque quizá sea la Prensa el mejor índice para medir la salud moral y política de una nación. Ella refleja el orden o el desorden de un sistema, el auge o la decadencia de una economía, la unión o la disgregación de un pueblo, la fe o la falta de fe de una sociedad. Y también acusa el ritmo de los sistemas políticos y adopta, según éstos, una fisonomía y un modo de hacer. Así, en un régimen que acepte como normas de su estructura política los erróneos conceptos del liberalismo, la Prensa aparece configurada sin sujetarse a ninguna limitación de expresión, ni en sus informaciones, ni en sus juicios. Desborda su verdadero cauce, desnaturaliza su esencia y pervierte su función. Se torna ese instruo e indefinido «cuarto poder» que, ajeno a toda norma de moral individual o política, lo mismo puede dedicar su influencia a favorecer una causa justa que inducir a la injusticia. Y lo mismo emprender la defensa de la verdad que establecer la pública consagración del error. En el otro extremo, en el extremo político que marcan los regímenes totalitarios, latentes ya en la entraña liberal y últimas consecuencias de ella, la Prensa desaparece: el Estado—caso de los regímenes comunistas—la anula, la convierte en un apéndice más de su gigantesca maquinaria. Y la Prensa camina a ciegas con él y sólo propaga la «verdad oficial».

A un Estado como el español, que se inspira en las más elevadas verdades del espiritualismo católico, que defiende la unidad y el orden de la sociedad, que realiza una ininterrumpida política de reconstrucción nacional, que no limita la justicia a ningún estrado social, que ajusta su política exterior a los dictados más vigentes de la dignidad nacional y la caballerosidad, corresponde una Prensa verídica, orientada por la luz superior de los principios de la moral más excelsa que conocen los hombres, justa, constructiva y digna. Una Prensa que, en acertada expresión del Ministro de Información y Turismo, «en el tiempo presente, en que el mundo se enfria y se rinde ante el poder de la materia y de la técnica, en que las gentes van olvidando las noticias de la Redención, que Dios se había hecho hombre, que había padecido muerte por los hombres, que todos los hombres son hermanos y tienen la gracia suficiente para salvarse en virtud de los méritos de Cristo» acude, desde todas las regiones de España, en la persona de sus más altos representantes, ante el Sepulcro del Santo Patrón de España para solicitar su ayuda y su sobrenatural protección.

Acto de fe, individual y profesional, que ha revelado del modo más elocuente, la categoría espiritual de la Prensa española dispuesta a servir «desde los medios nuevos los fines intemporales», a entender a los hombres como comunidad de hijos de Dios, redimidos por Cristo sin distinción de raza, nación o idioma. Prensa que representa hoy la mayor y mejor reserva de espiritualidad en el mundo de Occidente, «foco de luz verdadera» en palabras de su eminencia reverendísima el cardenal arzobispo de Santiago, que puede contribuir de una manera decisiva a la restauración de «un mundo mejor», regido por los principios de la fraternidad y la justicia cristianas. Porque aparte de estas sus virtudes morales, tiene la suprema virtud política de equidistar de los dos extremos y superarlos: del liberalismo y el comunismo; del que marca el punto de su propia disolución por su mal entendida e hipertrofiada libertad y del que significa la pérdida total de su fisonomía y esencia características. Prensa, en suma, entendida, de acuerdo con las más añejas tradiciones políticas de nuestra Patria, al servicio de la verdad, de la Patria y de los legítimos intereses del pueblo.

EL ESPAÑOL

EL EX CANCELLER ALEMAN VON PAPEN DESCANSA EN TORREMOLINOS

Considera a España
como una gran reserva
espiritual y una
esperanza del mundo

El ilustre diplomático habla para
los lectores de EL ESPAÑOL

VAMOS a hablar del Von Papen que hemos conocido en ese invierno plácido de la costa mala guaña de Torremolinos, donde la primavera parece durar de un verano a otro.

El breve descanso que el ex canceller del Reich Herr Franz von Papen se ha concedido a sí mismo en la placidez española de la Costa del Sol nos dá oportunidad de conversar con un hombre al que las biografías e innumerables historias escritas en el ardor de las batallas de propaganda de dos guerras mundiales han descrito bajo todos los disfraces imaginables. Mientras unos han visto en él a un maestro de espías, un hombre misterioso e intrigante, conspirador político o diplomático de dos rostros, otros vieron en Franz von Papen una figura simpática que, con todas las sutilezas de su talento de gran negociador, servía a su país.

BRILLANTE CARRERA MILITAR

El mismo nacimiento de Franz von Papen en Sarrebruck, en la capital del territorio del Sarre, parecía predestinarle a su azaroso destino de europeo ilustre.

Aunque del Von Papen que tenemos que hablar es del que hemos visto sentado al cálido sol de la terraza del hotel La Roca de Torremolinos, como el hombre es inseparable de su circunstancia hay que hacer algunas alusiones a su pasado personal, al Franz de la Academia Militar prusiana que en la primavera de 1897 fué seleccionado para la clase «selekt». Al Papen que

formó parte del Cuerpo imperial de pajes que en la apertura del Reichstag o de la Dieta prusiana, en las recepciones reales e investiduras, comparecía rígido y elegante, con su uniforme del siglo XVIII, junto a las grandes figuras del «Kaiserreich» en las solemnidades ceremoniosas del otoño de la casa de los Hohenzollern. Al joven oficial alemán que, con su amor a caballo entre Alsacia y la Lorena, vió como era contestada en francés su petición de mano, como un síntoma del «reprochement» francoalemán por el que tendría que trabajar después tantas veces. Al oficial de Estado Mayor del Kaiser que en 1913 fué enviado como agregado militar a la Embajada alemana en Washington. Al militar europeo que en visita a Méjico curioseó y expuso la vida entre las partidas de Pancho Villa y Zapata. Al único agregado militar que las potencias centrales tuvieron en Norteamérica en los años iniciales de la primera guerra mundial. Al hombre de los encargos de material a las fábricas americanas como hábil medida económica, que le valió ser declarado «persona non grata» y tener que regresar a Europa estrechamente vigilado por los agentes aliados, donde, con el Ejército alemán luchó en el frente occidental en Somme y Arrás hasta que en junio de 1917 fué destinado a Mesopotamia como jefe de Estado Mayor del grupo de ejércitos Falkenhavn, donde tuvo que intervenir activamente en la lucha del desierto contra las tribus árabes que mandaba el célebre coronel Lawrence.



Franz von Papen, en su descanso de Torremolinos, acompañado de su hija Isabel

LA AVENTURA SE HACE CIVIL

La intensa vida de Von Papen con la derrota de Alemania adquiere un aire de aventura civil y su retiro agrícola en Westfalia es interrumpido por una necesidad de intervenir en la política de una Alemania desilusionada y casi al borde de la desesperación. Y entonces Franz von Papen milita en el partido «Zentrum», de marcada inspiración católica. Luego, el mariscal Hindenburg fué elegido Presidente de la República alemana. Von Papen es entonces diputado y hasta lleva una intensa vida de polémica periodística desde la dirección del «Germania», periódico de Berlín. Luego Hindenburg hizo a Von Papen canceller del Reich. Como canceller, Von Papen es figura principal de la conferencia de Lausana. Von Papen intentó salvar su país, tan agitado entonces; pero las circunstancias no le fueron del todo propicias y su postura de moderación y «Zentrum» fué desbordada por la subida de Hitler al Poder por medio de procedimientos electorales.

MISION JUNTO A LA SUBLIME PUERTA

Von Papen es destinado después como embajador en Viena en los días difíciles que precedieron al Anschluss; a la unión de Austria y Alemania.

Cuando la segunda guerra mundial, uno de los puestos más

delicados entre todos los que se presentaban a la diplomacia germana era el de jefe de misión en Turquía, país que quería evitarse que pudiera entrar en guerra a favor de las potencias aliadas. Reconocidas las grandes cualidades diplomáticas de Von Papan se le confió tan difícil puesto, que fué brillantemente desempeñada por el embajador alemán, de cuya gestión se cuentan muchos episodios interesantes, entre ellos el de la llamada «Operación Cicerón», y el del atentado que los agentes soviéticos organizaron contra él en las calles de Estambul.

Acusado de «criminal de guerra» en el proceso de Nuremberg fué absuelto.

Este es el hombre con el que hemos conversado frente al mar de la costa malagueña; en la terraza del hotel La Roca, de Torremolinos.

Acompaña al ex canciller su hija Isabel, que sentada en la terraza junto a su padre interrumpe de vez en cuando la escritura de una carta y sonríe a alguna frase de nuestra conversación.

Estamos en medio de un ambiente de paz. Rodea la residencia un extenso jardín de palmeras levantado sobre el mar por un acantilado. Hace un día de sol y hay flores en los parterres.

El ex caciller Franz von Papan, pese a sus setenta y cinco años, mantiene un aire jovial y viste un traje de corte deportivo; como de jugador de golf.

YALTA PEOR QUE VERSALLES

Isabel von Papan habla la lengua española, de la que también el ex canciller conoce muchas palabras corteses; pero con el fin de que nuestro entrevistado pudiese dar una mayor precisión a las respuestas la conversación transcurre en francés. Preguntamos lo siguiente:

—¿Ve V. E. a España como un país sedante, como un lugar de reposo?

—Adoro a España como un país en el que uno puede reponer las fuerzas del alma y del cuerpo.

—A Von Papan se atribuye el logro de la neutralidad de Turquía durante la segunda guerra mundial, ¿puede establecerse algún paralelismo entre la neutralidad turca y la española en aquel conflicto?

—La neutralidad de España, como la de Turquía, aseguró en la Europa de nuestros días el mantenimiento de dos de las más importantes posiciones claves.

Como excelente diplomático, el ex canciller Franz von Papan es muy comedido y circunspecto en las respuestas, que son, a la vez, precisas y cautas.

—V. E. ha dicho que el mayor contratiempo de la historia europea contemporánea fué el tratado de Versalles y sus consecuencias, ¿no fué peor Yalta?

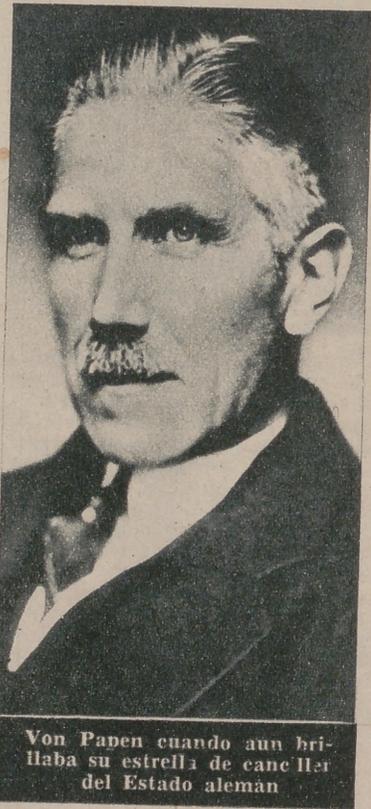
—La segunda guerra mundial fué una consecuencia del tratado de Versalles. El efecto desastroso de Yalta, peor aún que el de

Versalles, ha sido el de no reconocer que esta vez se trataba de una guerra ideológica por parte de Rusia, y que a esta nación se sacrificaba una gran parte del mundo occidental cristiano.

Al hablar de los errores de Yalta brilla, de una extraña manera, la mirada de Von Papan, como si viese un paisaje atormentado.

—En sus interesantes Memorias dice que Europa ha dejado de ser árbitro de los destinos del mundo. No obstante la idea de revalorización espiritual europea se abre paso la juventud de nuestro viejo continente, ¿es partidario V. E. de una Europa espiritualmente unida?

—El porvenir de Europa y del mundo occidental está en las manos de la joven generación. Y estoy convencido de que esa generación joven sabrá poner a salvo su herencia si sus acciones y



Von Papan cuando aun brillaba su estrella de canciller del Estado alemán

pensamientos están dominados por una ardiente fe cristiana.

Franz von Papan, gran católico alemán, habla del cristianismo más que como una fuerza histórica como un gran motor del porvenir. Comprendemos bien lo que el ex canciller del Reich quiere indicarnos: es la religión la que debe salvar la política internacional más que ésta salvar a aquélla.

—¿Puede pensarse en una Europa sin contar con Alemania?

—Imposible.

La respuesta de Von Papan ha sido ahí de lo más tajante; no admite ninguna clase de dudas. Sin Alemania no hay Europa completa.

—¿Ve V. E. a la Península ibérica como una reserva espiritual del mundo?

—Es, ciertamente, una gran reserva y una esperanza.

Siguieron, a continuación, una serie de preguntas muy concretas

y de actualidad, cuya respuesta fué amablemente declinada por Von Papan. Le preguntamos sobre la cuestión del Sarre; sobre el «pool» del carbón y del acero; la conferencia de Berlín; el tratado de paz con Austria... cuestiones muy complicadas, sobre las que nuestro ilustre entrevistado no quiso contestar a la ligera y nos hizo ver los motivos de su amable negativa. «Si usted fuese, por ejemplo, embajador en un país y, de pronto, viniésemos un patriota haciendo declaraciones políticas concretas en la Prensa, seguro que no le gustaría mucho. Pensemos en esto; hay un embajador alemán en España», nos dijo.

LA ENTREVISTA SE TERMINA EN CHARLA

Y entonces fué Von Papan quien transformó la entrevista en conversación, en la que se mostró preocupado por la delicada salud de Su Santidad el Papa; se habló de los puntos de vista españoles en nuestra amistad con los marroquíes y con el resto de los países árabes. Y hasta hablamos de Turquía, pero no en relación a problemas bélicos, sino de estrategia de fútbol internacional, con motivo del encuentro deportivo entre las selecciones española y turca.

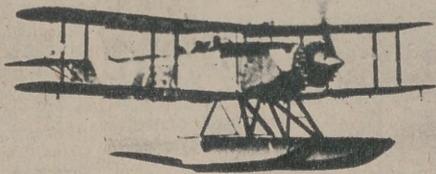
Pero en el momento en que de un Estambul deportivo y completamente actual quisimos pasar a la ciudad de los años difíciles de la «Operación Cicerón», nuestro ilustre entrevistado, con una sonrisa, dejó sin comentarios el asunto del espía Diello, que la «Twentieth Century-Fox» llevó a la pantalla en una película en la que la figura de Von Papan no sale mal parada, aunque si menos sencilla a la del hombre simpático y cordial con el que nos hemos entrevistado en la terraza de un hotel costero de Torremolinos.

Mientras tanto, Her Franz von Papan se levanta temprano, para pasear entre los jardines de La Roca esa elegancia espiritual y física que conserva, pese a sus setenta y cinco años. La elegancia de un diplomático de vieja escuela, que ha vivido y vive intensamente la actualidad de su tiempo. He oído un comentario que decía que Von Papan es como una especie de mister Eden de los alemanes.

Los turistas extranjeros—americanos e ingleses, especialmente— que conviven con Von Papan en La Roca de Torremolinos, miran con gran respeto al ex canciller alemán. Los camareros de la residencia nos han hablado también de la gran sencillez y afabilidad de trato con que adorna sus maneras de gran señor. Se levanta temprano y busca el sol en el jardín o la terraza. Tiene buen apetito y gusta de mirar el mar; ese mar tan azul del litoral mediterráneo, que es todavía Mediterráneo, pese a su proximidad al Estrecho, por donde se une a la gran masa de agua menos cálida y hasta menos clásica del Océano.

Y el mirar al mar de la cultura debe ser un provechoso descanso para los elegantes señores que, como el barón de Papan, han intervenido en Historia.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial.)



LA PENINSULA IBERICA, CLAVE DEL ESTRECHO

EN CASO DE

GUERRA, GIBRALTAR SERIA UN NIDO DE PROYECTILES

ESTE estrecho de Gibraltar, que aparece ahora siempre tachonado de las columnas de humo de los navíos que sin cesar le surcan, fué antaño, en la antigüedad remota, nada menos que el fin del mundo. El «non plus ultra» de las columnas de Hércules y el finisterre de las primeras navegaciones mediterráneas.

Pero a la postre será menester aclarar que el Estrecho no fué de todo, en la antigüedad remota que hemos dicho, un hito definitivo y final del mundo conocido de la época. Eratóstenes, citado por Strabon, en efecto, aseguró que los navegantes púnicos, quinientos o mil años antes de J. C. impedían el acceso del Estrecho, incluso a viva fuerza, asaltando sus naves a las de los otros pueblos que llegaran hasta allí con ánimo decidido a aventurarse, pese al terror que inspiraban las fábulas, por la brecha de Gibraltar, océano adelante. La razón de tan radical postura era clara. Cartago fué la gran potencia marítima y comercial de la antigüedad. Y no le interesaba demaíado que otros pueblos le hicieran competencia en el mercado. Así, mientras que sus naves impedían el paso de los otros, las cartaginesas navegaban océano adelante, si bien a la estima, sin alejarse de las costas, unas veces hacia el Norte a buscar estaño, en las Casitérides, y otras hacia el Sur, dicen que hasta Guinea. Hay re-

ferencia a ciertos periplos famosos, en efecto, como los de Himilcon y Hannón, éste último, se asegura, realizado por 30 navíos a bordo de los cuales, iban no menos de 30.000 personas (?).

Sin embargo, el camino del Estrecho estaba ya abierto. Le abrió, dice la mitología, Hércules, de un terrible porrazo, que, al hundir el suelo, permitió la unión de las aguas del Mediterráneo y del Atlántico. Por cierto que Ganivet escribió luego que este singular porrazo ha sido el acontecimiento más decisivo en la Historia de España. He aquí una gran verdad. No importa que los geólogos nos hayan explicado más tarde que el Estrecho se abrió, allá en el terciario, muchos miles de años antes de que el hombre apareciera sobre la tierra. La importancia del Estrecho ha sido tal en nuestra Historia y en nuestra política que constituye, sin duda, el punto neurálgico de aquellas en todos los tiempos.

EL MAR TIENE CUATRO LUGARES DE PASO

En el mundo de las comunicaciones, como en el mapa urbano de las grandes ciudades, hay lugares en donde el tráfico se aglomera, en contraste con lo que ocurre en otros lugares más tranquilos, sosegados y vacíos. Pues bien en este mapa de la circulación mundial—mil millones de toneladas de mercancías

deambulando cada año por el mundo!—; esas encrucijadas de caminos; esos lugares «fértiles» como también se llaman; esas concentraciones de tráfico, tienen nombres concretos y se denominan, principalmente, el San Lorenzo, Panamá, Suez y el estrecho de Gibraltar.

El istmo de Panamá—por donde Felipe II proyectara ya la construcción de un canal y Núñez de Balboa, sin tiempo para tanto, decidiera pasar sus naves por encima—fué, al fin, abierto por los americanos, tras de un rotundo y escandaloso fracaso francés. Por este Canal en cuya construcción se emplearan 45.000 obreros—no pocos de ellos españoles—circula ahora un tráfico siempre creciente. Se inauguró aquel en 1914, y actualmente (1952) le salvan 6.524 buques con un total de 33.500.000 toneladas. El tráfico del Pacífico al Atlántico es más intenso que el inverso (18,5 millones de toneladas y 15 respectivamente). La razón de ello es obvia; penetran principalmente en el Caribe, procedentes del Gran Océano, materias primas. Análogo hecho se advierte en los demás pasos según anotaremos. Siempre la dirección que representa fundamentalmente el transporte de esas materias primas, señala las cifras más importantes y la de los productos manufacturados e industriales, naturalmente las más bajas.

Suez ha dado su nombre al



EL ESTRECHO DE GIBRALTAR BATE UNA MARCA: 321 MILLONES DE TONELADAS

El estrecho de Gibraltar bate, sin embargo, todas las anteriores marcas con notoria amplitud. El hecho paradójico insinuado antes aparece aquí claro. En este extremo del mundo civilizado de la antigüedad, en este rincón, en el límite del ecúmene antiguo, se encuentra ahora precisamente el lugar de la tierra más céntrico, más activo, y más frecuentado del orbe.

El proceso de esta transformación es antiguo. Data, en su inicio más remoto, en los días del Descubrimiento colombino. Cuando el Nuevo Mundo ofreció al Viso todas las inmensas posibilidades y recursos que encerrara, el Mediterráneo empezó a languidecer. El Océano comenzó a acaparar el tráfico. A decir verdad la Marina mediterránea de la época no encontraba demasiadas facilidades para salir al Atlántico, porque para la navegación a vela, sin duda, era un obstáculo grande la necesidad de vencer la gran corriente de agua superficial que, del Océano, penetra en la cuenca mediterránea a fin de enjugar los enormes «déficits» que provoca en esta la evaporación. Fué sobre todo la aplicación del vapor a la navegación y singularmente la apertura del Canal de Suez, la que debiera de dar su impulso definitivo a la creciente actividad marítima en el Estrecho. Para los vapores, la dirección contraria de las corrientes del Estrecho no podían constituir ya un obstáculo grave cuando trataban de salir del Mediterráneo al Océano.

La apertura del Canal de Suez significó, también, en beneficio del tráfico por el Estrecho, otra trascendente novedad; el Mediterráneo, que había sido hasta entonces un mar cerrado; un profundo saco marítimo, en fin: se convertía de pronto, por obra de Lesseps, en un lugar de paso, en un camino y en una vía de unión de Occidente y Oriente.

Así la actividad del tráfico por el Estrecho comenzó a crecer en la misma postrimería del siglo pasado. Pero ha sido luego, cuando la vida en torno del Mediterráneo se ha desarrollado espléndida y cuando Oriente y Extremo Oriente quedaron abiertos a la relación y al comercio, cuando aquella comunicación ha comenzado también a intensificarse rápidamente.

Estamos en condiciones de ofrecer a nuestros lectores una estadística resumida de este movimiento al terminar la primera guerra mundial. En 1920, por ejemplo, el total de barcos que pasaban por el Estrecho ascendió a 15.586; de ellos, 8.110 de Este a Oeste, y 7.476 en dirección contraria. En el Estrecho advertimos, conforme a lo apuntado, el haz de comunicaciones procedente de Oriente lo integra principalmente el comercio de materias primas, mientras que el procedente del Atlántico, singularmente, lo alimentan los productos fabricados.

Después de la primera guerra mundial el tráfico creció pronto. En 1930 ese movimiento ascendía ya a 16.946 barcos, con un total de unos 76 millones de toneladas.

De aquel número de buques, 9.279 procedían del Este y el resto, o sea 7.667, del Oeste.

La guerra europea última significó un colapso para esta navegación. Recordamos aún el espectáculo singular de los grandes convoyes aliados que penetraban, por el Estrecho adelante, camino de Libia o de Italia, formados por un crecidísimo número de transportes, celosamente encuadrados por destructores, corbetas y fragatas, y coronados por la aviación. El convoy navegaba lento. Con frecuencia debía incluso detenerse.

Cuando la guerra pasada terminó, el tráfico por el Estrecho acusó perfectamente sus estragos. El movimiento entonces resultaba inferior al de antes de aquella. Pero el tráfico crecería pronto inusitadamente. He aquí unas cifras:

En 1946 los buques que salvan el Estrecho son 14.400, con un total de 72 millones de toneladas.

En 1950 pasan 29.200, con 188.000.000. Estas cifras duplican la anterior en lo relativo al número de barcos desde luego; pero sobre todo significa un notorio incremento aún superior en lo que respecta al tonelaje.

A partir de aquí las cosas han de ir aún mucho más de prisa. En 1951, pasan por el Estrecho 34.552 barcos, con un total de 228 millones de toneladas. En 1952, 42.100 buques, con 292 millones de toneladas. Y en 1953 los buques que pasan ascienden a 45.226 con un total de 321.300.000 toneladas. ¡Trescientos veintinueve millones de toneladas! Esto es una cifra equivalente a diez veces la circulación de Panamá arriba señalada; a cuatro veces, la de Suez; a tres o cuatro veces la del San Lorenzo. ¡Trescientos veintinueve millones de toneladas!; esto es tanto como vez y media el tráfico de Suez, de Panamá y del San Lorenzo reunidos.

Aproximadamente este tráfico de 321.300.000 toneladas representa un tercio del tráfico mundial de todos los mares del globo. El total de barcos que salvan anualmente el Estrecho es igual a vez y media los de todas las marinas del mundo y el tonelaje que pasa por el Estrecho al año, algo inferior, tan sólo, a cuatro veces el desplazamiento de la flota del globo.

Tales son las prodigiosas cifras que recoge nuestra estadística de este movimiento por el Estrecho. En 1953 el tráfico del Estrecho resulta ser 3,9 veces superior—esto es casi el cuádruple—del de 1946 y el tonelaje, 4,5 veces más grande también, esto es entre cuatro y cinco veces superior. ¡Asombroso incremento, sin duda! El año último este tráfico representaba un movimiento diario de 124 buques al día, esto es ¡un barco cada doce minutos!

De esos 124 buques que han pasado cada día el Estrecho el año último, 78 son grandes buques de carga; 40 inmensos petroleros y los seis restantes enormes trasatlánticos y barcos de pasaje. La carga que transportan a través del estrecho tales buques, en un día, equivale a la que pudieran arrastrar 1.765 trenes. El cargamento anual que pasa embarcado por el Estrecho equivale al de 642.000 trenes.

Como fácilmente podrá observar el lector, hoy en día, Gibraltar es un maravilloso objetivo que se convertiría en un nido de proyectiles

Canal que une al Mediterráneo y al Indico, a través del Rojo. En 1869 este paso quedó abierto para reducir a la mitad la distancia marítima que separaba a Inglaterra de la India. Aunque la iniciativa y la técnica fueron francesas, la Gran Bretaña se las ha compuesto luego muy bien para ser, de hecho, quien ha usado del paso hasta aquí a su pleno antojo.

El tráfico del Canal de Suez es muy superior al de Panamá. En 1951 pasaron por el primero 11.694 buques, esto es algo más del doble de los que salvaron el de Panamá; pero en cambio, el total del tonelaje de aquellos buques subió a 80.356.000, esto es bastante más del doble del que desplazaran los que navegaran por el Canal americano. Aproximadamente un tercio de este desplazamiento correspondió al paso del Mediterráneo al Rojo y los otros dos tercios al inverso, conforme a la regla señalada arriba (tráfico preponderante de materias primas, de Sur a Norte y de productos manufacturados, al revés).

Un tráfico comparable al antecedente registra el San Lorenzo, esa gran arteria interior americana que comunica con el mar el rosario de cinco grandes lagos—Superior, Michigan, Hurón, Erie y Ontario—cuya superficie total es semejante a la del mar Negro. Estos lagos interpuestos entre los Estados yanquis del N. O. y Canadá, es región singularmente rica y activa por sus cuantiosos recursos minerales (cobre, hierro y cemento natural); agrícolas (cereales) y ganaderos. Buffalo, Erie, Toledo, Cleveland, Milwaukee, Gary, Detroit y Akron son los centros principales de una gran industria metálica, mecánica y concretamente automovilista. Chicago, es quizá, la clave de toda esta aglomeración humana y fabril. La gran urbe de la región de los Lagos, es el primer mercado del mundo de cereales, madera y ganado y sus muelles miden, en total, alrededor de 125 kilómetros de longitud.

Esta gran arteria, sin embargo, se cierra tres meses al año, porque los hielos, dada su latitud, la obstruyen completamente.

EL PETROLEO DEL CARIBE, EN RUTA AL MEDITERRANEO Y VICEVERSA

Las grandes vías comerciales son, por ello mismo, grandes vías estratégicas también. De aquí que por el estrecho de Gibraltar no circulen tan sólo en tiempo de paz barcos mercantes. Le salvan, igualmente, los buques de guerra de todas las marinas del globo. El año último, exactamente, 533. De este número sólo dos fueron acorazados; 39 eran portaaviones; 47, cruceros; 243, destructores; 81, cañoneros; 8, minadores; 48, dragaminas; 32, submarinos; uno, guardacostas; nueve, porta-aviones; un remolcador; 64, transportes de guerra y ocho, buques escuela.

Distribuidos por potencias tan colosal escuadra —toda la Marina americana suma 408 barcos—, corresponden un buque a cada una de estas naciones: Chile, Argentina, India, Portugal, Bélgica; dos a las Marinas militares de Suecia, Tailandia, República Dominicana y Turquía; cuatro a las de Dinamarca e Italia; cinco a la de Noruega, y seis a la de Grecia. El mayor número de barcos de guerra que pasaron por el Estrecho en 1953, corresponden: a Francia, 27 buques; España, 91; Inglaterra, 179, y los Estados Unidos, 247. Hasta hace poco, la Marina norteamericana frecuentaba escasamente las aguas del Estrecho. La circunstancia del rápido desenvolvimiento del poder naval americano —primera potencia del mundo— y la existencia, en el Mediterráneo, de la sexta flota, ha terminado colocando a los Estados Unidos a la cabeza de aquél. Inglaterra ha cedido, en consecuencia, el primer lugar que detentaba, hasta época reciente, en parte también debido a la disminución del poder naval de Al-bión.

También pasan por el Estrecho buques rusos. En 1952 pasaron 32 y en 1953, 66. Se trata, en general, de transportes y singularmente de pequeñas unidades auxiliares y buques balleneros, probablemente las más de las veces de la Armada roja. Estos barcos —con muy nutridas tripulaciones que se agolpan en cubierta al salvar el paso— hacen un tráfico singular. Navegan generalmente formando patrullas, a las que con frecuencia acompaña algún barco nodriza. Nadie sabe de dónde vienen, ni a dónde exactamente van.

El trasiego de petroleros es incesante por el Estrecho. Es verdad que la flota mundial especializada en tal transporte se ha incrementado tan notoriamente que suma actualmente (1953) 2.000 buques (el 8 por 100 de la flota mundial), con 34.000.000 de toneladas (el 37 por 100 de dicha flota). Estos buques petroleros, que en tiempo de guerra resultan afanosamente buscados por la caza aérea o submarina, caracterizados por su chimenea retrasada hacia la popa, constituyen casi la tercera parte (32 por 100) de los buques que pasan por el Estrecho. Su desplazamiento medio oscila alrededor de las 10.000 toneladas. Estos barcos llevan al Mediterráneo petróleo del Caribe; pero, especialmente, transportan hacia el Atlántico petróleo de Oriente.



Más de la mitad de los buques que cruzan habitualmente por el Estrecho —exactamente el 63 por 100— son barcos de carga; «steamers» o motonaves, que van y vienen en trájín continuo, con las cargas más diversas de todas las procedencias y para todos los destinos; pero, generalmente, trigo y otros cereales, del Atlántico al Mediterráneo o al revés; productos oleaginosos, azúcar, lanas, té y carnes que vienen del Pacífico o bien productos manufacturados, maquinaria que procede del Atlántico. Los buques de carga que salvan el Estrecho tienen un desplazamiento medio de unas 5.0.0 toneladas. Unas veces son «cargos», sin línea regular normal, «tramps» vagabundos que aprovechan los fletes ocasionales que se les brindan. Otras, sencillamente «liniers», barcos que hacen recorridos regulares, según itinerarios preestablecidos.

En este tráfico por el Estrecho es muy intenso el que Francia hace entre sus litorales de Poniente y Levante, y singularmente el que constituye el cabotaje español, que pasa del Mediterráneo al Atlántico y al revés. Un itinerario, en fin, habitual a nuestras grandes líneas de navegación de cabotaje, como la Compañía Vascoandaluza, sevillana; la de Aznar, vizcaína, o la Trasmediterránea, valenciana.

Aproximadamente, en fin, uno de cada veinte barcos —esto es, el 5 por 100— que pasan por el Estrecho, son trasatlánticos o buques de pasaje. Los hay de todas las Marinas también. Y, en general, son unidades de tan gran desplazamiento que el término medio de cada uno de los que pasan es de 15.000 toneladas, esto es, no menos que nuestras grandes unidades nacionales trasatlánticas. Pero con frecuencia salvan este paso buques de mucho porte y de singular lujo. Trasatlánticos que van y vienen, en ruta normal, del Mediterráneo a América o de Europa a Oriente. Buques que llevan la grímpola a veces de nuestra Compañía Trasmatlántica y que pertenecen otras a las grandes y más famosas compañías del mundo entero.

LA CINTA AZUL TAMBIEN CONOCE GIBRALTAR

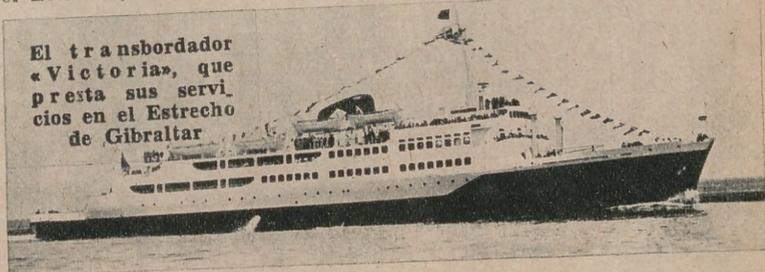
Algunas veces han pasado por el Estrecho, también, los grandes

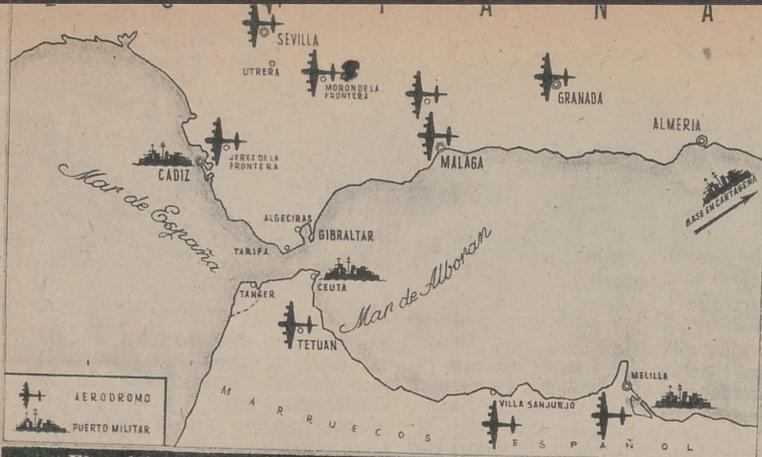
lebreles del Océano; los buques rapidísimos capaces de disputar y aun de detentar la posesión del Gallardete Azul, como a aquel «Rex» italiano que lo lograra en 1933.

En este tráfico de pasaje por el estrecho de Gibraltar, la bandera de España no está, como decimos, ausente y estará representada mucho más intensamente mañana, cuando las grandes construcciones proyectadas se terminen. Pero a la bandera española le reserva el tráfico del Estrecho un cometido peculiar. La de unir sus dos costas, la del Sur, África, con la del Norte, España. Nuestras líneas de navegación entre Algeciras y Ceuta, de una parte, y Tánger, de otra, realizan un constante tráfico de proporciones igualmente crecientes. Últimamente nuestras blancas motonaves —las «palomas»— el «Ciudad de Algeciras» y el «Ciudad de Ceuta», han sido retiradas de esta línea, a la que sirvieron eficazmente durante casi un cuarto de siglo. Antes este servicio lo hacían pequeños vapores de la propia Compañía Trasmediterránea. Se inauguró este itinerario, de modo regular,

en 1898. Pero entonces el tráfico entre España y África —concretamente Ceuta— era insignificante. Apenas si estos barcos, en efecto, transportaban en cada viaje diario 20 pasajeros y el correo. Ahora aquel buque que se llamó «Virgen de África» ha sido sustituido por los modernos transbordadores que España construyera, de 5.000 toneladas, capaces de transportar en cada viaje hasta 2.000 viajeros y 100 automóviles ó 60 camiones, o un cierto número de vagonetas de ferrocarril. Son buques elegantes, limpios y alegres, en los que el pasaje realiza en menos de una hora, la travesía del Estrecho, viendo desfilan desde sus cubiertas corridas por aquellas aguas, en una u otra dirección, buques de todas las Marinas del globo. Los nuevos transbordadores se llaman «Victoria» y «Virgen de África»; pero, ¡qué diferencia entre el actual buque de este nombre, de dos hélices, y 17 millas y media de andar con aquel otro, de igual nombre, del siglo pasado, de vapor; apenas 670 toneladas y una velocidad no mayor de ocho nudos!

El transbordador «Victoria», que presta sus servicios en el Estrecho de Gibraltar





El gráfico señala las principales bases marítimas y aéreas del Estrecho. Todas, salvo Gibraltar—ya sin valor militar—, son españolas. ¡Obsérvese ello bien! La artillería, no sólo de gran calibre, si no incluso la de calibre medio, cruza sus fuegos sobre la angostura del Estrecho, reducida apenas a catorce kilómetros a la altura de Tarifa. Sobre los accesos del mar de España y el largo corredor del de Alborán, las rutas son vigiladas de cerca desde nuestras dos grandes bases navieras de Cádiz y de Cartagena.

Este tráfico representa, en efecto, un intenso movimiento de pasajeros. Según las estadísticas nuestras, prescindiendo del pasaje oficial, la línea Algeciras-Ceuta y viceversa, tuvo un movimiento, en 1932, de 85.600 viajeros. Este movimiento decreció poco después, sin duda, a causa de nuestra guerra y de la mundial que la sucediera. En 1942 dicho movimiento era aun tan solo de 96.400 pasajeros, esto es, unos 280 viajeros diarios. Pero a partir de este momento el tráfico comenzó a crecer, para llegar a 122.000 pasajeros, en 1943 y, tras de una nueva depresión, en 1946, se pasa, en 1950, a un movimiento de 124.800 pasajeros, para llegar a ser de 132.000 en 1951, esto es, unos 370 diarios.

Una correspondencia análoga encontramos con la línea Algeciras-Tánger, que transportó, en los dos sentidos, 29.800 pasajeros, en 1932; 22.700, en 1941; 47.600, en 1949, y 95.000, en 1951. En total, no menos de 227.000 viajeros pasaron ese año por Algeciras en viaje de ida o de regreso de África. Algeciras se ha convertido así en el primer puerto español de pasaje.

Muchos pasajeros —más cada día— viajan en automóvil. Llevan su coche hasta el muelle mismo; penetran con él en el transbordador y descienden, luego, en el puerto fronterizo. En 1942 el número de automóviles transportados por nuestros buques, entre las dos costas del Estrecho, fué sólo de 199. Pero en 1947, ascendió ya a 2.423 y sucesivamente fué pasando a 7.597, en 1949, y a 17.255, en 1951. En este año pasaron, pues, a bordo de nuestros transbordadores por el Estrecho, un promedio de unos 50 coches diarios.

EN CASO DE GUERRA, GIBRALTAR SERIA UN NIDO DE PROYECTILES

Y concluimos. El Estrecho es un canal español. Se abre entre tierras que o son españolas o están bajo nuestro protectorado. Este punto crucial del mundo fué puesto por Dios —decía Mella— a los pies mismos de España, a ra que comprendiéramos bien, a

su vista, que allí está justamente la grandeza y el porvenir de la Patria. En Donoso encontramos alusiones análogas. En el Estrecho está, en efecto, centrado todo nuestro programa exterior. En el Estrecho, por consiguiente, se pueden desbaratar todos nuestros proyectos y nuestros anhelos. Albiñón lo comprendió bien. Sólo asegurada nuestra posición en el Estrecho, como pensaban aquellos ilustres tribunos —Donoso y Mella— cabe asegurar también nuestra amistad fraterna con Portugal; realizar una política de aproximación con América y garantizar nuestra presencia en África. La visión sagaz de Isabel la Católica lo había dicho, con exactitud, varios siglos antes; América y África reza su testamento; pero, sobre todo, ¡no enajenar jamás Gibraltar! No data, pues, de ahora, de la feliz España de Franco, el empeño hispano de reivindicar el Peñón. «Gibraltar español» es un anhelo nacional y sin excepciones, de ahora y de siempre. Incluso —ya lo hemos visto— la consigna de conservarle nos viene de antes de que Inglaterra nos lo arrebatara.

El Estrecho es, en fin, el centro vital de lo que, con lenguaje de la época, pudiéramos llamar geopolítica nacional. Su posesión para nosotros es la condición «sine qua non» de nuestra realidad soberana. ¡El ser o no ser! Ya hemos dicho que a Inglaterra no se le escapó esta consideración. Para lograr sus designios antiespañoles cometió la felonía de arrebatarnos Gibraltar. Y hasta pensó en hacer de todo el Sur de Andalucía; de la Andalucía del Estrecho —Cádiz incluido— nada menos que un colosal Peñón. Desde que aquel incalificable robo, envuelto por la traición, que se cometiese en la fecha inolvidable del 4 de agosto de 1707. Inglaterra hizo apoyar su flota en Gibraltar, para asegurarse, cuando conviniera, el dominio de este paso. No quiso compartir tal dominación con nadie y naturalmente de ninguna manera con España. Por eso en los días en que era amiga (?) y aliada (!), cuando combatía con nosotros a los franceses de Bonaparte, destruyó

los fuertes del reducto algecireño con el pretexto de que los podía utilizar el enemigo. Con semejante cinismo hizo demoler luego las baterías españolas de la bahía de Algeciras. Albiñón nunca sintió hacia España mejores intenciones. La verdad ha sido ésta. Los almirantes ingleses se enfioreaban mientras tanto por el Estrecho, apoyándose para ello, en realidad, en aquella tierra española.

Durante muchos años todo fué bien para la Gran Bretaña. Pero el tiempo jamás pasa en balde. Hoy Gibraltar la sirve de muy poco, salvo para ultrajar a España. Mas ya no estamos en los tiempos de la navegación a vela y de la artillería de avancarga. Una flota inglesa establecida en Gibraltar, si llegara la guerra, lo primero que haría, sin dar tiempo siquiera a que estallara, sería, precisamente, abandonar la rada del Peñón, demasiado peligrosa y carente de toda protección. Sin barcos, sin base aérea utilizable, en caso de un conflicto, ¿cómo podría Gibraltar vigilar y guardar el Estrecho? De ningún modo, ciertamente. Porque ni siquiera la artillería de gran calibre del Peñón valdría nada al efecto. Gibraltar, en caso de una guerra, sería sencillamente lo que los artilleros llaman un «nido de proyectiles»; un colosal receptor de todos los cañonazos tirados desde los cuatro puntos cardinales. ¡Ninguno quedaría fuera del blanco!

No hemos de insistir —porque no es preciso— sobre el tema. Todos los técnicos, sin excepción, convienen en cuanto queda dicho, incluso los propios militares británicos. No hay razón alguna para seguir dando prevaletencia al Peñón como base militar en el Estrecho. Inglaterra debe considerar muy bien la nulidad de su valor actual. La retención de la fortaleza sobre ser inútil es una torpeza política garrafal. Son las costas—todas las costas de España—, las del Protectorado y singularmente las del litoral sur de la Península, las que dominan y poseen, de verdad, la llave del Estrecho. En realidad, militarmente el Estrecho no comienza en Espartel y termina en Punta Europa. La verdad es que militarmente es «estrecho» también todo el acceso occidental al paso, en el seno del mar de España, y, desde luego, todo el corredor, hasta la altura de Cartagena, que constituye el mar de Alborán. Es la aviación y las unidades de la Marina las que apoyadas en estos litorales fronteros que España posee y las propias baterías de cañones, situadas en Ceuta o en las estribaciones meridionales de las sierras del Gibibe y de la Luna, entre Algeciras y Cádiz, las llaves, en realidad, del paso.

El Estrecho de Gibraltar sigue, día a día, ganando importancia en el mapa de las relaciones mundiales, como lugar de paso. Pero el Peñón, al revés, ha perdido ya definitivamente todo su valor. Lo que antaño representó Gibraltar lo representa ahora toda España. Es la Península la clave del Estrecho. Justamente lo que Inglaterra parece empeñada en ignorar.

HISPANUS

UN PUEBLO INDUSTRIOSO CON SENSIBILIDAD Y BUEN GUSTO

ALCOY, UNA CIUDAD CON SORPRESAS



Las fotografías muestran tres modernos aspectos urbanos de Alcoy, la ciudad que prospera continuamente por el impulso de su propia vitalidad

RODEADA de un sereno paisaje de montañas y edificada sobre un terreno de grandes desniveles, Alcoy es una ciudad que encierra la sorpresa de su clima frío—aún se ven algunas manchas de nieve en las cumbres—, el encanto de su espontánea simpatía, de una cordialidad natural que hace grata y amable la estancia al forastero; muchos jirones de historia, y en el mes de abril—quién pudiera volver en abril!—las incomparables fiestas de «Moros y Cristianos», que cada año aspiran a la superación de los anteriores por el impulso humano de los alcoyanos, que no han olvidado, ni olvidarán nunca, aunque han pasado ya cerca de setecientos años, la aparición de San Jorge para librar a la ciudad del acoso sarraceno, abatiendo con su espada luminosa el orgullo del moro Alazrach.

La vida de Alcoy es fundamentalmente industrial; todo gira alrededor de la industria, y de sus 50.000 habitantes, más de 17.000 trabajan en las 800 Empresas existentes. Y, sin embargo, Alcoy tiene alma de artista, alma de tradición y de leyenda. En Alcoy se percibe claramente que la incompatibilidad del arte y de la industria es un mito y que un pueblo puede ser esencialmente laborioso, emprendedor, financiero, sin que por ello sus gentes pierdan la sensibilidad ni el buen gusto para las expansiones del espíritu.

Tiene Alcoy demasiados aspectos, demasiada vitalidad propia, demasiados contrastes, para poder recogerlos todos en un solo reportaje. Uno quisiera hablar despacio de la Fuente Roja, del Preventorio en construcción de La Mariola, del padre Cirilo, del milagro de los lirios, de las fiestas

de «Moros y Cristianos», de los esplendorosos trajes de sus capitanes, de las comparsas, donde me invitaban a «café—pido perdón a los alcoyanos, pero este «café», tal vez porque no tuve tiempo de acostumbrarme a él, fué lo único que no me gustó de Alcoy—; de mosén Torregrosa, de los descubrimientos arqueológicos en La Serreta, del Hospital Municipal y hasta, si ustedes quieren, de las famosas peladillas.

Mas, probablemente, con cada uno de estos temas podría escribirse un libro lleno de anécdotas y curiosidades; cada uno de ellos podría ser objeto de un documentado estudio, y uno, la verdad, sólo pretende hacer un reportaje acerca de esta ciudad que antaño ganaba batallas al infiel y que ahora gana batallas en el campo de la industria.

Ocurre a menudo, cuando se recorre esta España tan desconocida de los españoles, encontrarse con pueblos o ciudades en los que sólo esperamos hallar una faceta, una característica, un medio de vida adscrito a determinada actividad. Y luego resulta que en muchos sitios, como en Alcoy, son tantos los matices humanos que surgen al paso del viajero, que cuesta trabajo después condensar las impresiones y los recuerdos.

**ACEITUNAS RELLENAS,
CARROCERIAS Y 24.000
KILOS DIARIOS DE
PAPEL**

La diversidad de las industrias de Alcoy es muy notable. Aparte de las tres principales—papel, tejidos y metalurgia—hay otras muchas, algunas de ellas sorprendentes, como la de las aceitunas rellenas en conserva. Porque



aquí, naturalmente, no hay anochos, y los olivos que crecen en los alrededores son muy escasos. No obstante, de Alcoy sale una gran parte de las aceitunas rellenas que se consumen en el país y fuera de él.

Se fabrican fieltros, ladrillos, artículos de piel, licores, harinas, peladillas, carrocerías...

Muchos de esos autocares de lujo que ahora invaden las carreteras y las ciudades españolas; esos autocares con techo de plástico, asientos de alto respaldo, impresionantes tapicerías de cuero en diferentes colores, un pequeño bar a disposición de los señores viajeros, radio, lavabo—los hay que llevan lavabo—, calefacción, refrigeración y un micrófono para uso del conductor o del intérprete, están carrozados en Alcoy.

Veinticuatro mil kilos diarios de papel—más de siete millones al año—produce la industria alco-



Estampas de las fiestas de «Moros y Cristianos», que Alcoy celebra en abril

yana. Papeles de seda—esos en los que se envuelven las naranjas de exportación—, papeles estucados, papeles para escribir y, sobre todo, papel de fumar, del que se fabrican cerca de tres millones de kilos anuales.

LIEMOS UN CIGARRILLO

Yo creo que uno de los mayores encantos del vicio de fumar, tan extendido, a Dios gracias, entre la Humanidad (no hagan ustedes caso de esas historias que circulan por ahí a propósito del cáncer de pulmón producido por el tabaco), es éste de liar un cigarrillo. Tiene algo de rito esa operación cachazuda de los campesinos que sacan de la faja una rugosa petaca y un librito de papel, vierten en la palma de la mano la cantidad necesaria de tabaco y lian calmadamente un cigarrillo.

Actualmente parece que los cigarrillos hechos a máquina, los emboquillados y el tabaco rubio van invadiendo los mercados, no sé si por comodidad o porque el vértigo de la vida moderna no permite perder el tiempo en la confección personal del pitillo.

Pero aún subsiste, en España, por lo menos, el ejemplar humano que sigue siendo partidario del tabaco picado y del librito de papel. Un librito de papel es una cosa muy seria, señores. No lo parece, ¿verdad?, cuando lo adquirimos en el estanco por unos céntimos o cuando, agotado, arrojamos el estuche en cualquier parte. Hay que ver funcionar una fábrica para darse cuenta de lo compleja que resulta su elaboración.

Ustedes se aburrirían seguramente si yo les contara con todo detalle el proceso de fabricación del papel de fumar, que termina en el momento en que los

libritos quedan metidos en sus correspondientes cajas para ser enviados a los estancos.

LA MAQUINA Y EL HOMBRE (O LA MUJER)

Lo más curioso es ver, por ejemplo, esas máquinas maravillosas que cercenan el papel a velocidad vertiginosa para darle el tamaño adecuado; las que van acumulando papeles ya cortados, contando automáticamente el número de hojas que debe llevar cada librito y colocando, incluso, la hoja rosada del principio y esa otra que nos advierte, al final, que sólo quedan cinco.

Y también es curioso ver a las operarias poniendo el mazo en los estuches y pegando éste a una marcha que tiene poco que envidiar a las máquinas.

Personalmente debo confesar que desde mi visita a las fábricas de Papeleras Reunidas de Alcoy, un librito de papel de fumar me infunde cierto respeto.

ES NECESARIO ESTUDIAR

Porque, además, la fabricación del papel de fumar exige un estudio muy completo. Combustibilidad, estructura, opacidad, peso por metro cuadrado, resistencia y dilatación, porosidad o permeabilidad al aire, contenido en cenizas, color y otras propiedades, son aspectos que deben tenerse muy en cuenta.

Hay papel muy combustible, combustible o ardeador, medio combustible y no combustible. Tal vez ustedes no sepan que con el primero de ellos, sin aspirar, el cigarrillo se quema por igual y sin apagarse en unos catorce minutos. Se emplea este papel en Alemania, Checoslovaquia, Austria, Grecia, Turquía, Francia, Italia y Bélgica.

Con el papel combustible o ardeador, en las mismas condiciones, es decir, encendido el cigarrillo y sin aspirar, tarda de veinte a treinta minutos en consumirse. Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Francia, Italia, España, Portugal y Escandinavia emplean esta clase de papel.

Con los papeles incombustibles, el cigarrillo se apaga al momento (lo cual, pienso yo, puede ocurrir con todos, pues también el tabaco ha de tener sobre esto su poco de influencia), y se utiliza principalmente en los países del Báltico, Polonia, España, Portugal y Sudamérica.

TRAJES BARATOS

Caminando por Alcoy se ven muchas fábricas, infinidad de fábricas, situadas la mayoría en las profundas gargantas que cruzan los majestuosos viaductos de la población. El Molinar y el Barchell, los dos ríos alcoyanos que a su paso por la ciudad llevan un caudal escaso, atraían el emplazamiento de las fábricas que buscaban en estos dos ríos la energía hidroeléctrica.

Más de diez mil obreros trabajan en las industrias de tejidos, géneros de punto, hilados, trapos, tintes textiles y regenerados de lana y algodón.

La industria textil de Alcoy es muy antigua. No hace la competencia a las grandes fábricas catalanas porque aquí se fabrican unos géneros de menos calidad que los de Sabadell o Tarrasa. Géneros fuertes y a precios ultra económicos—he visto en el esca-

parate de una tienda un abrigo de caballero que sólo costaba doscientas cincuenta pesetas—, que tienen un amplio mercado en Andalucía, Extremadura y Galicia.

También esto es algo complicado. Resulta que, entrando en una de estas fábricas, se encuentra uno con inmensas naves, en las que se almacenan ingentes montones de trapos de todas clases y colores. Y de estos trapos, luego de una serie infinita de operaciones, acaban saliendo telas. Telas fuertes, un poco bastas si se quiere, pero que cumplen en el mercado nacional una importante finalidad.

Los trapos se clasifican, se desinfectan...

Atravesamos muchas naves. Máquinas que trenzan los hilos y los retuercen para darlos fuerza; máquinas que van formando el tejido, combinando los colores; máquinas que planchan las telas. Y al final, como siempre, la mano del hombre—de la mujer en este caso—en un repaso final para observar si el cheviot o la franela tienen algún defecto que necesite ser corregido.

EL CASINO, VACIO

He visitado el Círculo Industrial de Alcoy. Me gusta, siempre que voy a una ciudad desconocida, visitar el Casino, porque los Casinos provincianos dan, mejor que nada, el pulso de las ciudades.

El Círculo Industrial de Alcoy es amplio, lujoso. Cuenta con numerosas salas, biblioteca, jardín, terrazas.

Eran las siete de la tarde. Reñaba allí dentro un silencio casi opresivo. Yo escuchaba explicaciones acerca de las reformas que el Círculo Industrial ha sufrido. me entemba del número de socios con que cuenta...

—Pero no hay nadie—exclamé.—Claro.

—¿Cómo que claro? ¿Para qué quieren este Casino que envidiarían muchas capitales de provincia? ¿Cuándo vienen?

—Vienen por la tarde—me dijeron—. Desde las dos y media o las tres hasta las cuatro o cuatro y media encontrará usted mucha gente si se da una vuelta por aquí. Después, cada uno se marcha a sus ocupaciones, y hasta el día siguiente. Y también hay animación, naturalmente, los días festivos o cuando se organiza algún baile, algún concierto, alguna Exposición.

Gran Casino éste de Alcoy, silencioso y vacío. Casino de una ciudad que trabaja, de una ciudad en la que se desconoce el ocio de una ciudad donde la riqueza—que existe—no es más que una consecuencia de la laboriosidad de sus habitantes. No hay capitales muertos, capitales de casino en la holganza de las cuentas corrientes. Los hombres de Alcoy, hombres de industria, capitanes de empresa, no tienen tiempo para reposar en los confortables sillones del Círculo.

DOS MIL TONELADAS

La tercera industria importante de Alcoy es la metalúrgica. Dos mil toneladas anuales de maquinaria alcanza la producción alcoyana; mil trescientos obreros trabajan en las fundiciones especializadas, principalmente en la

construcción de maquinaria agrícola.

Hay doce fundiciones y un centenar de talleres, que consumen anualmente más de dos mil toneladas de chatarra, hierros y aceros laminados.

Es sorprendente la potencia industrial de esta ciudad, que no guarda proporción con el número de sus habitantes, sino que supera con mucho esta proporción. Diecisiete mil obreros encuadrados en las diferentes Empresas y una cuota sindical anual de tres millones de pesetas son cifras bastante elocuentes.

Alcoy progresa; se han pavimentado muchas calles — antes de nuestra guerra de Liberación no había ninguna adoquinada—, se construyen grupos de viviendas se han reconstruido las iglesias, desmontadas piedra a piedra durante el dominio rojo.

Alcoy es una mezcla de ciudad moderna, con amplias calles y abundancia de comercios, y de ciudad antigua, con calles que se descuelgan, estrechas y sombrías, por enormes pendientes.

Alcoy, ya lo dije al principio, es una ciudad de industria con una gran cantidad de inquietudes artísticas y humanas.

UNA VIEJA ASPIRACION QUE SE CONVIERTE EN REALIDAD

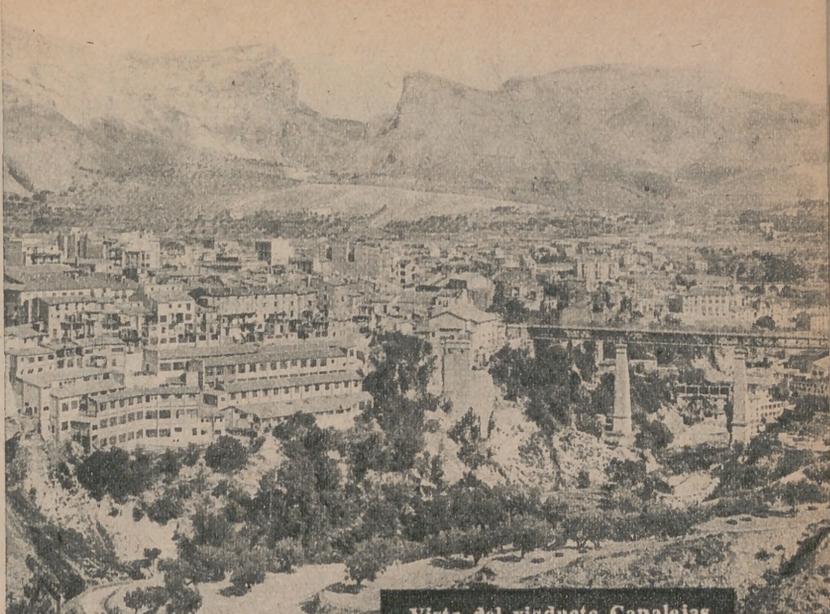
Hace aproximadamente veinticinco años—en los tiempos de la Dictadura del general Primo de Rivera—que se llevó a cabo el trazado del ferrocarril Alicante-Alcoy. Es muy antigua esta aspiración de la industriosa ciudad y de otros pueblos situados en la ruta, de verse unidos por vía férrea a la capital de la provincia. Para la industria, el ferrocarril representa ventajas tan evidentes que sería ocioso mencionárselas.

Desde la carretera, unas veces cerca, otras lejos, se ve el trazado del camino de hierro, con sus terraplenes arenosos, que aguardan la presión de las traviesas sobre sus lomos; sus puentes oclarios, que aun no han crepitado al paso veloz de los trenes; sus túneles vacíos, surgiendo de los montes como inmóviles ojos muertos, que esperan ennegrecerse con el humo de las locomotoras. No falta más que el tendido de las vías y la construcción de las correspondientes estaciones para que el tan ansiado ferrocarril Alicante-Alcoy sea un hecho.

La Diputación Provincial gestionaba, desde hace dos años, la terminación de esta importante obra, y recientemente el Ministerio de Obras Públicas ha accedido a tan legítimos deseos, haciendo a la Diputación la oportuna propuesta para el remate de la empresa, propuesta aprobada esta misma semana por el Organismo provincial. Así, pues, la espera ilusionada de los habitantes de esta comarca ha terminado. Alcoy tendrá dentro de poco su ferrocarril y las comunicaciones con la provincia y la expansión de sus productos industriales habrán ganado, bajo la paz de Franco, una nueva batalla.

EL PREVENTORIO DE LA MARIOLA

No me quedaría tranquilo si no dijera algo a propósito del Preventorio Infantil de La Mariola,



Vista del viaducto Canalejas y el Tosal, por donde se extiende la industria alcoyana

que es tanto como decir del padre Cirilo Tormo.

Al padre Cirilo Tormo, párroco de San Roque, se le metió en la cabeza que era necesario construir un preventorio infantil. El padre Cirilo Tormo es un hombre de maneras suaves y ojos inteligentes, que brillan tras los cristales de las gafas. El padre Cirilo Tormo no contaba para su empresa más que con su propio entusiasmo. De dinero ni un céntimo. El padre Cirilo Tormo habló primero con los propietarios de las industrias de Alcoy. Y más tarde habló a los obreros. Y, ante el estupor general, los convenció. Los convenció de que necesitaban ese Preventorio para sus hijos y que ellos mismos debían hacerse. Cada semana, desde hace un par de años, los obreros dejaban una peseta de su jornal, o cincuenta céntimos, o un real. Cada semana las Empresas alcoyanas aportaban a la obra del Preventorio una cantidad igual a la reunida entre sus obreros.

El padre Cirilo Tormo escogió un lugar ideal, allá arriba, sobre un cerro desde el que se domina Alcoy como desde un mirador de la Naturaleza. Fué inútil que don Roque, el arquitecto, le hiciera ver las dificultades con que se iba a tropezar para edificar allí su preventorio. No había carretera, no había agua, no había luz...

Yo he visto el Preventorio de La Mariola. Ya está terminado a falta sólo del mobiliario y de algunos detalles. Un Preventorio que en nada tiene que envidiar a las más modernas instituciones sanitarias. Un Preventorio que los alcoyanos se han construido ellos solos, sin ayuda ajena, mediante aportaciones insignificantes, pero que, sumadas unas con otras, suponían cada mes muchos miles de pesetas.

A mí me impresionó esta obra. Ha costado mucho dinero y al padre Cirilo le quedan aún muchas cosas por pagar; pero él confía en Dios. Mientras visitábamos el edificio y contemplábamos desde las azoteas el bello paisaje de Alcoy tendido en el valle a nuestros pies, yo le decía al padre Cirilo:

—¿Ha pensado, padre, en que tan pronto inaugure el Prevento-

rio y lo llene de niños, necesitará mucho dinero para mantenerlo?

El padre Cirilo sonreía.

—Muchos me han hecho esa misma pregunta. Cuando me lo pregunta un rico, yo le digo: Usted, ¿no será capaz de pagar la comida de los niños un día al año? Casi siempre me contestan que sí. Pues bien; todo se reduce a encontrar trescientos sesenta y cinco ricos. Y los encontrará.

Me pidió que no hablara de él; pero yo no he podido resistir la tentación de hacerlo. Alcoy se ha construido su Preventorio infantil; ha sido una empresa colectiva, de esas que junto a lo positivo de su realización, guardan caudales de humanidad y de ternura. Y el padre Cirilo fué el motor de la misma, el que supo crear el clima, el ambiente, para mover los impulsos generosos de los hombres de Alcoy.

Confío en que el padre Cirilo, una vez que inaugure el Preventorio infantil de La Mariola, encuentre esos trescientos sesenta y cinco ricos que necesita para mantenerlo. Mejor dicho; estoy seguro de que los encontrará.

A MODO DE DESPESIDA

Esto es Alcoy, visto de prisa, febrilmente, sin tiempo material para empaparse de todo lo que encierra. Una ciudad con vida propia, con horizontes propios, cargada de realidades y de ilusiones. La ciudad de los puentes y de las batallas, de la industria y del espíritu.

Cuando llegue abril y las veinticinco comparsas—trece de moros y doce de cristianos—se apresten a celebrar sus fiestas tradicionales, esas fiestas incomparables, llenas de luz y de colorido, de pólvora y de alegría; esas fiestas a las que todos los alcoyanos prestan su más encendido entusiasmo, el periodista sentirá la nostalgia de Alcoy, de sus fábricas y de sus gentes, de su historia y de sus leyendas, de su paisaje urbano, luminoso y blanco; de sus altivos alrededores montañosos.

¡Alcoy, por San Jorge!

Joaquín RUIZ CATARINEU
(Enviado especial)



De JOSE MARI
SERT para
MIGUEL UTRILLO

PERFIL HUMANO
DEL PINTOR CATALAN A TRAVES
DE UN RICO EPISTOLARIO INTIMO
E INEDITO



Las cartas de Utrillo
padre y las palabras
de Utrillo hijo para
los lectores de
EL ESPAÑOL

LA voz de Miguel Utrillo nos llega a través del misterioso diablillo del teléfono con una irremediable cernazón de acento catalán. Habla primeramente con él Jaime Campmany, quien al presentarse castellaniza una vez más la pronunciación de su apellido, por acostumbrada inercia. Utrillo corrige y pregunta:

—Campmany, ¿verdad?

—Sí, sí, claro: Campmany, para los catalanes.

La cita queda concertada prontamente, porque Utrillo no es hombre dubitativo, aunque exige rigurosa puntualidad.

—A las cuatro de la tarde. Pero a las cuatro en punto. Sí... Pues, por ejemplo, en el Casino de Madrid.

Las cuatro de la tarde, hora gloriosa del café, del extraordinario de la copa y del puro cuando hay suertecilla, es buena hora para la parla y el charloteo. Con el agror del último gajo de la naranja del postre haciéndonos agua en el paladar, llegamos al Casino de Madrid. El Casino es oscuro y solemne, demasiado oscuro y demasiado solemne para que uno se pueda sentir y sentar a gusto en el amarillo salón de las visitas, sin más ocupantes entonces que las resabidas Tres Gracias de la primavera botticelliana. Así no podía haber confusión, aunque no nos conociamos las caras.

La verdad es que no nos imaginábamos a Utrillo así, con porte y empaque de banquero fuerte o de productor cinematográfico, y un aire entre misterioso y princi-

pesco, con un algo de Orson Welles y cuatro de Faruk, después de un régimen de adelgazamiento.

La primera confidencia que nos hace, antes aun de meternos en la harina de la entrevista, antes aun de ponernos de acuerdo para renunciar a todos los cafés de la calle de Alcalá, menos uno, es una confidencia amenazante para la buena marcha de la conversación:

—Estoy fastidiado porque no sé dónde he dejado mi bastón.

—¡Vaya por Dios!

Pero en seguida añade, como para tranquilizarnos:

—Aunque eso no tiene nada que ver con vosotros. Estoy dispuesto a contestar a lo que queráis inquirir. Tengo fama de impertinente y de exagerado, pero ya veréis cómo no hay nada de eso. Lo que pasa es que soy sincero y llamo a las cosas por su nombre.

A pesar de la falta de bastón, de la comida reciente y de un sol de primavera anticipada que incitaba al remoloneamiento y la pereza, llegamos al café elegido, de cuyo nombre no queremos acordarnos, para evitar el desliz de la publicidad.

Lo difícil de toda entrevista sobre tema fijo es precisamente, lo que debería ser más fácil: la entrada en materia. Y mucho más difícil en nuestro caso, porque nos parece que tanto Utrillo como nosotros gustamos de hablar un poco a la buena de Dios, dejando correr libremente los primeros hilillos de la charla y esperando,

sin prisa, que ellos solos se junten y arrebañen en un tema de más cauce, que dé para rato. Sobre todo, Utrillo, que habla de todo, como a brinco, atinando aquí, precisando allá, epatando acullá, sorprendiendo siempre y no fatigando nunca.

Nosotros, ingenuamente, habíamos sacado unas cuartillas para tomar notas. Pero Utrillo habla rápidamente, enlaza unos temas con otros, se saca los motivos de la manga con presteza de prestidigitador, llena la mesa de papeles, fotografías, postales, se escapa de lo concreto de las preguntas, pide otros cafés y otras copas.

Y así no hay manera. Al cabo de un cuarto de hora, las cuartillas están llenas de un galimatías ilegible e indescifrable en el que apenas el nombre de d'Ora junto a la palabra «croquetas» y una frase lapidaria sobre las pinturas de Sert al lado de esta declaración: «Espero ser algún día Alcalde de Sitges».

SERT A TRAVES DE LOS
UTRILLO

Ya con el primer café y la primera copa de coñac en el colete, recordamos que lo que nos llevaba a ver a Miguel Utrillo era hablar de José María Sert. La suerte nos había permitido durante un veneno pasado a la orilla de la Costa Brava, como huéspedes y de esa extraordinaria belleza y de esa extraordinaria belleza, la señorío que atesora Cataluña, la ocasión de visitar Vich y conocer allí la obra del pintor catalán, esa que por tercera vez (como en



la cifra en que va la vencida) decoró Sert con sus descomunales figuras. Luego, al final de otro verano, nos habría de citar en San Sebastián. Regresábamos el uno de Londres y el otro de París, ciudades por las que también dejó Sert la huella artística de su paso, y fué nuevamente su decoración de la abadía de San Telmo la que conocimos en compañía. Junto a estas visitas hechas al alimon, el nombre y el arte de Sert anduvo también durante algún tiempo como tema común de conversación y hasta de discusión. En esto del valor artístico de su obra no andábamos demasiado de acuerdo, y ya se sabe que los temas de arte propenden siempre a las fáciles exageraciones.

Y ahora también, por tercera vez, acabábamos de asistir juntos en el Museo de Arte Contemporáneo a la muestra de esa obra que parece como si la hubiera traído una góndola desde la propia Venecia, exhibida estos días por especial favor del príncipe Nicolás de Rumania, a quien pertenecé.

Para hablar de Sert componíamos otra vez pareja. Buscábamos poder ofrecer a los lectores de EL ESPAÑOL algunos vivos aspectos del hombre Sert, que tal vez hayan quedado sepultados bajo la fama y la fábula del pintor. Ibanos a buscarlos a través de una persona tan íntimamente ligada a la propia biografía de Sert como Miguel Utrillo, hijo del prestigioso crítico de arte de igual nombre y que alcanzó tan grande y decisiva influencia sobre la obra del pintor, sobre sus orientaciones y caminos, como grande y permanente había de ser su entrañable amistad.

Miguel Utrillo guarda y proclama una extraordinaria devoción y cariño por José María Sert. Es un entusiasmo vivo que le rebasa por las palabras y por los gestos, que desborda el propio conocimiento de la figura del artista y que en hombre de tan arrebatada temperatura cordial como la suya encuentra siempre la ocasión emocionada de manifestarse. No en balde Utrillo nace ya a la vida bajo la custodia y tutela del pintor, quien le apadrina en el bautismo por especial empeño del padre. Si el crítico asistió como hermano mayor a desempeñar el siempre simpático papel de padri-

no en la boda del pintor con María Godebska, va a ser éste ahora quien adquiera ese parentesco espiritual que tan altas muestras de cariño había de ofrecer a lo largo de la vida. Muchas veces, en la dilatada peripecia viajera de Sert, el niño que todavía es Miguel Utrillo le acompaña.

«Querido Miguel (escribe el pintor a Utrillo, padre): Llegaré el día 15. Te espero, pues, en este día en el hotel Continental. Arréglatelas como puedas, pero ven. Y no me des ninguna excusa, porque sólo te digo que llegaré con tu Miguelet, que por cierto creo que lo he civilizado bastante ya. Besos. Sert.»

Y en verdad que algo de esa vida de aventura y leyenda, de la permanente inquietud y dinamismo viajero que tanto caracterizó a Sert, parece haberse quedado, si algo ensombrecida, en este Miguelet Utrillo, hombre que también ha corrido lo suyo por esas tierras y que nos confiesa que en sus salidas procuraba irse lo más lejos posible, a Estocolmo, a las Suecias, al último límite del mapa, para que así, en su obligado regreso, cuando ya la paciencia familiar entraba en alarma, poder visitar, de vuelta, otros tantos sitios.

EL «HOMBRE» SERT

Preguntamos por el ambiente del nacimiento de Sert. Tratamos de fijar el clima de familia que acompaña al pintor en sus primeros años. Y Utrillo nos dice:

—Nace en un ambiente menestral. Queda huérfano bien pronto. Y como crece hecho un niño enclenque, le dejan hacer lo que quiere. Le consienten y le miman.

—Esto favorece su ensoñación interior, quizá. ¿Habría que explicar un indudable alimento de su fantasía por libros y lecturas?

—Puede que sí. A él, desde luego, le atraen pronto los dibujos y empieza a confeccionarlos para alfombras y cartones.

—Dibujos tal vez con leyendas ya, esa leyenda que no le abandonará nunca, ¿no?

—Efectivamente. Su vida esta toda como poseída por un aire de leyenda y asombro llena de aventuras. Desde siempre, para bien y para mal, su fama le acompaña por el mundo, que él recorrió casi enteramente. Así ocurre en casos como el de la inauguración de: transatlántico «Normandien»,



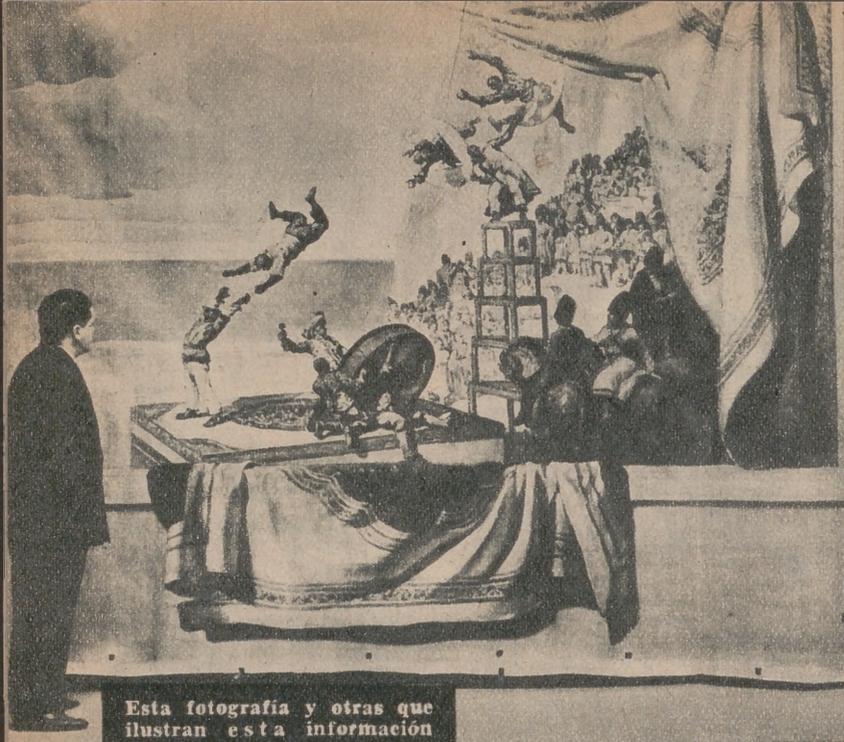
José María Sert—barba, gafas, sombrero y corbata vuelta—con Miguel Utrillo padre, de cuya amistad y largo epistolario se ofrecen abundantes muestras en el presente reportaje

cuya primera travesía realizó, y durante la cual se habla a bordo constantemente de él, con una atención de muchos más grados que la que se presta, por ejemplo, a Herriot, cuyo momento político estaba entonces en auge, y que queda oscurecido a su lado.

Hablamos de viajes, de Italia, de Inglaterra. Sert, como estupidamente define Utrillo, ha viajado de Norte a Sur y de Este a Oeste. Y hablamos de algo que, naturalmente, sobre el gusto y la devoción del pintor pesó en gran



Miguel Utrillo hijo, jinete de un caballo de «fotógrafo al minuto»



Esta fotografía y otras que ilustran esta información muestran algunas de las obras de Sert exhibidas ahora en Madrid

medida: París. Era el momento de Montmartre, de nuevas tendencias de grandes innovaciones y también de esos escándalos que los nuevos estilos llevan siempre consigo.

—¿Hasta dónde llegó el enraizamiento de Sert en París?

—Pues, mirad: podríamos decirlo con palabras suyas: «Soy el más parisién de los pintores españoles y el más español de los franceses».

Sin embargo, y pese a esa especie de vecindad espiritual, de adentramiento en la sensibilidad francesa, de incansable trasiego por el mundo, a Sert le acompaña siempre su gran preocupación por las cosas de España. España va con él, como siempre sucede con los españoles de buena ley. Y con España siente y sufre la pérdida irreparable del músico Granados, muerto en la mar cuando pacíficamente volvía a España desde América, y estaba en su fragor la guerra del 14. Y Sert escribe a Utrillo:

«Quisiera que al menos encontrasen su corazón, para poderlo trasladar a Barcelona y se le pudiera hacer un recibimiento fabuloso.» Escribe Sert desde París, y añade: «Aquí la Prensa hace bastante ruido alrededor de su muerte. Unos lo colocan al lado de Albéniz y Nogar, y otros lo hacen al lado de miss Clavel. Pero olvidan que el corazón de Granados es, o era, de otra pasta distinta de la de Nogar, que murió tirando tiros, o de miss Clavel, que era inglesa. Granados era el tipo del inocente que no tenía nada que ver con la guerra...»

El tema de la guerra que Sert vive en París, aquella gran lucha del año 14, que habría de quedar andando la Historia como una ríñ de tono menor, preocupa hondamente al pintor, repercute necesariamente en su psicología, le afecta y le transforma. Su sensibilidad de artista tiene que reaccionar ante esa empresa dramática que envuelve a Europa y de

la que no anda demasiado esperanzado sobre sus fecundos resultados. Es una guerra que habla un lenguaje que para nosotros se ha quedado antiguo y viejo. A Sert le asalta la preocupación del daño artístico que pueda llegarle por los aires a París, y le dice a Utrillo, sobre la situación y los temores de la contienda: «... los zepelines serán atacados desde tierra por cañones especiales para evitar que lleguen a París, y por el aire por escuadras de aeroplanos. Se cree fundadamente que casi todos podrán ser destruidos antes de llegar, pero es casi seguro que algún monumento resultará destruido. Lo peor será que no destruirán ni la Samaritaine ni el teatro Astrua, y como Notre Dame es de una construcción mucho más sobria y ligera que Reims, cada mañana me voy a mirarla por todos los lados siempre descubro nuevas cosas de las que nunca me había dado cuenta». Y añade, con un acento final del que no anda demasiado lejos una cierta ternura: «Es como si acompañaras a alguien a quien quieres y que está muy enfermo».

«AYER ME DEDIQUE A PASEAR EN MI COCHE A SIETE HOMBRES QUE ENTRE TODOS SOLAMENTE TENIAN CUATRO PIERNAS»

En otra larga carta para Miguel Utrillo (padre) se despidió con estas enternecedoras confidencias, que dan idea de la paradoja constante de su carácter:

«Adiós, Miguel. Hace frío, y el día se termina a las tres de la tarde, sin que a uno le quede el recuerdo, para su consuelo, de la visión de un farol encendido. El urbano llama a la puerta si se escapa un poco de luz por en medio de las cortinas tiradas y espesas. Por necesidad, y para comparar el derecho de vivir delante de nuestros propios ojos, nos cuidamos de los pobres que la guerra ha dejado impotentes. Durante toda la tarde de ayer me dediqué a pasear en mi coche a siete

hombres que entre todos solamente tenían cuatro piernas. Los que más pena me dan son los ciegos, para los cuales nadie encuentra palabras suficientes de consuelo. Cuando uno oye decir que la guerra es una necesidad de la naturaleza humana, casi le entran ganas de reír. Esto se puede decir cuando uno no ha visto el horror cuando uno no ha tocado las consecuencias y el lado antinatural. Ya sabemos que la igualdad es una utopía y que mientras en el mundo existan seres desiguales habrá lucha; pero se ve que esta lucha no puede ser de otra manera que a base de tiros, de explosiones y de gases más o menos envenenados. La voluntad humana (que al fin y a la postre es una manifestación y la más alta, de la fuerza de la naturaleza) llegó a suprimir la fuerza vil de los esclavos; ¿por qué, pues, no suprimir la fuerza sangrante, o sea, la guerra?

Todo esto es aún prematuro. Y la cuestión es que cuando se logre el primer armisticio, el esfuerzo de todos debe consistir en una especie de paz eterna. Yo no concibo la victoria de otra manera.

No quería hablarte de esta forma, pero con diarios o sin, uno no puede quitarse de la cabeza lo que está sucediendo en el mundo.

Perdóneme la filípica y recibe un fuerte abrazo, y sobre todo contesta hoy mismo a tu Pep.»

El momento de la guerra le sorprende a Sert en pleno trabajo para su gran obra de la catedral de Vich. Y, hablando de una y otra cosa, le dice a Utrillo, después de ese siempre sencillo encabezamiento de «Querido Miguel», con que armanca en sus cartas:

«El Cabildo espera mi llegada a Barcelona para arreglar la cuestión. Me pide el señor obispo que haga el viaje antes de acabar el año. Mucho me gustaría poderle complacer, pero también temo mucho no poderlo hacer a causa de la situación de París, más amenazada hoy que nunca, y que no puedo dejar por muchas clases de razones y hasta por Vich. Si lloven bombas, como lloverán, y se incendia el taller, estate seguro de que si no estoy en casa, no encontraría ni un bombero que me ayudase a salvar las telas de la Seo.»

UNA VIDA CERRADA CON SIETE LLAVES

Después de la lectura en común de esta carta de Sert, volvemos a enhebrar el hilo del diálogo. Sin demasiado esfuerzo, esta es la verdad porque Utrillo sigue charlando por los codos, casi al mismo tiempo que lee, que sorbe el café, que aspira del puro y que le gasta bromas al limpiabotas.

—¿Cómo nace esa amistad Utrillo-Sert, que tan entrañable y largamente habría de prolongarse y vivirse?

—Mi padre era mayor que Sert. Le debía llevar unos veinte años. Coincidieron en el Centro Artístico de Barcelona, centro polarizador de actividades culturales por aquel entonces. Fué una amistad más íntima que la que pueda existir entre hermanos o entre padre e hijo. Estaba fundamentada en sus grandes y profundas afini-

dades y había de constituirse ya en permanente para toda la vida, hasta la muerte de mi padre, que se adelanta en diez años a la pérdida de Sert.

—¿Cómo era Sert por dentro? ¿Cómo nos lo definirías?

—Pues mirad: entre judío—claro, de rabino para arriba—y fraile, le franciscano—naturalmente qué de padre superior en adelante—. Vida complicada la suya, llena de secretos, honda. Podríamos decir que se precisarían siete llaves para abrir y entrar por dentro. De un carácter fuerte, casi áspero a veces pero siempre humano, con una calidad entrañable extraordinaria. Y generoso, bueno. Así es fácil encontrar que trueque en buenos juicios algunas ofensas que recibe. Mientras André Gide habla mal de él, Sert le devolverá palabras de elogio. Y si el escritor en su «Journal» no le deja claramente visto, Sert tendrá siempre excesos de bondad en sus juicios para con él.

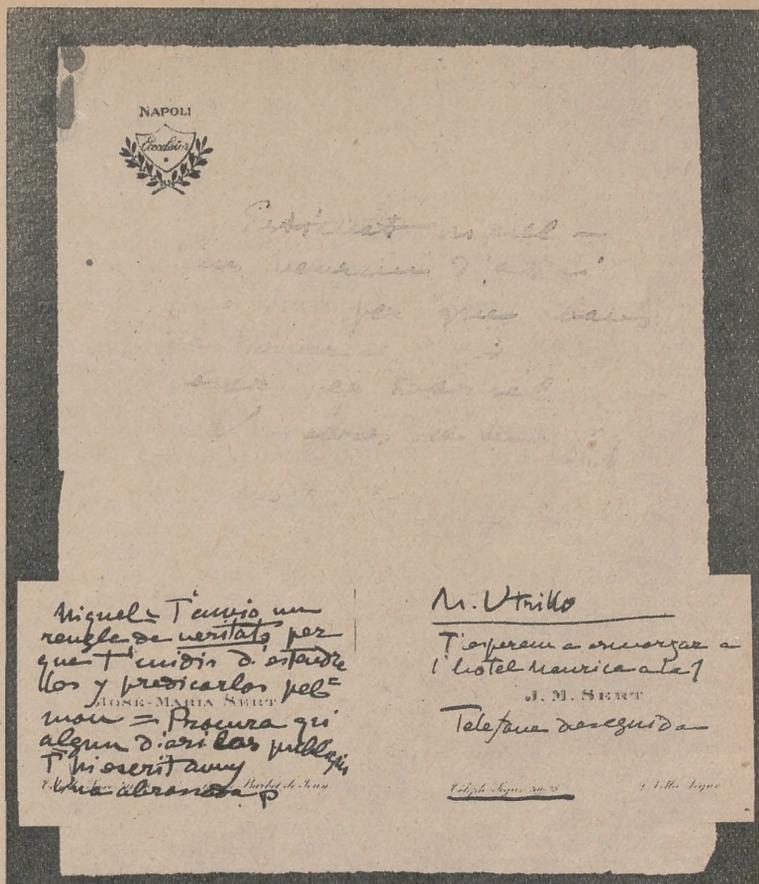
Y esta generosidad y comprensión del artista para con la gente que le rodea, cambia en excesivo rigor cuando se trata de aplicarse a él mismo. Así, de una de las muchas cartas que Utrillo nos enseña, copiamos esto, que revela una sincera humildad y que nos deja traslucir además el constante asedio de intrigas y murmuraciones que en torno a su vida teje la envidia o la meledicencia: «Ya sé que yo soy una mala persona, y lo sé por ti y por Boada; me lo decís y no podéis equivocaros. Pero hay buenas personas que hacen como si no lo fueran (género Collell) y otras que, no queriéndolo, son, o mejor no pretenden serlo, porque en la vida hacen actos de puerco».

Y en otra muestra de ese abundante correo que su gran amistad franquica a Utrillo, padre, le encarga con acento en el que se transparenta el deseo de encontrar la ayuda del amigo: «Si tienes ocasión vete a mi casa y da ánimos a mis hermanas, que me escriben unas cartas terribles. No pueden ampararse, de ninguna manera de esas pequeñeces que sobre mí van a contarles ciertas gentes. Deberías hacerlas comprender que, a veces, en la vida pasan desgracias, y que lo único que importa es escapar de ellas de la mejor manera posible, y que sobre todo este particular pueden estar tranquilas. Añade que, de todo lo que pueda inventar el comadreo, no quedará absolutamente nada. Primero, porque no merece la pena, y segundo, porque no es verdad. Lo que sí quedará es el trabajo que uno hace». En esta última afirmación se contiene la fe del artista en su propia obra, como antes mantiene la seguridad de que el amigo comparte y comprende toda esa, a veces demasiado superficialmente entendida, escandalosa vida del pintor.

GAUDI, SERT, DALÍ: TRES CATALANES

—¿Ejerció influencia tu padre sobre Sert? ¿Hay señal de la ascendencia del crítico sobre el artista?

—Sí, y mucha. Mi padre, y tengo que decirlo así porque es la pura verdad fué uno de los pilares básicos de aquella generación.



Tres autógrafos de José María Sert, escritos, como toda su correspondencia con Miguel Utrillo, en catalán

Como andando el tiempo les habría de ocurrir a otros grupos, aquellos hombres tuvieron a Utrillo. Mi padre apoyó a todos ellos: a Sert, principalmente; a Casas, a Rusiñol. El sostuvo y mantuvo un íntimo trato con todo el mundo de la pintura. Lafuente Ferrari, en su libro sobre Zuloaga, cita más de veinte cartas dirigidas por el pintor a mi padre. En su archivo figuran también otras muy interesantes de Casas, Rusiñol, Mistral, Mallarmé, Zuloaga...

—¿Cómo fueron las relaciones de Sert con otros pintores o artistas catalanes? Concretamente: con Dalí.

—Sert fué el mejor amigo de Dalí.

—¿Y de Gaudí?

—Igual.

—¿En qué crees tú que se diferencian?

—Distintas interpretaciones del mundo religioso. Mientras Sert muestra una clara influencia de Raimundo Lulio, Gaudí intenta una personal interpretación del gótico.

—Aparte de ahijado suyo, ¿qué otra relación te unía al pintor?

—Pues algo

así como una especie de secretario de protocolo era yo para él. Me encomendaba muchas tareas y procuraba servirme y serle útil. Era frecuente que desde cualquier lugar me pusiera un lacónico telegrama, de esos que no admiten disculpas, diciéndome, por ejemplo: «El jueves llevo a San Sebastián. Ven». Y allá me iba yo.

«MI JOSE MARIA SERT»

—Todo este tu conocimiento de Sert, tu participación en su vida, ¿tendrán alguna traducción en obra?

—Pues, sí; estoy trabajando y preparando precisamente un libro.

—¿Tiene ya título?

—Se llama «Mi José María, Sert».



—¿Y será?

—Más que un estudio del pintor, un estudio del hombre.

—¿Lo llevas adelantado?

—Me falta sólo situar las cartas en el tiempo.

—¿Carácter?

—Libro muy polémico. Y muy documentado.

—¿Cómo surgió la idea?

—Pues la verdad es que empezó en broma, pero acabará en serio.

—¿Cuáles son tus grandes aspiraciones, esos grandes ideales que alientan en todo hombre?

—Mi mujer y Sert. De ella estoy, y continúo estando, profundamente enamorado. Y Sert es para mí la gran devoción.

Entonces es cuando Utrillo nos explica que su mujer es hermana de Mingote, ese hombre que a diario nos ofrece la prueba incansable de su humor de calidad, y nos ponemos a hablar de esas otras cosas de la vida, del amor y de los periódicos. Y estando en ese último tema, Utrillo se arranca y nos dice que como periodista cree que nunca han existido tantos temas para escribir como ahora.

—¿Dónde te gusta vivir?

—En Sitges o en Madrid.

—¿Y Barcelona?

—Barcelona es sólo un barrio de Sitges.

Nuevamente Utrillo vuelve a hablarnos de su desgraciada tarde ésta en que no va acompañado de su bastón. Traen nuevos coñacs. A veces Utrillo, con su vozarrón y su enérgica manera de usar los argumentos, parece en polémica abierta. Pero todo es cordial. Y hasta este café un tanto deslustrado por el paso de los años, con viejas estampas, y sabores de otros tiempos, se pone amigo y nos deja un rincón donde es fácil entendernos sin que sobre nuestras palabras hayan interferencias de temas futbolísticos. Utrillo despotrica contra el fútbol, del que no es precisamente un defensor, sino todo lo contrario. Hablamos otra vez de los bastones, de literatura, de gente joven y de Dalí, con quien Utrillo mantiene y conserva una gran amistad. Nos cuenta los días en que Salvador Dalí pasaba auténtica hambre y sólo se alimentaba de casi unas sardinas, de ayudas de los pescadores de Port-Lligat y de cómo es bonito el gesto de Dalí cuando, después de haber escandalizado a medio mundo y

Domingo Ortega y Antonio Román escuchan sonrientes a Utrillo, que, como siempre, habla y habla

con dinero, vuelve a Port-Lligat y monta allí su casa y se desvive por atender a estos hombres del mar, que le adoran y a quienes tiene por sus mejores amigos.

«QUE VENGA OTRO Y LO HAGA Y LE DARE UN DURO»

Volvemos a hablar de Sert. De su enorme capacidad de trabajo, siendo tan vocado como era a la gandería, y de su obra, que ocuparía kilómetros. Salen a cuento sus decoraciones de casas de millonarios en Europa y América, de sus pinturas religiosas y de esa formidable y apasionada entrega a la catedral de Vich.

—¿Cómo veía Sert su propia obra?

—Era un hombre de gran entusiasmo. Ponía extraordinaria ilusión y cada vez se daba a ella con más pasión.

Pero vamos a dejar que sea el propio José María Sert quien en sus ya referidas y múltiples cartas a Utrillo nos hable de su arte. Así, en una del año 29: «Hoy he acabado lo de la casa de la ciudad. Es magnífico. Y, desde luego, lo mejor que he hecho. No sé si gustará a X y demás amigos, pero que venga otro y lo haga y le daré un duro. Mi pintura gustará o no, pero, digan lo que quierán, es natural, porque está hecha ahora y por un señor muy gandul que la hace porque no puede guardársela dentro de su ser, y es viable porque corresponde a una necesidad».

Respecto de las decoraciones que pinta para la abadía de San Sebastián, Sert no puede contener su propia y natural alegría, que le desborda ante el resultado. Con fecha 6 de agosto de 1932 escribe Utrillo:

«Lo de San Telmo queda magnífico. Es el problema más difícil que hasta hoy he tenido que resolver, y la angustia del tiempo y la fiebre del momento presente se traducen en una obra un poco desequilibrada que brota con una superior pasión, pero que se adapta como un guante dentro de aquella arquitectura bárbara y noble. Para mí no es viejo ni nuevo. Existe en el mundo solamente lo vivo y lo noble. Hablaremos, si quieres, de Picasso, cuya última Exposición es una experiencia que me ha servido para delimitar de una vez que lo original tiene muy poco que ver con lo nuevo, lo que ha dado ocasión a los imbéciles para maldecir y escupir en el rostro del mismo que hace unas semanas querían o pretendían glorificar. Prueba esto también que el juzgar a un contemporáneo es casi imposible, porque los hechos están sujetos a leyes de perspectivas como los objetos. Se podría escribir una perspectiva del tiempo, como ya existe una del espacio. Y no

quiero molestarte más. Te quiere, Sert.»

Hay referencias a su propia obra, que puntualizan más sobre una etapa de preferencias y elecciones. Esos momentos críticos en que el artista cree haber descubierto un nuevo modo, o contempla y juzga con alguna distancia su propio hacer de tiempo atrás. Sert se aplica a sí mismo la función crítica, y escribe: Lo del palacio de... me entusiasma bastante y espero que será muy bonito. Como composición será lo mejor que he hecho, pero como color pierde, puede que hasta demasiado. Por el contrario, he encontrado un procedimiento que espero será el que emplearé en adelante y que es una auténtica revolución. No falta nunca la ilusión. Y a medida que pasan los años es como si el pintor volviera a descubrir nuevas fuerzas dentro de su inagotable capacidad creadora. Todo el epistolario es, por otra parte, revelador de un tener informado a Utrillo al día de sus progresos o vacilaciones, de sus indecisiones o resoluciones. Y Utrillo, una y otra vez, incansable también, fiel amigo, atento y entrañado con la obra de Sert, le aconseja lecturas, obras de información le advierte y le prodiga esas palabras de aliento que cuando llegan de la voz verdadera del amigo consiguen casi mágicos resultados.

SI YO FUESE FRANCÉS SERIA EL HEREDERO DE DELACROIX O DE POUSSIN

Hay momentos en que la lucha en París debió de serle dura a Sert. El ambiente no facilita demasiado a los españoles el triunfo. Esos españoles que ayer, como hoy, y quién sabe si todavía mañana, darán siempre con las iniciales más valientes y anticipadas de todos los intentos artísticos. Y José María Sert habla de ello: «Si yo fuese francés sería el niño mayor o el heredero de Poussin o de Delacroix, pero como soy español (y además anti-pático), apenas si la gente quiere darme los buenos días. Me abren camino, cuando paso, como se hace con los animales amenazados, pero hacen la justa buena sonrisa necesaria para no dar la ocasión de morderme, cosa que sería poco agradable y a la vez poco elegante».

Hay como una nota de rabiosa sinceridad en ese empeño de Sert por ofrecerse como hombre anti-pático, pero que revela, al tiempo, el temple de un hombre que no es propicio a las fáciles emociones y que no rinde, así como así, su gran torre de fortaleza. Busca la comprensión de los mejores, y sabe que el halago es con frecuencia falso y pasajero. «No creo, además—dice Sert—, y lo declaro sin recato alguno, en el querer patético y difuso de la muchedumbre. Ni me interesa tampoco. Casi me atrevería a decir ¡libranos, Dios mío, de ellas! Quiero, eso sí, ser querido por los



escasos amigos que elijo. Por los demás quiero ser estimado en virtud de mis obras o de mis cualidades objetivas, no por el esfuerzo que me haya costado el aclararlas y, mucho menos, por la dosis de amargura que haya enturbiado, en ciertas y solemnes ocasiones, el enorme gozo sereno del vivir o el ímpetu exaltado del combate».

«LOS QUE ME CRITICAN EL USO DE LAS MULTITUDES VAN A QUEDAR CON UN PALMO DE NARIZ»

Para su cuñado, Alexis Mdivni, pintó Sert la decoración de una alcoba, que no comedor como se ha dicho, para el palacio de aquél en Venecia. El palacio fué adquirido por el príncipe Nicolás de Rumania, y aquellas pinturas son las que ahora hemos contemplado en la Exposición del Museo de Arte Contemporáneo.

Sobre ellas traemos aquí el juicio del propio pintor:

«Las pinturas que he terminado para mi cuñado, en las cuales he puesto el alma, creo que te gustarán, como siempre te han gustado mis cosas. Nuestra vieja teoría de los Xiquets de Vallis está allí plasmada a base de plata y carmines diluidos estupendos. No sobra ninguna figura. Los que me critican el uso y abuso de las multitudes van a quedar con un palmo de nariz y además con la boca abierta. Me parece que a mí no se me critica bajo el punto de vista artístico y si de los éxitos internacionales y monetarios que tengo. ¡Y pensar que a mí la gloria no me importa absolutamente nada y si, en cambio, poder vivir en un próximo inmediato tranquilamente tumbado en la playa de Mas Juny!»

Antes de despedirse, porque la hora obliga, Miguel Utrillo vuelve a hablarnos de él como nosotros le pedimos, y aunque no se lo pidamos. Nos dice que su bisabuelo fué coronel carlista, mientras que su hermano fué miembro de la Junta Revolucionaria. Unid los dos caracteres y tendréis una explicación de esta especie de jabalí insurrecto, difícil de domesticar, que dicen que soy.

Utrillo recoge sus papeles y los va guardando, casi sin orden ni concierto, en una carpeta donde archiva los documentos y notas que le han servido para la conferencia en el Museo de Arte Contemporáneo, teniendo como telón de fondo las pinturas del propio Sert y que le servirán más adelante para el libro que prepara. Ya estrechándonos la mano, nos dice:

«Quiero morir siendo Alcalde de Sitges para destruir todo lo que el mal gusto ha levantado sobre aquella hermosa ciudad.

Y nosotros efectivamente, creemos que Miguel Utrillo es capaz de derribar eso y mucho más, sin ayuda de nadie, con solas sus propias y nada escasas fuerzas.

Salvador JIMENEZ
y Jaime CAMPANY

CATEDRA DE TAUROMAQUIA



HABLA FERNANDEZ SALCEDO, "GANADERO EN EL EXILIO"

¿QUIEN TIENE LA CULPA DEL ENCARECIMIENTO de los TOROS?

LOS TOREROS BOICOTEARAN LA NUEVA PUYA

Luis Fernández Salcedo, que se define graciosamente a sí mismo como «ganadero en el exilio», y en la entrevista encontraremos, lector, por qué, autor de varios libros sobre distintos aspectos de la fiesta nacional, colaborador asiduo de revistas agrarias y taurinas, tiene un puesto y un nombre en el extraño y fabuloso «páneto de los toros». Ahora acaba de lanzar, de unir a la lista de sus libros de toros, uno titulado «Veinte toros de Martínez», en el que, al mismo tiempo que narra la «biografía» de algunos «adescendentes» del célebre semental «Diano», relata capítulos, estampas o aspectos de la historia taurina del primer tercio de nuestro siglo. Y refiere la cara y la cruz, la grandeza y la servidumbre de la ganadería de don Vicente Martínez.

Todo confluye para dar a la entrevista un pleno ambiente taurino. La hora, a las cuatro y media de la tarde. Los toros, «20 de Martínez, 20». El «acreditado ganadero» que envía la corrida, Luis Fernández Salcedo. Los tres diestros, la mesa en torno a la cual nos sentamos los cuatro: él y nosotros. Incluso, sin ponernos de acuerdo, hemos empezado el interrogatorio por orden de antigüedad, de «alternativa». Y haciendo un «paseillo» por la Historia. Así, va por delante Aparicio. No,



lector, no hay errata al calor del simu: se trata de Octavio Aparicio.

POR QUE LOS TOROS DE MARTINEZ FUERON LOS TOROS DE FERNANDEZ

APARICIO.—«Veinte toros de Martínez!» Usted se llama Fernández Salcedo, pero en su libro habla del apellido Martínez como si fuese el suyo propio. ¿Quiere aclararnos esto?

FERNANDEZ SALCEDO.—Para eso tendría que explicarle los orígenes de nuestra ganadería.

JALON.—Explíquelos.

FERNANDEZ SALCEDO.—A fines del siglo XVIII había en Madrid un corregidor perpetuo llamado



Don Luis Fernández Salcedo explica los orígenes y vicisitudes de su ganadería

mado don Julián de Fuentes. Este fué el fundador de la ganadería.

DELEYTO. — ¿Un antepasado suyo?

FERNANDEZ SALCEDO. — No tiene ninguna relación familiar con nosotros. Le sucedió su hijo Juan José de Fuentes, «el Indiano», que vivió en Moralarzal. Pero en 1852 pasó, mediante compra, a poder de mi bisabuelo, don Vicente Martínez, un santanderino del valle de Soba, que negociaba por tierras de Colmenar en lanas y en cuanto prometiese una bonita ganancia.

JALÓN. — ¿Entonces la ganadería del «Indiano» le pareció un buen asunto?

FERNANDEZ SALCEDO. — ¡Claro que sí! Mi bisabuelo supo agenciárselas para comprar en muy buenas condiciones la finca y la casa, que por su buena traza decían que era de Herrera.

APARICIO. — ¿Y los toros?

FERNANDEZ SALCEDO. — Bueno, los toros por descontado. En aquellos tiempos se vendían por acá las fincas con lo que hubiese dentro. Allí había de todo: buenos y malos. Algunos, cojos.

APARICIO. — ¿Cuántos habría?

FERNANDEZ SALCEDO. — Unas trescientas cabezas.

DELEYTO. — ¿A qué precio se pagaban entonces?

FERNANDEZ SALCEDO. — Desde quinientas pesetas, el toro grande, a cien o ciento veinticinco, los más chicos.

APARICIO. — ¿De qué raza eran?

FERNANDEZ SALCEDO. — De la que prevalecía en Castilla: de raza Jijona. Quizá con algún cruce de Arrutía, de Salamanca.

APARICIO. — ¿Y a su bisabuelo le sucedió su hijo?

FERNANDEZ SALCEDO. — No. Don Vicente, que era íntimo de Frascuelo, al morir en 1894, no dejó hijos, sino hijas: Manuela, casada con el magistral Juan Pablo Fernández, que fueron mis abuelos, y Vicenta, casada con Luis Gutiérrez Gómez, encargado de llevar la ganadería. Cuando murió le sustituí mi padre, Julián Fernández Martínez, que la regentó hasta que la destruyeron los rojos en 1936. Por eso yo me

considero como un ganadero «en el exilio».

APARICIO. — ¿Luego usted en su libro sólo recoge la historia, la tercera etapa de los toros Martínez?

FERNANDEZ SALCEDO. — Yo arranco cuando el primer descendiente del «Diano» sale al ruedo.

LA HISTORIA DEL «DIANO», UN SEMENTAL DE ANTOLOGIA

DELEYTO. — ¿Cuál fué la influencia del «Diano» en su ganadería?

FERNANDEZ SALCEDO. — La transformó por completo. Antes, la ganadería estaba decaída y los toros se defendían en tablas. Para infundirle nuevo vigor, don Luis Gutiérrez trató de refrescar su sangre con la de toros andaluces.

APARICIO. — ¡Muy bien pensado!

FERNANDEZ SALCEDO. — Sí, eso parece ahora; pero en aquellos tiempos tal decisión parecía un atrevimiento, ya que se cumplían las condiciones y sugerencias propuestas por el duque de Veragua.

DELEYTO. — ¿Don Luis Gutiérrez fué, por lo visto, un renovador?

FERNANDEZ SALCEDO. — Eso mismo. Hizo una estadística y un estudio de qué ganadería era la mejor de entonces, y vió que era la de Ibarra. Y a Ibarra le propuso la compra de un semental. La respuesta fué negativa. Así quedaron las cosas hasta que un día recibió una carta del propio Ibarra en la que contaba su propósito de deshacerse de su ganadería, y, puesto que don Luis había demostrado tanto interés por sus toros, le ofrecía la venta de «Diano».

APARICIO. — ¿Y «Diano» fué el padre de esos veinte toros de Martínez?

FERNANDEZ SALCEDO. — De unos padre; de otros, abuelo.

APARICIO. — ¿No han practicado la inseminación artificial en las ganaderías de toros de lidia?

FERNANDEZ SALCEDO. — No he oído nada de eso. Pero con el tiempo creo que sí se practicará. «Diano» fué un semental magnífico. Iba con el siglo. Fué padre ya en 1904 y no dejó de tener hijos—tuvo 753, entre toros y vacas—hasta el momento mismo de su muerte, en 1920. Se murió de frío. Pero todavía en su último año de vida le echaban alguna vaca para que se divirtiera. Recuerdo que le pusieron seis uterinos y cubrió a cuatro.

JALÓN. — Si tuviese que formar ahora una ganadería, ¿qué reses escogería para vacas de vientre y sementales?

FERNANDEZ SALCEDO. — Sin duda, del conde de la Corte o de Isaías y Tulio Vázquez. Creo que son hoy los que tienen más sangre brava.

APARICIO. — ¿Usted habrá conocido muchos más toros que esos veinte que recoge en su libro?

FERNANDEZ SALCEDO. — A muchísimos más. Verlos crecer, vivir y morir, lo menos mil quinientos; pero la inmensa mayoría de los toros no tienen biografía. Entre mis veinte están los que más historia tenían, los que más datos y ambiente pudieron darme

de la poca en que fueron lidiados.

APARICIO. — Vamos, don Luis, que para usted cada toro es el espejo en el cosmorama en donde recoge los momentos claves en donde la tauromaquia y la ganadería Martínez tienen una feliz conjunción. Quien quiera saber de sus toros que compre su libro. Pero díganos, en confianza, ¿cuál de los veinte fué el mejor?

FERNANDEZ SALCEDO. — El mejor fué el «Ventero». Se lidió en San Sebastián. Lo mató Camará, que de torero se apagó en un año o dos. Sin embargo, hoy día todo el mundo sueña ser un Camará. No un Manolete.

Fernando Salcedo — estatura mediana, color de campo, pelo gris, ojos azules—queda pensativo. Mira hacia el amplio ventanal encristalado, que llena de luz su despacho, situado en la proximidad de una encrucijada de calles taurinas, si las hay en Madrid: Peligros, Alcalá y la calle de Sevilla. Y aprovechando la pausa cambiamos el tercio.

LOS LIBROS TAURINOS, LOS APODERADOS, LA EDAD DE LOS TOROS Y LAS PUYAS

DELEYTO. — ¿Quién tiene la culpa del encarecimiento de la fiesta?

FERNANDEZ SALCEDO. — Los apoderados tienen la culpa de todo. Antes, el apoderado era un señor que, como en tiempos de Juan Belmonte, no hacía otra cosa que firmar los contratos y cobrar a lo sumo cien pesetas por corrida. A veces ni iba a los toros. Hoy, en que los honorarios del apoderado son el diez por ciento, por ejemplo, de los emolumentos del matador, tienen que justificar de alguna manera las cuarenta mil pesetas que sin estar frente al toro se embolsan en una tarde. Así, han de ir al campo, escoger los toros, dictaminar sobre los sorteos, dar consejos al matador desde la barrera y otras mil cosas por ese estilo.

DELEYTO. — ¿Cuántos libros taurinos ha escrito?

FERNANDEZ SALCEDO. — Seis o siete. Desde luego, cuando éramos ganaderos no me hubieran permitido escribir; pero al dejar de serlo cogí la pluma para hablar de toros a consecuencia de una conferencia.

APARICIO. — ¿Por qué dejaron de ser ganaderos?

FERNANDEZ SALCEDO. — Por las devastaciones de los rojos. En 1936 teníamos 703 cabezas; en 1939, apenas reunimos 60, que se vendieron al duque de Pinchermoso.

JALÓN. — ¿Le producen dinero sus libros de toros?

FERNANDEZ SALCEDO. — Apenas casi para cubrir gastos. Edito por mi cuenta y, claro está, en tiradas reducidas. Con éste —«Veinte toros de Martínez»—, aunque se vendan todos los ejemplares, perderé dinero.

JALÓN. — ¿Salen ahora, después de tanto cruce y selección de castas, más bravos los toros?

FERNANDEZ SALCEDO. — Es difícil contestar en pocas palabras. La bravura del toro de lidia es relativa y su valoración, complicada. Se puede decir que ahora, en general o por término

medio, salen los toros más bravos. Quizá con una nobleza excesiva. Tan excesiva que a veces linda con la mansedumbre. Pero salen mejores, desde luego. Ya no suelen verse en los ruedos aquellos antiguos toracos entablados y corneando a la defensiva, cuya lidia resultaba poco menos que imposible.

DELEYTO.—¿Qué edad y peso considera ideales para los toros?

FERNANDEZ SALCEDO.—Para los de ahora, para el toreo de nuestros días, una edad de cuatro años y cinco hierbas. O sea los cuatro años, camino de los cinco; cerca ya de ellos. Y un peso de veinticinco a veintiséis arrobas.

APARICIO.—¿Qué opina de la reforma de la puya?

FERNANDEZ SALCEDO.—Que la boicotarán los toreros y que fracasará. Los ganaderos, para evitar éste y otros abusos, deberían formar una especie de frente único. Solamente con que se decidieran a hacerlo los más importantes, podrían cortarse muchos abusos de los apoderados.

DELEYTO.—¿Y si la puya propuesta fuera una que a todas luces resultara eficaz?

FERNANDEZ SALCEDO.—Pues seguramente los picadores dirían que la probará el inventor. Recuerde, por ejemplo, aquel telegrama que cursaron a una reunión similar a la que ahora se ha ocupado del cambio de las puyas: «Nos oponemos a todo lo que se acuerde.»

Reimos todos. Y se empalman algunas otras anécdotas de picadores, a los que parece corresponder en la fiesta un papel trágico-cómico: los golpazos y las risas. Al borde de la última, una observación pesimista:

APARICIO.—A mí me parece que las plazas se hunden y la fiesta se acaba.

FERNANDEZ SALCEDO.—Si sigue así...

EL FUTBOL, LOS TOROS Y LA CRITICA

JALON.—¿Daña el fútbol a la fiesta?

FERNANDEZ SALCEDO.—No sólo la daña; acaba con ella. Hoy no hay generaciones de aficionados jóvenes. Ni se hace nada para que las haya; convendría establecer precios reducidos para los jóvenes en las plazas.

DELEYTO.—¿Cree usted poder salvar la fiesta construyendo plazas de cien mil espectadores y po-

niendo las entradas de los tendidos a diez pesetas, por ejemplo?

FERNANDEZ SALCEDO.—Las plazas de toros grandes podían ser una solución, aunque no hay que olvidar que esto mismo se dijo cuando se inauguró la Monumental de Madrid y ahí están los precios.

DELEYTO.—¿Qué diferencia observa usted en la crítica taurina actual con respecto a la antigua?

FERNANDEZ SALCEDO.—La crítica antigua era de una pesadez inaguantable. Se detenía en los más nimios detalles y resultaba en exceso prolija. «Clarito» y Corrochano trajeron una nueva modalidad, más elegante y literaria, de hacer crónicas de toros; pero a través de sus escritos podía uno enterarse perfectamente de cuáles habían sido las condiciones de los toros y de la actuación de los toreros. Era ésta una crítica que todo el mundo leía y comprendía. Ahora no se escribe apenas nada de los toros y hasta se centra la actuación de los toreros en sólo uno de sus toros. En el que han estado mejor. Y sobra quizá mucha literatura.

JALON.—¿El mejor torero para usted?

FERNANDEZ SALCEDO.—Joselito. Fué la culminación del arte de torear.

JALON.—¿El mejor libro de la bibliografía taurina?

FERNANDEZ SALCEDO.—Es difícil decidir. Quizá: «Qué es torear», de Corrochano; el titulado «Antes y después del Guerra»; la biografía de Frascuelo, de Hernández Gil Val...

¿POR QUE SE CAEN LOS TOROS?

APARICIO.—¿Quién entiende más de toros: el ganadero o el torero?

FERNANDEZ SALCEDO.—Cada uno se fija y, por lo tanto, sabe de una cosa.

APARICIO.—¿Qué le preocupa más al ganadero?

FERNANDEZ SALCEDO.—Que el toro sea muy bravo.

DELEYTO.—¿Y al torero?

FERNANDEZ SALCEDO.—Que se deje torear. En tiempos de Joselito todos los ganaderos estábamos en la plaza pendientes del gesto que hiciera él al salir cada toro. Sabía mucho de las condiciones de cada res. Se colocaba, apoyado en la barrera, avanzando un poco la cabeza, en una postu-



«La reforma de la puya será boicotada por los toreros y fracasará»

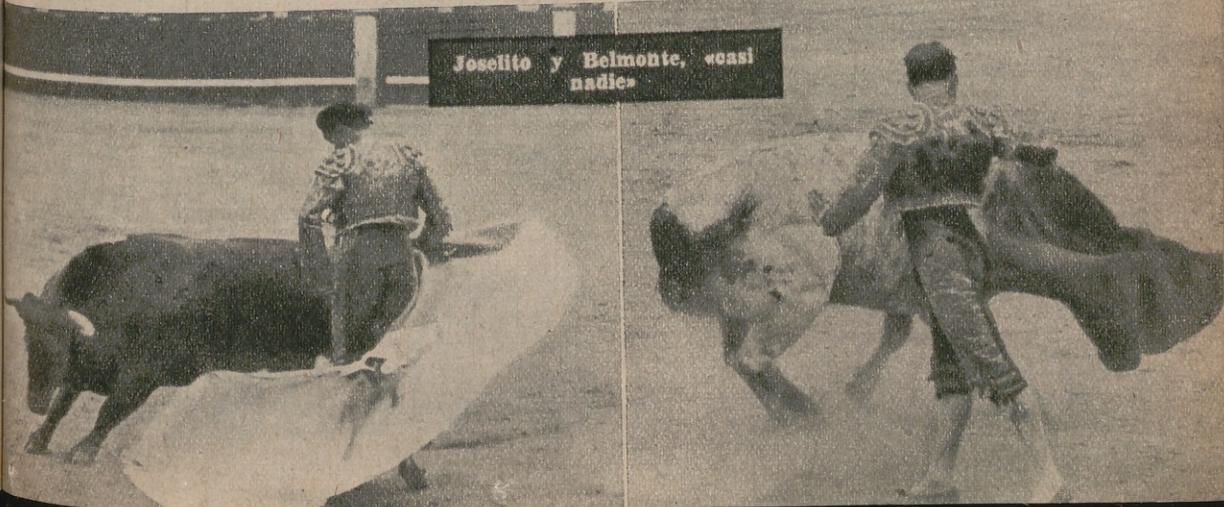


«Cuatro años y cinco hierbas es la edad ideal para el to-»

ra característica, algo encorvado de hombros, y miraba al toro. Si entonces se mordía el labio, como si estuviera preocupado o contrariado, malo. Y el toro no resultaba bueno.

DELEYTO.—¿Cree proporcional el precio que se cobra hoy por una corrida al valor y coste de la misma?

FERNANDEZ SALCEDO.—No. Me parece excesivo en la mayor parte de los casos. La vida ha subido; pero si le atribuyéramos un



encarecimiento cifrado en un coeficiente de cinco, por ejemplo, el precio de los toros se ha elevado como diez. Hay que tener en cuenta que casi todos los ganaderos son terratenientes, propietarios agrícolas que obtienen de sus fincas, de las mismas donde se crían los toros, buenas rentas. Y, además, que la mano de obra necesaria para mantener una ganadería es mínima.

JALON.—¿Por qué se caen los toros?

FERNANDEZ SALCEDO.—Porque se les engorda artificialmente. Se les «adelanta», les «ponen» encima unos kilos que no corresponden a su edad verdadera, a su esqueleto. Así, encerrados y sometidos a un régimen de sobrealimentación, el engorde artificial, que no va al ritmo del desarrollo natural, desequilibra su armonía funcional.

APARICIO.—¿Antes no se caían también los toros?

FERNANDEZ SALCEDO.—Pues sí. Siempre se han caído. Pero con una diferencia: antes los toros se caían y se levantaban. Ahora, muchas veces tienen que levantarlos.

Ha terminado la entrevista. En los «alances» y en los «pases» que esta tarde se han producido ha quedado reflejado el historial de una ganadería que jué, de unos problemas que son y de unos pe-



Recuerdo de una corrida memorable de toros de Martínez lidiados en Madrid por José Gómez «Gallito» el 3 de julio de 1914

ligros que serán. Tal vez el final en este momento taurino no haya sido todo lo clásico que podía esperarse. No ha habido ovaciones, ni vueltas al ruedo, ni salidas triunfales. Después de hora y media, como en las buenas corridas de toros, eso sí, nos hemos

marchado despacio, en silencio, con un cierto aire de haber despedido «con decoro», que diría un revistero, el encargo. Y Fernández Salcedo, el ganadero sin ganadería, nos ha dicho adiós muy solemne y muy señor, como los taurinos antiguos.

FERNANDEZ SALCEDO SE FIJA MAS EN EL TORO QUE EN EL TORERO, NOS DICE SU VECINO DE LOCALIDAD EN LAS VENTAS



El paseillo en la antigua Plaza de Toros de Madrid

yas. Toda la tarde hace los comentarios de la lidia en aleyuys. No bajan de cuatro o cinco por toro. Comentarios certeros, aleyuys perfectas de fondo y forma. Aleyuys con una poesía y un ritmo y una cadencia verdaderamente de antología. Si alguna vez se decide a recopilarlas en un libro, le auguro un éxito sin precedentes ni en él mismo, tan acostumbrado al éxito de sus libros. Y serían, quizá, la crónica más verídica y más completa de las corridas que ahora presenciábamos.

Antes de que doble el último toro, Fernández Salcedo desaparece como por encanto, sin despedirse de nadie. Yo estoy a su lado y nunca he conseguido enterarme de cuándo ni cómo se va. Y se va así, porque quiere llegar a tiempo al cine. No prescinde del cine los días de corrida. Ni casi ningún día. Le gusta el cine más que a Azorín. Es su cuarta obsesión. Como las aleyuys... Como los sombreros raros... Como los toros cojos...

Adolfo BOLLAIN

LUIS Fernández Salcedo—hombre inquieto y vehemente—llega a la plaza media hora antes de la señalada para empezar la corrida. En el amplio pasillo bajo, frente a la puerta del tendido 10, charla con todos durante un cuarto de hora, pasado el cual entra en el ascensor y sube a la grada 3.^a Desde allí presenciamos juntos todas las corridas y novilladas.

Antes del paseillo se dedica a «cazar» sombreros raros femeninos, que busca afanosamente, con la vista, entre el público de los tendidos. Es su obsesión. No hay una sola tarde que no encuentre alguno, mostrándome con aire de suprema felicidad por el hallazgo.

Durante la corrida—como buen aficionado—, se fija mucho más en el toro que en el torero. En la suerte de varas, no se le pasa inadvertido ningún movimiento del toro. Al torero casi nunca le aplaude, y no le protesta nunca. Es exigente con los toros; muy pocos le parecen buenos; chicos, casi todos. Y no le falta razón.

Protesta muchos toros—es cuando únicamente protesta, pero no con indignación, sino con cierta jocundidad—por cojos. Ve muchos más toros cojos de los que en efecto cojean. Es otra obsesión, como la de los sombreros de mujer... y la de hacer aleyu-



Desfile de cuadrillas en la madrileña plaza de las Ventas

EL PODER ADQUISITIVO SALARIAL

Por J. SUAREZ MIER

EN otro tiempo, antes de la gran discordancia entre los ritmos cambiantes de la economía dinámica y consuntiva, el poder de compra internacional tenía cierta reciprocidad con el «standard of live» (nivel de vida), y las remuneraciones aportadas por la fuerza del brazo, la capacidad técnica, la experiencia científica o la formación intelectual proporcionaban a los diversos estratos sociales el medio de satisfacer necesidades biológicas y complementarias de una existencia digna, ya que los precios (salvo raras excepciones generadas por algún fenómeno esporádico) guardaban paralelismo con el ingreso crematístico de la actividad personal. Esta desviación robustece el axiomático principio atribuido por los economistas clásicos a la moneda de cuenta, estimándola como «una medida arbitraria inventada en partes iguales para determinar el valor relativo de los objetos en venta». Javoleno, al decir «Omnis definitio in jure civile periculosa est», sentó apertegma en Derecho, donde, efectivamente, las definiciones son peligrosas, pero no pudo evitar que la concierne al más destacado de los progresos financieros (el signo cambiante con efecto liberatorio universal) se despojara del mote peyorativo inherente a «una medida arbitraria». Hubo épocas en que el dinero, como denominador común para todas las necesidades, servía en diferentes latitudes con equivalencias transaccionales sólidas y equilibradas, hasta que las guerras cósmicas dejaron, entre otros muchos sedimentos nefastos, el patrón de las divisas fuertes y monedas débiles, correspondiendo aquéllas a países bien desarrollados, con pléthora de recursos naturales, y éstas a pueblos carentes de industrialización y con riqueza bonificada rutinariamente.

La defensa del salario.—Los dos ejemplos más notables que podemos ofrecer pertenecen a Alemania y Estados Unidos, ya que ninguno de los países beligerantes sufrió con mayor intensidad el zarzapazo de la lucha, y consecuencias ulteriores, que la Confederación Germánica, renaciendo, sin embargo, como el ave fénix, de sus propias cenizas, hasta el extremo que el índice de su productividad es superior a la preguerra, no obstante los desmantelamientos absurdos a que fueron sometidas industrias básicas de potencialidad creadora admirable. En materia de salarios, ciclo neurálgico de nuestra investigación, «Gedanken zur sozialen Ordnung», de Colonia, afirmaba el año último que el problema no puede ser considerado aisladamente desde el punto de vista relativo a esta o aquella rama industrial, debido a que en las repercusiones de diferentes esferas económicas su nivel tiene efectos determinantes para el costo de la producción, posibilidades de mercado, comercio exterior, precios al detall, poder adquisitivo, rendimiento fiscal de las empresas y volumen de ingresos estatales. Las retribuciones demasiado altas pueden originar desempleo y, a falta de una cantidad suficiente de productos consumibles, destruir la consistencia monetaria. Una política remunerante bien concebida, en el aspecto social, deberá tener como objetivo asegurar la evolución conveniente de precios para todo el país, toda vez que una baja en los productos textiles favorece a 50 millones de alemanes, mientras el incremento salarial en dicha industria se circunscribe únicamente a los trabajadores ocupados en ella, hasta que el círculo vicioso de precios lo absorba por disminución inflacionaria del

poder adquisitivo. La transitoriedad de la mejora simbólica genera un evidente perjuicio para los estratos sociales que no participan de ella, por cuya circunstancia toda política salarial es eficiente cuando asegura, además de la existencia satisfactoria para el potencial humano, su participación en los beneficios de una productividad creciente, con aumento real de los sueldos.

Estados Unidos soportó el mayor peso económico de ambas guerras, otorgando recursos a sus cobeligerantes mediante la ley de Préstamo y Arriendo y con ayudas civiles simultáneas y ulteriores de la U. N. R. R. A., Plan Marshall y Seguridad Mutua, en cantidades astronómicas, si se tiene en cuenta que la dotación anual para tales fines fluctúa en torno a los 6.000 millones de dólares, ofreciendo, sin embargo, un exponente de renta nacional cifrado en 236.000 millones (1950) y el ingreso «per cápita», de 1.573 (más de 60.000 pesetas). La característica interesante es que el bienestar se funda, más que en la espléndida remuneración por mano de obra (3,25 dólares hora para un albañil, en Nueva York), sobre el rendimiento progresivo de la actividad laboral, por cuya virtud la producción se incrementó en mayor cuantía que la renta, no sólo en malabarismos guarismales de estimación monetaria, sino en unidades tangibles de bienes capaces de satisfacer necesidades heterogéneas y servicios de la más diversificada aplicación para comodidad y bienestar social. Esta superabundancia de elementos justifica el que los precios subieran menos que las retribuciones y, por ende una realidad intrínseca sobre el nivel de vida anterior. O sea que los trabajadores no sólo ganan más numéricamente, sino también por el aumento

en el poder de compra, mayores satisfacciones humanas en la esfera del consumo, excedentes para el ahorro, posibilidades de capitalización y, por último, el ideal de Gustav Schmoller, exigiendo que la más elevada fortuna imponga a su dueño el ejercicio de alguna actividad y que el más humilde de los servicios permita tener alguna riqueza propia.

Corroborando el precedente aserto, tenemos que la American Federation of Labour, en su reunión de Miami Beach de 1953, adopta la teoría de Boris Shiskin sobre «Wages and Future Economic Stability», exponiendo que los salarios no marchan paralelos a la productividad, teniendo en cuenta que ésta se incrementó en un 13,20 por 100, de 1949 a 1952, mientras aquéllos sólo experimentaron un porcentaje del 7, dando lugar a un desequilibrio de factores que en algunos años saturó los mercados por falta de consumo, igual que en la depresión de 1929. La International Union of Electrical Workers (C. I. O.), remitió a las empresas el programa de negociaciones para 1953, estableciendo mejoras retributivas por disposiciones móviles, cifradas en el coste vital y aumento automático, según la eficacia de rendimiento, cuando se altere de un 2,50 a 3 por 100 anual.

Leyes del salario.—Aunque por las consecuencias a que se ha llegado en reajustes se dará cuenta al lector que los cánones de la escuela manchesteriana perdieron su eficacia en la actualidad, juzgamos de interés una pequeña crítica sobre las teorías predominantes a fines del pasado siglo. La técnica alemana, al instituir el salario percibido por la fuerza del brazo como una cate-





goría económica amparada en el derecho natural, fundó implícitamente una escuela que da lugar a múltiples doctrinas. Prescindiendo de los Gremios y Corporaciones que organizaban la producción durante la Edad Media y pasando rápidamente a la concentración capitalista, nos encontramos con diversas leyes fundadas en su razón conceptual. Determinarla fué una cuestión discutida en todos los tiempos.

El Wage fund (fondo de salarios), es uno de los principios más encomiados por la escuela liberal. Se funda en que los obreros buscan trabajo para ganar, cuando menos, la subsistencia biológica, ofreciendo sus energías en compensación al numerario. La demanda de capital, que pretende colocarse, utiliza dichas actividades y por conjunción de ambos elementos resulta el precio remunerante, aunque esto más bien parece una fase de oferta y demanda que actúa en virtud de aproximación convencional. La fórmula matemática consistía en tomar un número de trabajadores, dividir el capital circulante—wage fund—por aquellos, y buscar un cociente que diera el importe de la retribución anual. La ecuación fué descartada por inexacta, ya que al aumentar demográficamente el potencial humano, si el wage fund se mantiene intangible, el exceso numérico de personas perecería inevitablemente de hambre. A la misma conclusión llegaríamos si los beneficios del capital disminuyen en su marginalidad remunerante. Por el contrario, obteniendo mayor rendimiento con la misma mano de obra, la resultancia permite mejorar económicamente al personal, alterando, por tanto, el wage fund y la ley que regula.

Ley de bronce.—Se ampara en una doctrina muy discutida, toda vez que está fundada sobre un materialismo intangible. El trabajo, según ella, es una mercancía que se vende por quienes lo prestan y se compra por aquellos que lo utilizan. Ahora bien, donde se ejerce libremente la competencia, ¿no es una ley común a todas las mercancías la de que su valor adquiere por regla el costo de producción? Este efecto, que se denomina pre-

cio natural o valor corriente, extiende sus consecuencias también a la mano de obra. De ello resulta que el precio del salario está determinado por el coste de la producción, nutrida, primero, con el valor de las subsistencias para mantener en estado laborante a sus preceptores; segundo, prima de amortización necesaria para sustituirles cuando estén fuera de servicio, es decir, crear un niño que reemplace al operario caduco. Por tanto, la Ley de bronce no es otra cosa que un estudio sobre los gastos indispensables para sostener constante la productividad laboral en cierta industria y, cuando ésta se agote, por efecto del tiempo, trastornos patológicos o prematura invalidez, tener un repuesto que también, por la misma teoría, será preparado con cargo a la empresa.

Aunque los colectivistas atribuyen a Lasalle el sistema, en puridad histórica resulta desvirtuado tal origen, puesto que Turgot, ministro de Luis XVI, ya dijo que «en todo género de trabajo el salario debía descender a un nivel determinado únicamente por la existencia del obrero». Juan Bautista Say Ricardo se expresan en idénticos términos. Sin embargo, es innegable que tales afirmaciones parten de un error, por cuanto las necesidades de orden biológico son muy aproximadas en todos los hombres, mientras que la retribución percibida difiere según el grado de especialidad y rendimiento volumétrico, dándose el caso de que en la misma industria un peón cobra cinco francos y un decorador 50.

La teoría de la productividad, que también podríamos llamar ecléctica, considera al trabajador como instrumento de producción y, por tanto, con derecho a percibir el valor íntegro de la mercancía lograda mediante su actividad. No pretende que el salario sea idéntico al importe completo logrado por la empresa—ya que en este caso, al no obtener ganancias tampoco especularía—, pero intenta se devengue todo lo que resta una vez deducido al interés, provecho y la renta perteneciente a otros colaboradores. Esta norma se acerca a un principio de equidad matemática, pero tampoco tienen una confirmación absoluta sus premisas, como lo demuestra el que todos los operarios temen la competencia de otros menos productivos individualmente (mujeres, aprendices, indígenas de las colonias y obreros a domicilio). La precedente enumeración omite uno de los factores esenciales para la tasa de salarios, consistente, según Cobden, en la abundancia o escasez de mano de obra. Actualmente la teoría invocada se denomina «productividad marginal» y uno de sus avances más destacados consiste en la enmienda presentada por la Confederación de Sindicatos Cristianos belgas a la reforma de la Sociedad Anónima, solicitando una intervención progresiva de los trabajadores en la administración de las empresas, de modo que la relación laboral característica se transforme paulatinamente en un «contrato de sociedad» y desaparezca el régimen capitalista mediante la introducción gradual de reformas sociales.

Comparación de precios.—Sin perjuicio de hacer en otro artículo una investigación de mayor área geográfica, máxime teniendo en cuenta que las condiciones infrahumanas de un bajo «standard of live» radican en Asia, exponemos a continuación los índices de 17 países, situados en cuatro continentes, empezando por la tabla monetaria de cambios en dólares de U. S. A.:

	Países	Unidad monetaria	Cambio en dólares
Africa	Unión Sudafricana	Libras	2,78,88
América	Canadá	Dólares	1,03,41
	Alemania, Rep. Fed.	D. Mark	23,78
	Bélgica	Franco	1,99
	Dinamarca	Coronas	14,45
	Finlandia	Markka	0,43,3
	Francia	Franco	0,28,6
	Irlanda	Libras	2,80,31
Europa	Italia	Liras	0,16
	Noruega	Coronas	13,98
	Países Bajos	Florines	26,28
	Portugal	Escudos	3,45
	Reino Unido	Libras	2,80,00
	Suecia	Coronas	19,31
	Suiza	Franco	23,33
Oceania	Australia	Libras	2,23,00

Del precedente cuadro obtenemos consecuencias bien aleccionadoras sobre la recuperación económica de ciertos países y la inflación de otros, como se evidencia comparando el marco alemán con el franco belga, el francés y la lira, cuyas monedas se cotizaron en tiempos normales con poca desviación fraccionaria. Aquilatando más sobre los motivos, se termina por advertir que las mutaciones políticas y los conflictos sociales depauperan las riquezas de mayor tradicionalidad, mientras que el trabajo, basado en una organización científica laboral, crea nuevas fuentes generadoras de bienestar colectivo y una reserva potente para todas las eventualidades del futuro.

Para una real determinación del poder adquisitivo, en el cuadro núm. II constan los precios de tres artículos esenciales en la bromatología general, más el carbón, que tiene el mismo carácter. En dos columnas siguientes figuran las remuneraciones devengables por hora de trabajo en la in-

dustria de la construcción, con el máximo y mínimo para la mano de obra adulta. Se escoge la indicada rama por su movilidad internacional, teniendo en cuenta que, salvo pequeñas variaciones, el trabajo obedece a un común denominador técnico. La circunstancia de figurar en el cuadro I, equivalencias monetarias de las respectivas naciones, adaptadas al patrón dólar, permite fácilmente analizar dos problemas sustantivos: el tiempo de trabajo necesario para adquirir cualquiera de los artículos y su transformación en pesetas al cambio de 38,95. Aunque es sobradamente conocido que Gran Bretaña no adoptó el sistema métrico decimal, se advierte que tanto su moneda como la de los países pertenecientes a la Commonwealth (Unión Sudafricana, Irlanda y Australia) tienen por tal la libra esterlina (pound sterling), con 20 chelines (schillings) y éste 12 peniques (penny o denarius). Las tasas de mercancía están en peniques, pero los salarios se calcularon en chelines, excepto Australia, como se infiere por el volumen de las cifras.

II

Países	Precios alimentación				Salarios hora		Monedas
	Pan Kgr.	Carne Kgr.	Patatas Kgr.	Carbón 100 kgrs.	Construcción Máximo	Mínimo	
Unión Sudafricana	9,4	48,5	18,9	75,8 *	6,7	5,9	(1)
Canadá	27,5	1,31,1	12,2	2,46,3	1,91	1,05	Dól.
Estados Unidos	35,7	1,59,7	15,5	2,74	3,25	2,15	"
Alemania, Rep. Fed.	0,87	4,41	0,20	6,14	1,89	1,15	D. Mark.
Bélgica	7,50	10,65	2,05	196,5	26,15	18,40	Fr.
Dinamarca	1,57	6,35	0,34	16,57			Cor.
Finlandia	61,25	272,92	14,22	800	147,2	109,25	Markka
Francia	56	728	23,80	1,494	150	122,8	Fr.
Irlanda	10,2	72,1	4,30	194,8 *	4	3,25	(1)
Italia	130	1,053	45	4,500			Liras
Noruega	1,21	11,8	0,33	20,65	5	3,84	Cor.
Países Bajos	0,54	5,48	0,17	12,29	1,17	0,98	Flor.
Portugal	3,40	28	1,50	140	5,70	3,14	Escud.
Reino Unido	9,4	79,3	4,3	126 *	3,37	2,92	(1)
Suecia	1,54	5,07	0,35	8,93	3,44	2,84	Cor.
Suiza	0,70	6,40	0,35	2,35	3,07	2,51	Fr.
Australia	13	83,1	10,6		81,6	64,3	*

* Estimación monetaria realizada en peniques, de la citada equivalencia.
 (1) Estimación monetaria realizada en chelines, de la citada equivalencia.

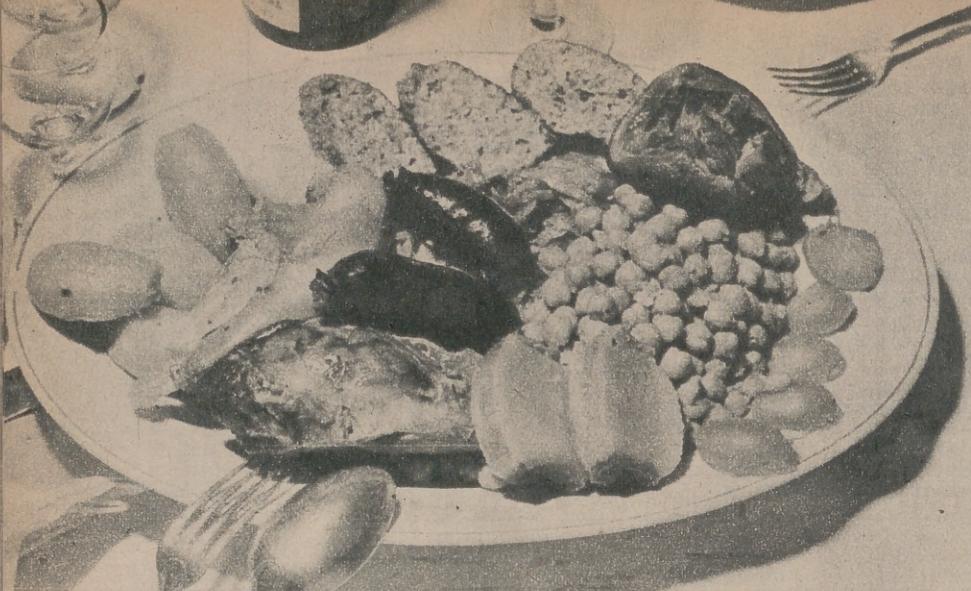
ESPAÑA.—Deliberadamente omitimos nuestro país de los precedentes cuadros, pues si bien tiene precios reducidos (4,90 pesetas, kilo de pan; 40, el de carne; 2, el de patatas, y 85, los 100 de carbón), en relación con los mismos artículos de otras naciones, el capítulo «salarios» es bajísimo, como puede evidenciarse examinando la última Reglamentación laboral—minas de piritas—, inserta en el «Boletín Oficial del Estado» correspondiente al 13 de diciembre de 1953, sin otras modificaciones que la de su art. 38, elevando el «Plus Familiar» del 15 al 30 por 100 sobre las remuneraciones básicas de la misma. Como los negocios, según el termómetro regulador de la Bolsa, no ofrecen margen para incremento de jornales, existe un déficit considerable en el poder adquisitivo de éstos, cuyo fundamento estriba en el índice de productividad.

La Renta nacional.—La Memoria publicada en noviembre próximo pasado por el Consejo de Economía Nacional registra un aumento de 16.489 millones en 1952 sobre el ejercicio anterior. La estimación, que toma el índice 100 de 1929, en la curva de frecuencia agrícola es de 97,9 en 1951 y 93,7 en 1952. Esta consecuencia marca el efecto carental que venimos padeciendo, no obstante los buenos oficios que en remediarla ponen estadistas y técnicos, mediante normas equitativas de propiedad racional y estímulos fertilizantes de la corteza terrestre, hidrataciones, etc. La industria, que no está, como el agro, sujeta a un ciclo vegetativo natural, acusa un 156,5 en 1951 y 176,4 en 1952, correspondiendo una media aritmética de producción total del 127,2 y 135 por 100; coeficientes de rendimiento marginal que engendran la desviación de factores y consecuencia de su corolario en precios y remuneraciones.

La cifra de ingresos correspondiente a 1952 es de 250.340 millones de pesetas, equivalentes a 34.038 millones de 1929, y el cociente «per cápita» 8.879 y 1.207, o sea, que como el aumento de productividad y creación de riqueza es tan sólo del 135 por 100, existe la discrepancia en proporcionalidades

arreciprocas del 700,5, dando lugar a ciertas anomalías en los salarios, en las cotizaciones que fluctúan en Bolsa para los valores industriales y la carestía singular del mercado para algunas clases de artículos. Quizá alguien culpe de la carestía a la mano de obra, sin tener en cuenta que ella es un elemento secundario en el rendimiento potencial de la industria bien racionalizada, por medio de la organización científica en el trabajo. Nuestros profesionales son de una competencia absoluta, como lo evidenció la exposición de artesanía llevada a efecto en los palacios del Retiro durante el verano último, pero no tienen la virtualidad de multiplicarse en acción constante, lo mismo que el isócrono movimiento articular de máquinas automáticas, susceptibles de abastecer el mercado en condiciones ventajosas para el consumidor, lucrativas para la empresa y remunerantes para el operario que las dirige.

Como prueba puede aducirse que los «colocadores de ladrillos y albañiles» ganan, en Chicago, 2,75; en Los Angeles, la misma retribución, y en Nueva York, 3,25 dólares por hora, que en la media de cuarenta semanales resumen 4.290 y 5.070 pesetas, devengadas en el transcurso de cinco días, con la jornada normal establecida en el decreto ley de 1 de julio de 1931. No importa que el kilo de pan cueste 13,95, en vez de 4,90 pesetas, si la realidad intrínseca nos demuestra que cada 6,6 minutos puede adquirir la mencionada cantidad de alimento, y nueve unidades de la misma en el plazo de una hora. Nuestro problema, por tanto, no es el aumento simbólico de la renta, sino el de las unidades tangibles capaces de cubrir necesidades humanas, hasta que el 735,5 por 100, con que aparecen incrementados los ingresos sobre la base de 1929 y el 135, perteneciente a la productividad, se igualen de magnitudes, teniendo en cuenta que para elevar la producción se necesitan tres cosas: materia prima, dirección económica y capacidad técnica, de las que disponemos en cantidades superiores a otros países que figuran en el cuadro y puede analizar comparativamente el lector.



LECCION DE GEOGRAFIA GASTRONOMICA DE ESPAÑA



LA VARIEDAD DE NUESTRAS COCINAS MARCA LA PERSONALIDAD DE CADA UNA DE NUESTRAS REGIONES

La importancia del infinitivo «comer» no necesita ningún género de alegaciones en su favor. Se impone por sí misma. Para vivir, lo primero es comer. Aunque, a veces, se muera uno por no dejar de hacerlo con exceso o por haber comido lo que no debía. O porque le llega a uno «su hora», que es lo más seguro y lo que más consueta a los comilones.

El «primero vivir, después filosofar», suele significar casi siempre: «Ante todo, comer; luego ya veremos». Quizá esto explique por qué los discursos esperan a los postres y porqué se comienza la jornada de cada día con el desayuno.

¿Cómo satisfacemos los españoles esta necesidad? ¿Cómo comemos? ¿Qué comemos? He aquí las tres interrogantes que dan motivo a este reportaje. Y conste que tratándose de «comer» va implícito el tratar de «beber». Que según los gastrónomos, y no vamos a llevarles la contraria, no hay comida digna de este nombre sin su bebida o sus bebidas correspondientes. Y según el refrán, «ni comer sin beber, ni firmar sin leer».

Vaya por delante, ante todo, que no pretendemos hacer un estudio completo de todos los platos típicos de España ni de todos sus vinos. Vamos solamente a trazar las líneas y los colores principales del mapa gastronómico español. Con algún detalle, desde luego, pero no con todos. Así, cualquier omisión que pueda notarse, en comparación con la realidad, en nombres, calidades y «tipismos», no significa omisión malintencionada ni silencio culpable. Será, simplemente, pura coincidencia.

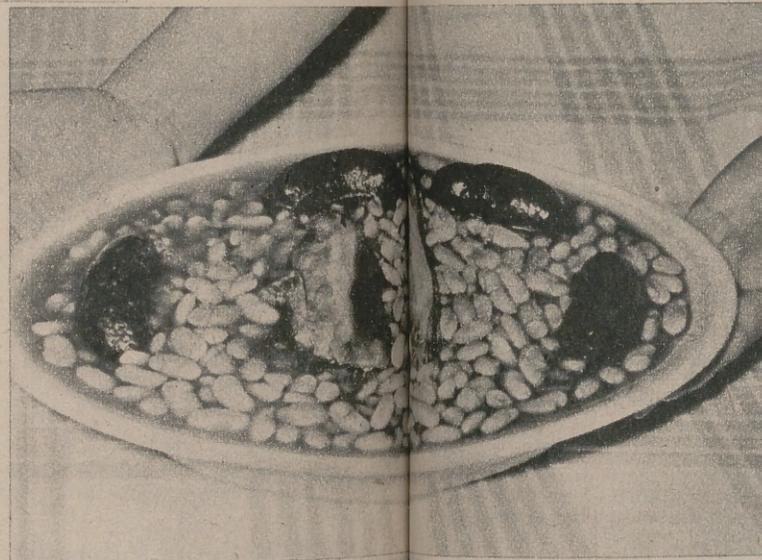
Advertido esto, sólo queda añadir que este reportaje debe leerse antes de comer. Por lo del apetito. Que debe pasarse por alto si, por cualquier circunstancia, no se va a tener, después de leído, algo que llevarse a la boca. Por

lo mismo, ¡ah!, y que no es apto para vegetarianos ni para abstemios.

LAS COCINAS ESPAÑOLAS Y SUS ZONAS DE INFLUENCIA

No. No hay errata. Hemos escrito las «cocinas españolas» porque hay más de una. Hay más de un estilo o forma de cocinar en España. Por lo menos, podemos distinguir como «tipos» la cocina vasca, la gallega, la catalana, la manchega, la levantina y la andaluza. Castilla, que también en esto se revela su poder asimilador, tiene de todas. Navarra y La Rioja andan en la zona de influencia vasca. Las Baleares, en la catalana. Extremadura es, por Badajoz, una variante más sólida de la cocina andaluza. Por Cáceres, sabe más a Castilla. Como Salamanca, Murcia y Albacete son modalidades que participan de Levante y la Mancha, Aragón fluctúa entre la cocina navarra y los platos catalanes.

Esta diferenciación entre las cocinas «tipos», y sus «variantes», y sus «zonas de influencia», no quiere decir, en modo alguno, que las provincias no clasificadas en el primer apartado, entre los «ti-



pos», carezcan de personalidad propia, de matices peculiares, de sabores intransferibles, en sus platos. Queda establecida así solamente para mayor claridad, para ordenar de algún modo y con alguna lógica la materia.

Nuestra geografía gastronómica resulta, pues, extensa y variada. Sus modalidades nacen, naturalmente, en función de las distintas condiciones de clima y de suelo. E influyen también las gentes y la situación de las regiones. En el Norte, más frío,

la cocina es más fuerte; en el Sur, más ligera. En las costas, la vecindad del mar enriquece la despensa con toda clase de pescados y mariscos. Las tierras de secano obligan a la sobriedad. Los regadíos proporcionan todas las variedades vegetales de la huerta.

ANDALUCIA, ZONA DEL ACEITE, DEL AJO Y DE ALGO MÁS

Los tratadistas, la gastronomía tiene muchos y buenos, sue-

HAGA USTED CASO AL REFRAN:

«NI COMER SIN BEBER, NI FIRMAR SIN LEER»

len calificar a la zona culinaria andaluza como «zona del aceite y del ajo». Nosotros, sin intentar enmendar a nadie la plana, añadiríamos «y de los vinos blancos y las «tapas» de copeo». Con ello, para nuestro gusto, quedaría más completo el cuadro.

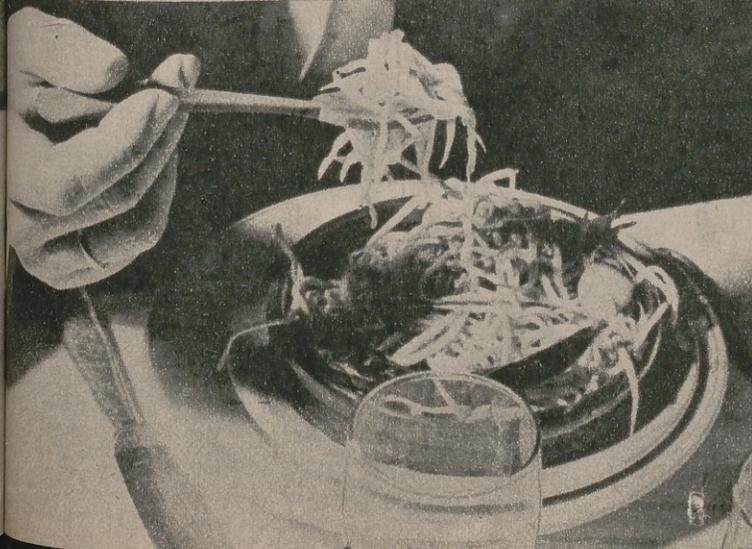
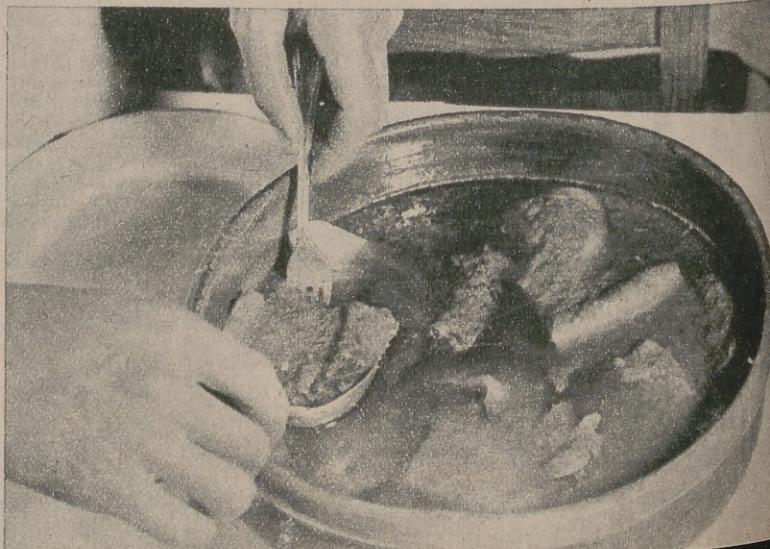
Del aceite y del ajo nace un plato, seguramente el más típico, el gazpacho andaluz, que se toma en todas las provincias durante todas las épocas del año—en invierno, caliente; en verano, frío—y que saborean todas las clases sociales. Se encuentra lo mismo en una mesa señorial que preparado en un corro de vendimiadores. Se sirve lo mismo en un restaurante de primera, en Sevilla, Los Corales, el Aero Club o el Círculo de Labradores, que en uno de tercera, en la misma Sevilla, Los Gabrieles, por ejemplo, o en otra provincia andaluza cualquiera: en Casa Recio, en Málaga; en La Bomba, en Granada, o en Las Delicias, de Huelva.

Hemos dicho que añadíamos los vinos blancos y las «tapas». Los vinos blancos, porque toda la gama de los vinos andaluces oscila entre los límites de las infinitas tonalidades doradas: desde

el pálido color de la paja, en los vinos de Montilla y Moriles, o en las manzanillas, hasta el color encendido del oro viejo y el cobre más oscuro, en algunos vinos de Jerez y Málaga. Todos ellos, con la excepción de estos últimos, los de Málaga, vinos secos, de alta graduación alcohólica. Vinos, en general, «para beber», más que para «comer», y por ello, aunque parezca contradicción, vinos para no tomarlos solos, para añadirles siempre algunas «tapas»: unos taruguitos de jamón serrano, unos «pescadillos gritos» o unas «bocas» de la Isla.

Pero en la cocina andaluza no se reduce todo a gazpacho y «tapas». Ni a vinos blancos. Andalucía tiene vegas, ganaderías, costas, campos... Y con ellos, platos de verduras, de carnes, de pescados, de legumbres. Así, Granada ofrece al «gourmet» sus «habas verdes a la granadina», acompañadas de alcachofas e ilustradas con un par de huevos cuajados, por cada comensal, a las que se añade un frito de cebolla picada, tomate y un diente de ajo. Y laurel, hierbabuena y perejil. Córdoba, su «colla», con garbanzos (de Café de las Torres, los mejores), tocino y berza. Cádiz, sus pescados fritos, su merluza «a la chicleana», o sus «perdices a lo torero», ideadas, al parecer, por José Reñondo, el diestro de Chiclana. Huelva, marinera, las «sardinas en pimientilla», el «pargo encebollado» y los «chocos—especie de calamar—con habas». Y... ¿para qué seguir? ¿Cuánto espacio ocuparía el describir aquí, además, otras variedades de gazpachos, como el «salmorejo cordobés» y la «pipirrana», de Jaén, o el «cocado andaluz», o los «riñones al jerez»?

Para completar el cuadro, ahí van tres detalles: que en La Rota, Cádiz, elaboran un vinillo tinto muy popular en la región; que Almería es la provincia que





Cochinillo burgalés



Callos a la madrileña

aporta menos a la gastronomía andaluza y que en ella, por influencia árabe, existe, en cambio, una añeja tradición dulcera: pastelillos, tortas, almibares, dulces secos y «arrope». Sin olvidar, claro está, sus clásicas uvas. Y recordando, de paso, los dulces de Córdoba: las «flores», los «manolitos» de ahora, el membrillo de Puentegeñil de siempre.

Cocina variada, y hasta diríamos alegre, en Andalucía. Alegre y ligera, de un pueblo que, por término medio, no necesita comer mucho y que, según el tópic, y puede que sea cierto, se bebe el sol de España en las soleras de sus vinos. Pero que, entre «caña» y «caña» de manzanilla, entre «tapa» y «tapa» de pescado frito, entre gazpacho y gazpacho, come muchas otras cosas. Sí, señor, las come. Aunque me recuerde usted al «Piyayo» o me venga con aquello de que «los flamencos no comen». Que también lo hacen... cuando pueden.

EL COCIDO EXTREMEÑO

En Badajoz [a parte de Extremadura que más sabe a Andalucía, hay, entre otros platos típicos, una caldereta y un cocido notables. No resistimos la tentación de citar la lista de componentes del cocido extremeño: garbanzos finos, berzas, patatas y coles; carne de vaca, de babilla, chorizo y morcilla; gallina, cotubillo, pestorejo, tocino corriente y de morcón; sopa de hierba o arroz. ¿Algo más? Sí; salsa de tomate picante, si se quiere. Elemento líquido para rociar el banquete: un tinto de Almendralejo, de la tierra de Barros, a su temperatura ambiente, como to-

dos los tintos. Lugar del agape: en Badajoz capital, El Casino, El Águila, El Colón; en Mérida, El Alcázar; en toda la provincia, en cualquier casa o cortijo. Y es sabido que donde mejor sabe la comida es en el campo, y cuánto se aprecia, en toda España, la cocina casera.

También en Cáceres se comen estupendos cocidos extremeños. Y otros platos suculentos, como el bacalao «al modo de Alcántara», con patatas fritas y espinacas. O como cualquier otro de los que puedan comerse en el Figón Eustaquio, en Casa Borrego o en Lechuga.

Y vayan, antes de pasar a otra cosa, y en honor de la región extremeña, un par de sugerencias: los embutidos—una de sus características culinarias—, el chorizo, el fiambre de magro y los jamones de Montánchez, y la influencia favorable que en el enriquecimiento del acervo culinario extremeño tuvieron los monasterios de Alcántara, Guadalupe y Yuste, donde Carlos I, al retirarse de las ambiciones y placeres del mundo, no prescindió nunca de una buena y bien servida mesa.

LOS CONTRASTES DE LA MANCHA

A la hora de hablar de la cocina manchega, es inevitable traer



Pote gallego

a colación—que también es comida, aunque parca—el «Quijote». Colaciónememos, pues.

Los contrastes y las sorpresas de la Mancha tienen su correspondiente traducción culinaria. Y del mismo modo que junto a la ascética olla de Don Quijote o al queso endurecido y las dulces bellotas de los cabreros, Cervantes describe las pantagruélicas bodas del rico Camacho, donde Sancho compensa con creces hambres atrasadas, encontramos hoy, en la Mancha, platos pobres y platos ricos. Entre los primeros, el «pisto manchego» o «las gachas». Entre los otros, muchos: desde las empanadas de conejo albar y la «perdiz en escabeche»—con un recuerdo a la toledana Venta del Aire—hasta el «conejo al buen cazador», los salmorejos de perdiz o ese portentoso gazpacho manchego hecho a base de tantos conejos como pollos cocidos a fuego lento, aderezados con ajo, perejil y un poco de pimienta, a cuyo caldo se añaden, en trozos, tortas ázimas y cebolla picada. Se sirven luego, separadamente, los gazpachos y las aves y conejos.

Para completar cualquier minuta existen un postre y un vino superiores: el queso manchego, aunque haya sido clasificado antes como de «tipo alimenticio» que como «de postre», y el vino de Valdepeñas, amoratado y con leve sabor a fruta, que os aconsejaría cualquier camarero en el Cascorro, de Ciudad Real; en el Condestable, de Toledo; en El Maño, de Alcázar de San Juan, o en el restaurante Dionisio, de Manzanares.

En la cocina manchega, cocina de tierra adentro, el pescado no juega apenas papel. Es cocina sólida, de platos de caza, en la que no faltan, como en todos los secanos, ¡quién sabrá por qué!, numerosas muestras de dulces: tortas de Alcázar, mantecadas, melindres de Yepes y mazapanes. Con fama en toda la Península los toledanos.

EL REINO DEL PIMIENTO

Como un intermedio entre la cocina manchega y la de Levante, aparecen los platos típicos de Albacete y Murcia, nutridos, sobre todo, por la rica variedad de la huerta murciana. Cocina, por lo tanto, donde reinan las legumbres, las hortalizas de todas clases. En especial, el pimiento y el tomate. En Murcia, particularmente, el pimiento se encuentra en cualquier plato: en las «amigas gachas», en el potaje, en la tortilla, en el «pastel murciano», relleno de chorizo, ternera, huevo cocido, picadillo de pimiento, tomate y sesos. En Albacete, en los «pimientos rellenos» o en el «bacalao con tomate y pimientos», que debe guisarse en cazuela, poniendo una sobre otra, capas sucesivas de lonchas de bacalao y de pimiento y tomate.

El vino regional se cosecha en la zona de Jumilla y Yecla: unos espléndidos claretos rosados, finos y olorosos. Con otros tintos de la tierra y con la aportación de la Mancha, por Albacete, queda completa la carta de vinos.

Un vistazo a los platos típicos descubre que la cocina regional tiene la sencillez y variedad de las manchega y castellana y los refinamientos de la levantina.

ARROZ DE TODAS CLASES, MENOS AMARGO

Claro está que vamos a referirnos ahora a Levante, a la cocina llamada del arroz y el aceite, en la que, por el Maestrazgo, influye Aragón, llevando, por ejemplo, las judías blancas y las patatas a mezclarse con el arroz en algunos platos. Pero sobre platos de arroz, sobre «paellas» en sus múltiples preparaciones, no es necesario hablar. Todos los españoles las conocen. Las han comido en la región de origen o en otra cualquiera, porque han alcanzado el rango de plato nacional. Y casi internacional. Que se lo pregunten, por ejemplo, a Ivori, en Alicante, Fornos, y a Los Arcos, en Castellón, y a Los Viveros o a la Marcelina, en Valencia.

Las zonas costeras nos colocan aquí otra vez en la mesa pescados y mariscos. La Albufera contribuye con sus anguilas. Y de nuevo, y quizá también como recuerdo de la dominación árabe, la escala de dulces, encabezada por los turrónes de Alicante, es amplia, rica. Como más populares, más típicos, citaremos los «mostachones»—bizcochos—, el «pano-llí»—pastel de harina, aceite y huevo—y el «flaó»—torta de aceite y harina. Y vaya también una mención a las «farinetas» y al «ali-oli» alicantino.

No, señor. No hemos olvidado las naranjas. Pero, ¿qué quiere usted que digamos de las naranjas, después de lo que lleva publicado EL ESPAÑOL sobre ellas?

LA CATALANA, UNA COCINA COMPLETA Y CULTA

Siguiendo la costa mediterránea, entramos en Cataluña, donde se come y se puede comer de todo, porque en sus cuatro provincias hay de todo, y en las cuatro guisan muy bien. La tradición culinaria catalana es añeja. En Barcelona, en el siglo XV, se publica el primer libro de cocina español: el de Ruperto de Nola, con el que se inicia una serie de estudios y publicaciones que culminan en el «clásico» Domenech. Su condición fronteriza ha favorecido la calidad de sus platos. Pero bien entendido, esto no significa una imitación ni una corriente de influencia extranjera. Al contrario, muchas creaciones y tradiciones culinarias catalanas han pasado a enriquecer el acervo gastronómico de Francia.

Cualquier plato que pueda pensarse, un cocido, una tortilla, unos langostinos, una sopa de mariscos o verduras, un asado, un embutido, un frito, tienen su correspondiente versión catalana. Versión, modalidad o creación, capaz de satisfacer al «gourmet» más exigente. En Barcelona, por ejemplo, «langosta a la catalana»—frita y luego cocida—«arroz pa-rellada», «zarzuela de mariscos»—en cualquier restaurante típico, Siete Puertas, Los Caracoles, el Hostal del Gallo—; en Tarragona, una «escudella» (cocido), una «sopa de albóndigas» (ésta es una especialidad regional), una «tortilla de butifarra»; en Lérida, «guisantes estofados», «sopa de ajo», «col con ali-oli»; en Gerona, un «pollo al espetón con setas a la parrilla»...

De remate, ya lo sabe usted, vi-

no de la región: un tinto del Priorato de 17 a 19 grados. Y esto no va en demérito, ni mucho menos, de la calidad de sus vinos blancos.

Por una razón de analogía y proximidad, y salvando naturalmente su indudable y propia personalidad, incluimos aquí, como apéndice, a la cocina catalana, cocina del más alto nivel cultural, si se permite la expresión, otra cocina también culta y completa: la balear. Aunque con solo la referencia escueta a unos detalles: la célebre salsa mahonesa, la «sobreasada» y las ensaimadas de Mallorca.

EL CARINENA, VINO BRAVO

Remontando el Ebro, llegamos a otra tierra de buenos cocineros: Aragón, cuya cocina está incluida en la franja de cocinas fuertes y suculentas que se extiende por todo el Norte, desde Cataluña hasta las costas gallegas del Atlántico. Con montaña y pastos y, por lo tanto, con ganado, con feraces huertas, y así provista de magníficas legumbres, hortalizas y frutas, con zonas olivíferas, como Alcañiz, la del fino aceite... Y con su vino: el carifena, fruto de las vides que empalman a las vides riojanas y catalanas, que trastornó a Don Mendo—«fué el maldito carifena, que se apoderó de mí»—. Vino bravo, como buen aragonés.

Entre los platos predominan, naturalmente, las carnes y las leguminosas sobre los pescados. Estos, en su mayor parte, de río: truchas. Son platos típicos: el guiso de judías blancas, el pollo «a la chilindrón», las costillas de cordero, el lomo de cerdo, etc... Postres pueden ser los orejones de Calanda, las manzanas de Pitarque, las pasas de Albarracín o el queso de Tronchón.

DONDE LA COMIDA ES CASI UN DEPORTE REGIONAL

El País Vasco, y con él la Rioja y Navarra, componen una región de la que, sin hipérbolo, puede decirse que cultiva la costumbre de comer mucho y bien casi elevada a la categoría de deporte regional. Si en alguna parte de España puede incluirse en la lista de diversiones populares el comer, es en ésta. El vasco, el riojano, el navarro, hacen de la comida una fiesta. Tienen un instinto natural para seleccionar los platos, para localizar los sitios donde mejor guisan cada cosa. Su despensa incluye todo lo comestible. Y sin tasa. Forman, sobre todo los vascos, asociaciones, clubs y peñas para comer, como otros las pueden formar en torno a un equipo de fútbol, a un torero o para jugar en grupo a las quinietas.

De la cocina vasca se ha dicho que es «para buenos comedores y para grandes comidas». Es verdad. Raro es el año que no salta varias veces a las páginas de los periódicos alguna noticia gastronómica sensacional remitida desde las Vascongadas: la competición entre dos campeones del cuchillo y el tenedor o la asociación optimista de los gordos. Y raro sería, entre nosotros, aquel para quien no encerraran ningún recuerdo el bacalao «a la bilbaína» o «al pil-pil», las angulas, las



Arriba: Pollo, arroz, judías verdes, tomates, pimientos, almejas, gambas y aceite, ingredientes y utensilios para preparar una paella valenciana. Abajo: La paella (para quince personas) diciendo: ¡comedme!



sardinas de Santurce, el «changuro», los «chipirones», la pular-da alavesa, las «amgras con tomate» o las chuletas de cordero navarras y las «pochas con per-diza», los pimientos y la fruta riojana. Y nadie juzgue, por esta rápida e incompleta lista, que predominan con mucho los platos de pescados. Allí se come, ya lo hemos dicho, de todo. Y se fuma, al final, habanos de marca. Y se acompaña el café con el mejor coñac.

¿Restaurantes, casas de comidas? Tantos como quiera: uno por casa. Sólo en Bilbao, casi un centenar, sin incluir pensiones ni tabernas. Únicamente contando los de primera, segunda y tercera categoría.

¿Vinos? Los mejores vinos de mesa. Blancos y tintos. Un nombre basta: la Rioja. Y además, el chacolí. Y, además, sidra. Para que, en este capítulo, tampoco falte nada.

EL PARAISO DE LOS MARRISCOS Y DE ALGO MAS

Dios ayuda al que tiene mar. A la vera del agua se comen platos que, a veces, no tienen más

Pescado frito a la andaluza (izquierda). Empanada gallega (derecha)



secreto que la frescura del pescado, saltando casi al llegar a la sartén. Para llegar a gustar exactamente la «faneca», menuda y de carne transparente cuando es de ley, no queda más remedio que irse al litoral gallego. Por fortuna, las «fanecas» no están solas. Con ellas satisfacen al paladar multitud de especias—julía, escacho, oyomol...—pescadas con lña o con red. Y los mariscos. Escoja usted entre centollas, nécoras, percebes, bogavantes, ostras, navajas, mejillones, langostas... Mejor, no escoja, pruébelos todos, que el estómago los agradece sin distinción. A la salida de las rías se pesca la lamprea, que estofan superiormente en Padrón. En aquellas aguas semidulces se hallan ejemplares excepcionales. Luego, en empanadas o en guisos, saben a gloria. Cualquiera, con conocimiento de causa, recomendaría las del Tambre. Como también las sardinas del humo. Curadas sobre hogares de laurel y carballo, las sardinas se doran y recuecen en su grasa. Toman un gusto particular e inigualable. Las mejores, no lo dude tampoco, son las de Muros. No deje de meterse en la cocina. Le habrán dicho, por ejemplo—a Víctor Hugo se le escapó el «dapsus»—que el pulpo es un plato para las gentes modestas. Cuando se lo den a comer con buena «prebe» lo encontrará digno del mejor «gourmet». Estamos a dos pasos de la calderada. En ella las patatas—de la tierra, si no no valen—toman el gusto del rape y la merluza y muchos pescados más. Los dos nombrados son imprescindibles. Cuantos se añadan, no sobran.

Luego las empanadas. Sean de «raxo», de lamprea, de «xouba» o de mariscos. Y el pote gallego, que alimenta y calienta el cuerpo. Y todo lo que sale del cerdo.

Para regalo, vinos de la Ribera del Avia. Blanco y tinto, que las dos clases tienen sitio. A la hora de los postres, pida un «tostado» del Rívero. No lo olvidará. Desde tartas y bizcochos que pasaron por el horno hasta los quesos más variados, encontrará repertorio sobrado para rematar las comidas. Fíjese en esta lista: co-

tetilla, de Illana, de Cebreiro, de San Simón, de Guimarey, de Teijeiro, de San Pedro de Oza... Cada uno tiene virtudes propias. Buenó, y si no le gusta el vino, pida agua mineral. También hay para dar y tomar. Sí, amigo, a Galicia no se puede ir con calma. Y menos si lo que se pretende es conocer la cocina sabrosa del Noroeste.

También, por razón de espacio, y el buen sentido del lector perdonará lo conciso, tenemos que aludir aquí, montañía en puente entre la cocina vasca y la gallega, a la asturiana. Cocina fuerte y sabrosa también. También cocina del Norte, conocida sobre todo por dos cosas sin competencia: la «fabada»—con tocino, morcilla, chorizo y «llaçón»—y la sidra, con que se acompañan los mariscos, esos centollos cuyos caparazones, ya vacíos, sirven de copa improvisada al jugo de las manzanas. Seguramente, también, las mejores de nuestra geografía.

CASTILLA, DE EXTREMO A EXTREMO, DEL SALMON AL CORDERO

Castilla, para seguir nuestro orden, comprende aquí, y que perdonen los historiadores, mucho más que sólo Castilla la Vieja. Por lo menos todo el antiguo reino de León y alguna parte de la Castilla que llaman Nueva. ¡Como si fuera de hoy o de hace poco!

¿Qué se come en Castilla? Pues, de extremo a extremo, de todo: desde el salmón de los ríos santanderinos hasta el cordero asado de Segovia. Los callos y el cocido madrileños y las truchas asalmo-

nadas de Sanabria. Los garbanzos de Fuentesauco y las alubias de El Barco de Avila. Los quesos de Burgos y los de la Montaña. Las mantecadas de Astorga y las yemas vallisoletanas de Santa Teresa. Y ¿cómo sintetizar en unas líneas breves todos los platos, guisos, dulces e incluso vinos regionales de esta amplia zona?

Castilla, gran asimiladora, como decíamos al principio, es rica en este aspecto, porque acepta muchos platos populares de otras regiones. Por León, le llega Galicia; por Burgos y Soria—saludo a la mantequilla—, la Rioja; por Toledo, Extremadura. Es, al mismo tiempo, sobria por su naturaleza y la de su gente. Representa, en cuanto a la medida gastronómica, el equilibrio español. Pero esto merece capítulo aparte.

RESUMEN DE ESPAÑA: UNA COCINA VIRIL Y EQUILIBRADA

Una visión del conjunto descubre en seguida que en toda España cada pueblo, con su medida y de acuerdo con su suelo y su situación, se come bien y en no escasa cantidad.

Un dato gráfico: en 1952, además de los restaurantes, 29.000 tabernas donde se come y se bebe. Aproximadamente una por cada mil habitantes.

Que la cocina española, en general, tiene poca «química», abarca todas las especies comestibles del campo, del mar y del cielo, y resulta sabrosa, sin exceso de especias, y viril, sin tosquedades. Cocina de aceite, no de mantequilla. Extensa, que ha elevado al rango de platos de primera calidad leguminosas que otros países no guisan: las alubias, las lentejas y los garbanzos.

Y descubre también que los españoles andan en una línea de equilibrio culinario, de comedores y bebedores sin exageración y sin tacañería, que equidista, afortunadamente, de la heterodoxia gastronómica inglesa—aquí no se mezclan la carne y la mermelada o el chocolate y las ostras—y de la extremada y viciosa exquisitez de la cocina francesa.

(Fotografías de Mora.)

Así se tira la sidra. Hágalo usted



SOSPECHOSOS ELOGIOS ROJOS A M. AURIOL

EN un artículo aparecido sin firma en el periódico «El Socialista», de Toulouse, que, pese a su cada vez más reducida tirada, pasa por ser uno de los más fuertes periódicos entre los moribundos órganos de Prensa de los exilados españoles en el Midi de Francia, hemos leído un caluroso elogio a M. Vicente Auriol, ex Presidente de la IV República francesa.

La decadencia de «El Socialista» puede percibirse hasta en sus errores tipográficos, que le llevan a publicar notas aclaratorias como la que ha seguido a la publicación del artículo a que nos referimos, que «por un error de tipografía» hizo que no apareciera la firma del autor del artículo «Misión cumplida. Vicente Auriol», debido, según se aclaró después, nada menos que a la pluma de persona tan «ilustre» como es don Indalecio Prieto.

«Don Inda» recuerda en ese artículo los contactos personales que tuvo con M. Vicente Auriol durante la guerra civil española, las entrevistas que tan famoso socialista francés sostuvo con los dirigentes políticos de la España republicana y la visita que aquél realizó a Barcelona en 1938 con objeto de hacer un informe sobre la moral de guerra de «los leales» con destino al partido socialista francés.

LA PRIMERA AYUDA

Esos elogios a Vicente Auriol nos recuerdan los tiempos en que España ardía en guerra de Liberación y el Gobierno León Blum ayudaba, en medio de la tan cacareada «no intervención», a los rojos españoles. Entonces M. Vicente Auriol era ministro de Finanzas y su interés por la marcha de las operaciones al otro lado de los Pirineos le ocupaba casi tanto tiempo como los asuntos hacendísticos y la defensa del franco. Con el Gabinete Chautemps M. Auriol fué ministro de Justicia, y la nueva cartera y responsabilidades no le distrajeran en su marcado interés por la guerra española, que le llevó a realizar una visita a Barcelona en 1938, donde fué recibido con toda clase de cumplidos versallescos por el llamado «Gobierno Negrín».

En el segundo Gabinete Blum, M. Vicente Auriol fué ministro de Coordinación de Servicios en la Presidencia del Consejo de la República.

Ya en los primeros días del Gobierno Alzamiento Nacional, el presidente del Consejo de Ministros republicano, Casares Quiroga, envió un telegrama al presidente

del Consejo francés, M. Léon Blum, pidiéndole la colaboración de su Gobierno en la guerra civil española. El embajador de España en París recibió con fecha 20 de julio de 1938 un telegrama del Ministro de Estado en el que se le ordenaba pidiese al Gobierno francés el envío con la máxima urgencia del siguiente material de guerra: 20 aviones Potez de bombardeo tipo 54 20.000 bombas de aviación, ocho cañones Schneider del 75, 250.000 proyectiles, cuatro millones de cartuchos de fusil, fusiles del tipo francés y ametralladoras Hotchkiss.

APOYO A LOS AVIONES Y BARCOS ROJOS

El 21 de julio llegaba a París, después de haber hecho escala en Burdeos, un aeroplano que había emprendido el vuelo en Madrid y que llegaba a la capital francesa en «emisión oficial». Se trataba de pedir que se atendiese con la máxima urgencia el pedido de armas, aunque tuvieran que sacarse de los parques militares del Ejército francés.

Mientras tanto, el Gobierno de París, en prueba de solidaridad frentepopulista con los gerifaltes rojos de España, decidía hacer la vista gorda si algún avión gubernamental español aterrizaba para abastecerse en los aeródromos del Marruecos francés, Orán o Argelia, así como se autorizaba oficialmente que la Flota republicana del Gobierno de Madrid pudiese abastecerse de carburante y estacionarse en Tánger. Esta autorización quedó rápidamente neutralizada por el amenazante «cordón sanitario» que alrededor de la plaza internacional de Tánger establecieron las tropas de la Legión, enardecidas por las primeras victorias del Alzamiento.

Las declaraciones hechas a la Prensa por los ministros del Gobierno de París respecto a la actitud francesa con relación a la guerra de España son reveladoras y no tenían en aquellos días la cauta prudencia en el hablar con que habían de expresarse después. Delbos, ministro de Asuntos Exteriores; Vicente Auriol, ministro de Finanzas, y el ministro de Estado, Paul Faure, secretario general de la Sección francesa de la II Internacional, declararon públicamente sus simpatías por «L'Espagne republicaine».

TRENES DE EXPLOSIVOS HACIA LA FRONTERA

El 22 de julio el Gobierno de Madrid ordenaba a Fernando de los Ríos, que se encontraba en Ginebra, que se dirigiese a París



El ex Presidente de la República francesa Vicente Auriol

AU SECOURS de la 43^e division !

DES MILLIERS DE COMBATTANTS
ESPAGNOLS, DES POPULATIONS CIVILES
RÉSISTANT DANS LA NEIGE AUTOUR
DE BIELSA, A 2.000 MÈTRES D'ALTITUDE

Le sont isolés de leur pays, et attendent de secours de la France

Ils ont faim, et pour répondre à leur appel, le
Comité National du Secours Socialiste a dé-
dié un premier envoi de 20 tonnes de farine

JEUDI PROCHAIN, A 9 HEURES

les camions de la 7^e caravane et la 5^e ambulance
partiront de Paris pour les Pyrénées

Socialistes, Républicains, Démocrates de France,

AU SECOURS DE L'ESPAGNE MARTYRE !
AU SECOURS DE LA 43^e DIVISION !

SOUSCRIVEZ,

achetez la Carte de Solidarité

Envoyez votre ordre à René JUBERT, 12, Cité Mazarin, Paris-6^e
Compte postal n° 1. Paris 2181-91.

ROBER DUPOUR

Anuncio publicado en «Le Populaire», de París, el 31 de mayo de 1938, que prueba la ayuda de la Francia oficial a los milicianos rojos

con el fin de activar el envío de material bélico. El día 23, Fernando de los Ríos llegaba a París y pedía ser recibido por el ministro del Aire, Cot; el de la Guerra, Daladier, y por el secretario general de la Presidencia, señor Moch.

El 25 de julio se reúne en París el Consejo de ministros, y a propuesta del señor Delbos se hace una declaración de no injerencia, no obstante la cual empiezan a salir el mismo día los primeros vagones de explosivos con destino a la Aduana de Port-Bou y otros destinados al puerto de Marsella, donde los atendía el vapor «Ciudad de Tarragona, acompañado del torpedero gubernamental número 11. Son, principalmente, bombas de aviación destinadas al aeródromo del Prat del Llobregat, donde eran esperadas para salir con ellas hacia el frente aragonés.

Trenes cargados de municiones entrarían luego en días sucesivos por las Aduanas de Port-Bou y de Irún. Mientras tanto, los portavoces del Gobierno de Madrid gritaban: «¡Estamos seguros de la victoria!», y también aquello de que «El triunfo será de quien

tenga el dinero», dicho en la radio por Indalecio Prieto, que se entusiasmaba en pensar en el oro de España convertido en oro de la República y en oro de su partido.

A propuesta del Socorro Rojo de Francia se creó, el día 31 de julio de 1936, la «Comisión de solidaridad para la ayuda al pueblo español», presidida por Víctor Basch, y en el que empezó a actuar de secretario Jean Chauvet, del mismo Socorro Rojo Internacional.

UN SOLO GRITO: «SOVIET PARTOUT»

Casi al mismo tiempo, en el «Comité mundial contra la guerra y el fascismo», establecido en París, se recibe un mensaje de los comunistas españoles, en el que se les pide que se pongan en movimiento todos los recursos de las masas proletarias francesas unidos a los cuantiosos del Gobierno del Frente Popular de la vecina República.

Es en aquel momento cuando se inicia el reclutamiento voluntario para las Brigadas Internacionales que lucharán en España.

M. Vicente Auriol asiste por aquellos días a la gran reunión política en favor de los rojos españoles. En aquel acto estuvieron también los ministros de Instrucción, Trabajos Públicos y el subsecretario de Estado a la Presidencia del Consejo, y donde además, de los consabidos gritos de «Soviet partout!», «Soviet partout!», se dijo machaconamente que «la España republicana debe ser abastecida abundantemente de armas y municiones. Esto ha empezado a hacerse y esto se hará cada vez más».

Poco después, en Saint Cloud, cuarenta mil manifestantes gustaban la alegría de la fraternidad universal reclamando cañones y aeroplanos para la República española, mientras en el «Parc des Princes» se lanzaba un «mot d'ordre» concreto que sería después repetido en las sucesivas manifestaciones populares de fraternidad: «Des avions pour l'Espagne!», frase que se oía después por todas partes.

Fieles a la consigna de «Aviones para España», los trabajadores comunistas de la fábrica Bloch de material aéreo se reunieron en un acto político en la misma fábrica, en el que decidieron ofrecer al Gobierno de Madrid dos aviones pagados con horas extraordinarias de trabajo. Una Comisión de trabajadores fué a la Dirección del establecimiento, y bajo amenaza de huelga pidió que se pusieran a su disposición dos aparatos de bombardeo recién construidos y que se encontraban en Ville-Coublay. Como se daba el caso de que aquellos dos aviones habían sido ya vendidos al Estado francés, fué necesaria la autorización de los ministerios del Aire y de Finanzas (cuya cartera llevaba entonces M. Vicente Auriol) para anular aquella venta. Los aparatos se cedieron a la suscripción de los trabajadores, y hasta la firma Bloch autorizó una rebaja en el precio para que los trabajadores pudiesen adquirirlos más rápidamente y los aviones

emprendieran el vuelo hacia los frentes de España.

LOS EXTRAÑOS «PEREGRINOS DE SANTIAGO»

Esos fueron los prolegómenos, los inicios, de una ayuda que se encubrió al principio como romántica y de solidaridad entre los trabajadores franceses y españoles para una causa común de defensa contra el Nacionalismo español.

No tardaría en organizarse el célebre «tren de los voluntarios», que partía de París al anochecer para llegar a Perpiñán, y a la frontera española, alrededor de las diez de la mañana, después de haber incorporado los grupos que venían de Marsella. En la antigua capital del Rosellón, la bella ciudad de Perpiñán, estaba el lugar de recogida de casi todo el material humano que desde las más diversas hampas internacionales se destinaba a los frentes de España. En aquella ciudad funcionaba el Comité de defensa de la revolución española. Hasta el Hospital Militar de la calle Mariscal Foch fué utilizado como lugar de recepción de estos aventureros que llegaban de todo el mundo a los que se facilitaba una cartilla de identidad, con un nombre de los corrientes en España. «Si te preguntan por qué no sabes español dirás que dejaste el país muy pequeño.»

Es evidente que Francia no podía ver ningún peligro para sus intereses en el triunfo del Glorioso Alzamiento Nacional, cuyo jefe más destacado, el Generalísimo Franco, jamás había demostrado mala voluntad hacia los franceses. Sin embargo, la postura de Francia oficial, la postura del Gobierno Blum, la postura del ministro de Finanzas, Auriol, no fué la de neutralidad, sino que se inclinó de una manera decidida, hacia la ayuda al frentepopulismo español, al que suministró no solamente abundante material de guerra, sino también milicias revolucionarias reclutadas en los peores bajos fondos de la sociedad.

SOCIEDADES DE TRAFICANTES DE GUERRA

Desde el ministerio de Finanzas se autorizaron operaciones económicas para el abastecimiento de la zona frentepopulista. Se dieron, incluso, disposiciones, no publicadas en el periódico oficial, que autorizaban el inadmisiblemente contrabando de armas y municiones hacia la España roja. Y no hay que olvidar que en aquellos momentos ocupaba la cartera de finanzas M. Vicente Auriol, época que se caracterizó por las mayores operaciones de apoyo a los rojos españoles. Fueron aquellos los años de las grandes sociedades de abastecimiento a la España republicana. Los tiempos de la «Société franco-argentine d'Alimentation» para aprovisionar al Ejército rojo de España de carne congelada. La época de la «Franco Navigation», constituida el 15 de abril de 1937, sociedad anónima de transportes marítimos que controló la «Transmar», la «Franco-Balkanique» y la «Société de

Gerence et d'Armement», compañías que estuvieron muy relacionadas con el tráfico de explosivos hacia la zona roja. Materiales que iban destinados a la línea Maginot y que un descuido inexplicable dirigía hacia los puertos del Gobierno de Valencia. Eran naves averiadas, inexplicablemente, muy cerca de la frontera española y que un defecto de timón, o la misma brisa marina, encaminaba, durante la noche, hacia España.

Pero el señor ministro de Finanzas, con su cargo técnico, estaba perfectamente enterado del negocio que el tráfico de armas y mercancías con destino a la zona roja española suponía para Francia. Aquellas grandes cajas con extrañas marcas de alquitrán se sabía perfectamente en el ministerio de Finanzas que no eran «machines agricoles», ni materiales de repuesto que estuviesen en «transit international». El ministerio de Finanzas sabía muy bien sobre las llegadas de oro del Banco de España y tenía también noticia de las operaciones realizadas por el Gobierno de Valencia o de Barcelona, o por el cauce normal que, en tiempo de paz, utiliza nuestro abastecimiento de carburantes líquidos.

LA NO INTERVENCIÓN «RELACHEE»

En territorio francés, y muy cerca de la frontera española de Le Perthus, fueron instalados a cuenta de la «Société des Pétales du Languedoc» depósitos de gasolina destinada a la España roja. En esta «Société des Pétales du Languedoc», el señor Blum tenía fuertes intereses, así como algún otro miembro de su Gobierno, del que M. Auriol era ministro de Finanzas.

Aquella política de injerencia descarada hasta llegó a calificarse jocosamente y desde los medios gubernamentales franceses de «no intervención relachée».

En este trabajo hemos expuesto muy pocos de los datos que sobre la intervención francesa, en la que M. Auriol, desde su cargo del ministerio de Finanzas, no estuvo muy ausente, pero sería mucho más larga y documentada en cifras una exposición completa de los manejos del Gobierno Blum, el Ministerio Auriol, el Gobierno Daladier en favor de los rojos españoles, que pagaban con alegría nervosismo con buen oro de ley.

Sentimos coincidir con don Indalecio Prieto en lo de las ayudas que prestó a la España republicana el señor Auriol, abogado de una causa perdida, que, cuando su visita al Gobierno de Barcelona, en 1938, fué uno de los últimos médicos de cabecera de aquel régimen en rápido declive. Pero en lo que no estamos de acuerdo con «don Inda» es en el elogio a quienes, como él, desde cómodos cargos político-financieros, hicieron bastante daño a España.

Hemos hablado de todo esto no para desenterrar recuerdos, sino porque siempre es bastante curioso el estudiar a esta clase de políticos, que además de socialistas son multimillonarios.

C.

LA ILUSTRE VILLA DE ESTEPONA



LOS BALCONES DE AFRICA Y EL ESTRECHO



"Esto es una feria permanente"

Por LEDESMA MIRANDA

NOCTURNO EN LA ALMENADA VILLA

Estepona se asienta sobre dos colinas que descienden suavemente hacia el mar, y la surcan tres torrentes que nacen al pie de sierra Bermeja, el de la Cala, a Levante, a un extremo de la villa, y el de Monterroso, a Poniente, en el otro extremo. Y hay uno central, el Calancha, hoy cegado y abovedado, que constituye una moderna calle, antaño canal cruzado por un puente sin duda más modesto que el de los Suspiros. La calle Real llega al pretil de Monterroso y allí forma una explanada donde se celebran las ferias y se instalan los carruseles y tiouvivos y el quiosco de la música.

La noche de febrero es limpia y clara, el ambiente dulce y templado, y el blando caserío, tocado por la luz lunar, irradia la luminosidad del amanecer.

—¡Qué luz la de esta noche! —comenta Paulina Ferrand—. Diríase que se prolonga el día, que aquí el día no se extingue jamás.

—Y es una noche de febrero... Sin embargo, hace apenas una semana hubo nieve en la cumbre de los Reales, tras de cuya cima, que domina el Estrecho y la costa de Africa, crece el pinsapo.

—¿El pinsapo?

—Sí, árbol bellissimo y raro de nuestra sierra de Ronda, árbol, también, de las cimas africanas del Atlas. Es un abeto monumental que parece haber arrebatado todas sus gracias al sauce y a la araucaria, al ciprés y al pino. El ramaje de esta conifera parece bordado en punto de cruz, y en sus pequeñas e innumerables cru-

DEJAMOS a Marbella desgranada en la falda de su sierra Blanca y derramándose en el mar. Desde San Pedro de Alcántara parte el ramal que conduce, sierra adentro, a la vieja Ronda, ciñéndose al profundo y rocoso lecho del Guadalmina. Nosotros seguimos nuestra ruta de cornisa, trazada en parte sobre las lomas de la vía Augusta, que unió a la risueña Gades, feliz entre sus templos, teatros y mercados, con la metrópoli romana. La sierra Blanca se enlaza con la sierra Bermeja, ambos estribos del gran macizo rondeño, y es, en efecto, bermeja, o más bien cobriza y ocre, dicha sierra, que cierra al Sur el sistema montañoso de Ronda. Este oteará desde sus alcázares, entre el Sur y el Suroeste, el Mediterráneo y el Estrecho, la roca de Calpe y la ménsula de Tarifa y abarcará las cumbres del Yebel, en la otra ribera del mar, donde reposa Anteo, vencido por Hércules, y donde erigió Almanzor las murallas de El Hacho. Y aun parece revivir esta sierra, al cabo de los siglos, el ambiente de los romances fronterizos y de las luchas civiles de los caudillos africanos.

Sorprende a Paulina que tales paisajes y teatros, llenos de grandeza y de belleza adusta y grave, no estén en la temática del 98, cuyos escritores y pintores, extasiados ante las aldehuelas de Castilla, nunca se asomaron a estos

mágicos alcores, a sentir el amanecer de España, y hallando justa su observación, he añadido, por mi cuenta, que éstos han caído muchas veces de hincijos ante los más mezquinos objetos y han dejado escapar lo más significativo y grande.

GENTES ALEGRES Y JOVENES

Llegamos a Estepona al atardecer y nos hallan las primeras luces paseando por la calle Real, la calle principal de la villa, a la vez paseo de invierno, pues el de verano o del Carmen, próximo a la Marina, está desierto a estas horas. Ambos corren de este a oeste de la ciudad, y el último, con sus filas de castaños y sus casas enjalbegadas, de recios portales y finos y bien dibujados voladizos es amplio y suntuoso, y por él discurren, hasta altas horas de la noche, gentes alegres y jóvenes que prefieren velar charlando y riendo, a la luz de los astros y del alumbrado municipal, que recogerse alrededor de la camilla, donde arde el brasero perfumado con alhucemas.

—¿Tanto se trasnocha en Estepona?—preguntamos a un vecino que nos saluda amablemente.

—Sobre todo la gente joven.

—Esto es una feria permanente.

—Los muchachos y muchachas tienen mucho que decirse a estas horas.



Vista de la Punta de las
Doncellas y del Faro de Es-
tepona

ces prende una floración llameante. Hay en los pueblos de la sierra un verdadero culto al pinsapo: en las romerías y fiestas populares se adornan los carros y los mulos con el brillante ramaje que siembra de cruces las grandes ruedas y las testuces de los bueyes.

Giramos a la ciudad nuestra nocturna visita. Muchas puertas y ventanas están aún abiertas. Hay en algunas casas pequeños patios cuyos arcos y fuente central toca la luna con su tibia palidez. Durante las noches de invierno, los ancianos juegan a la lotería en los hogares modestos, esperando la llegada de los jóvenes, que ambulan por la ciudad y el paseo. Aparte del Ejido, dos son las mejores plazas de Estepona: la llamada de la Cárcel, donde está la prisión y el hospital y de donde desapareció el Ayuntamiento hace ya muchos años, y la plaza Vieja, donde hoy se encuentra. Y es ésta la segunda, en importancia, de las plazas y plazuelas de Estepona.

La antigua iglesia parroquial data del siglo XV y fué mandada construir por el Rey Enrique IV en las postrimerías de su reinado. Aderezábase entonces la ciudad, el templo y el castillo para la cristiandad, después de haber sido arrasado el pueblo moro hasta sus cimientos. De dicho templo parroquial, muchas veces restaurado con arreglo a nuevos gustos y estilos, y finalmente ruinoso, sólo queda la torre, que vigila el grupo escolar, adosado a ella, y construido en las propias ruinas del templo. Fué el inspirador de ese edificio don Simón Fernández, benefactor de la ciudad en

los últimos años de la Monarquía. Otra torre, la del convento de San Francisco, se erige en la vigente parroquia de Estepona, antiguo casa religiosa de los Teresianos, sobre el solar de la ermita de la Vera Cruz, santa y milagrosa. En esta iglesia y al pie de ella estuvo muchos años el cementerio de la villa, hoy adajado de ésta, y en la actualidad se forma allí una plazuela donde existen restos de vieja tracería y muros ruinosos. Del ángulo de la iglesia parte la calle llamada Via Crucis hasta la falda de la sierra, donde se halla la ermita del Calvario. Y la luz de esta ermita señala a los pescadores el lugar del gran banco de pesca de las copiosas playas de Estepona. Frente a la iglesia está el castillo, el viejo castillo de San Luis, señalando la piedra madre de la villa, quizá el solar de la primitiva Estepona (la Astapa primigenia, la Alexthebuna musulmana) hoy ahorrado entre el caserío, encadenado al vivir presente, igual que el castillo de Marbella, y sobre cuyos cubos y adarves medran plantas parasitarias y hasta frondosos árboles.

No hay ilusión comparable a la del pueblo de noche, sobre todo si el mar lo baña, el mar iluminado, y si los recuerdos lo llenan de dulces resonancias y hondos estremecimientos. En ella todo se hace pasado, hasta el barrio del Cristo con sus casitas iguales y flamantes, muchas de las cuales aun no han empezado a latir con las vidas y los corazones que las aguardan... Es ese nuevo barrio que visitamos, debido a la inspiración del señor cura párroco, y al celo protector del Estado, con sus jardincillos de trepadores y glicinas y todas sus esperanzas risueñas.

ALEGRÍAS Y RIVALIDAD. DES Y «CARTA DE VIL- LAZGO»

Durante la siguiente jornada, la deslumbradora luz del día devuelve a la villa de Estepona sus contornos reales y su acomodamiento a la vida cotidiana. Por el lado de Poniente es el último gran pueblo de Málaga. Más allá, pasado el río Guadiaro, comienza la provincia de Cádiz. Así se acentúa en este último (tal ocurre siempre en los límites) los rasgos más acusados del malagueñismo, esa hermosura al degaître, a la vez inocente y bravia, que trae en el alma el pescador si es hijo, igualmente, del mar y de la montaña.

Quando se llega a Estepona, procedente de Marbella, se deja una beldad acicalada y coqueta por una hermosura natural que apenas vislumbra sus encantos. Marbella y Estepona viven desde hace siglos una de esas curiosas rivalidades que no dejan de sorprender al viajero. Ambos pueblos envían a la pesca sus laúdes y sus trañías, pero éstas no acaban de unirse en la común faena, ya que de ser así se escucharían pronto, de una y otra parte, los más insólitos improperios.

—¿A qué se deben estas rivalidades de los pueblos vecinos?
—pregunta Paulina Ferrand, sorprendida.

—En el caso de Estepona y Marbella se impone apreciar en toda su extensión el carácter esforzado y heroico de los esteponeros, reflejado en su larga y accidentada historia. Los historiadores hacen resaltar la fidelidad de la antigua Astapa a los cartagineses (la población era de origen libio-fenicio) que hizo de la defensa de sus torres y murallas otro heroico y abengado Sagunto. Andando los tiempos, sería arrasada nuevamente por mandato de Enrique IV, enconado contra los Reyes de Granada, y de entonces data sobre las ruinas de Estepona la Vieja el pueblo actual con su castillo. Pero unida a Marbella, tan aguerrida plaza carecía de propia jurisdicción hasta que Felipe V la hizo villa independiente en la célebre «Carta de villazgo» cuyo original se conserva en el archivo del Ayuntamiento.

—No deja de ser pasmoso—considera Paulina—que aún haya el eco de estos lances en esos pobres pescadores que seguramente los ignoran.

PERSONALIDADES DE ES- TEPONA. EL PUERTO

He invitado a Paulina Ferrand a visitar a algunos amigos. Nada nos envanece más que contar con amigos en tantos lugares de España, gentes a las que hemos escuchado y con las que hemos conversado en largas y cordiales pláticas.

—Insisto a usted una vez más—digo a mi joven compañera—en que España son estas gentes cuyos caracteres aún no han perdido su enlace con los típicos individuos de nuestra raza que han paseado el mundo en otras edades y que no acaban de extinguirse—pese a los banales esfuerzos de Madrid—porque su aliento no es de ahora.



La torre de San Francisco. Al fondo, las cimas de sierra Bermeja, nevadas durante los primeros días de febrero último (extraño caso en este litoral). En primer término, la calle Real de Estepona

El historiador de Estepona, don Francisco Aragón, vive en Málaga hace ya muchos años. Acaso no haya alusión o referencia a la patria chica que éste no haya anotado amorosamente en sus cuadernos. Comparte el amor y conocimiento a su ilustre villa con los estudios cervantinos y la devoción a nuestro señor Don Quijote de la Mancha. En Estepona vive su familia, hermanos y sobrinos... Allí, en la vieja farmacia, que regenta su hermano don José, hallamos al joven médico, don Eduardo Aragón; al párroco, don Manuel Sánchez Ariza, y al Alcalde, don Francisco Arbós. Todavía las reboticas son lugares de reunión y de plática en muchos pueblos de la vieja España. Hablar en Estepona de la familia Aragón es aludir a la misma tradición de la villa y a cuanto en ella hay de ilustre y noble. Estos amigos nos acompañan al hospital de la Caridad, perfecto en su clase, que estrena a la sazón un nuevo equipo quirúrgico, a la Cooperativa Agrícola, antiguo póstito, ejemplar en toda la provincia.

Caminamos hacia el puerto, a un kilómetro de la villa. El puerto está en obras. Se reconstruyen y prolongan sus espigones, se draga la pequeña dársena, siempre amenazada por la acumulación de las arenas, a fin de dar cumplido albergue a las naves de los pescadores. Hoy se deja sentir en todo el litoral de España la crisis pesquera, debida a múltiples causas y, no en pequeña escala, a los brutales procedimientos de captura puestos en boga por los polvoristas y dinamiteros del mar, pero las eternas prácticas y manobras de esas milenarias artes siguen caracterizando los trabajos de los pescadores en Estepona, como si la nave que hay junto al castillo de su escudo les inspirase siempre el camino que no han de abandonar. De antiguo ha sido Estepona uno de los pueblos más pesqueros del Mediterráneo,

y muchas ciudades del interior de España como Madrid, Ciudad Real, Cáceres, Jaén y Badajoz han sido sus mercados. Cuando en 1942 se acentuaba la campaña en pro de la extensión, limpieza y prolongación del puerto, ésta apoyaba sus exhortaciones al Poder público en el interés nacional. Aquel año contaba ya la flota de Estepona con treinta y nueve barcos, en un total de mil cincuenta toneladas, y en sólo veinte días de aquel año la entrada en el puerto arrojaba cerca de mil toneladas de pescado. La actividad de sus seis fábricas de salazones era bien conocida en todo el área del país.

Desde uno de los espigones del puerto, miramos a Poniente hasta Manliva, en la sierra, y la barriada de Sabinillas, sobre el mar, y sabemos que allá, junto al cabo Sardina, está la raya del Guadiaro y el límite de la provincia de Málaga con la risueña Cádiz.

«PEDID Y SE OS DARÁ»

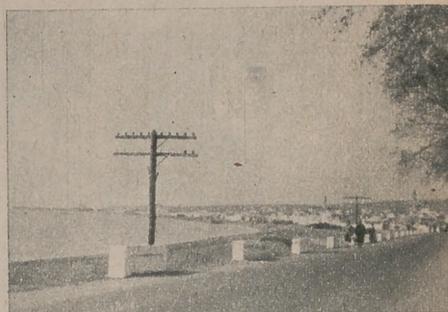
De regreso al centro de la villa, hemos almorzado en Miramar, en la terraza de cristales, nos acompañan los Aragón, el señor párroco, el Alcalde y otras personalidades. Don Manuel Sánchez Ariza, el cura párroco, nos ha prohibido hablar de su labor en este pueblo.

—Pero el barrio del Cristo se debe a su esfuerzo y a su perseverancia... Y las nuevas escuelas, y...

—Nada habríamos hecho sin la protección del Estado y traer a colación nuestros pretendidos méritos sería adornarse con plumas ajenas.

—Sin embargo, padre, ni el Estado ni la corte celestial se moverían sin nuestro esfuerzo y el valor de nuestras propias acciones. «Pedid y se os dará», dice el evangelio.

—Sí, Madrid está lejos—tercia



Llegada a Estepona desde Málaga

uno de nuestro comensales—, hay montañas y llanuras hasta llegar a sus rascacielos de hornigón y a sus arcos fluorescentes, hace falta un gran esfuerzo para atraer la mirada sobre esta nave anclada junto al castillo que hay en el escudo de Estepona.

A LA VISTA DE CALPE

Las primeras horas de la tarde se han anunciado por una fresca luminosidad. Desde la carretera de Cádiz contemplamos, clara y distintamente, la roca de Gibraltar amarrada a la costa por hilos invisibles y coronada de brillantes nubecillas.

—Es como una isla que cambia, constantemente, de color—exclama Paulina, extasiada, fijando sus ojos en la adusta Calpe.

—Isla fué para los antiguos periplos. Y así la imaginaron los aedas... Recuerde usted la descripción de la «Odisea»: «...Isla poblada de árboles en la que tiene su mansión una diosa, hija del terrible Atlante, de aquel que conoce todas las profundidades del mar y sostiene las grandes columnas que separan la tierra del cielo».

(Fotografías de Aragón y Goitre.)

SOLIAMOS reunirnos después de comer en un bar de la calle Ancha. Una fila de mesas llenaban casi por completo la acera; un toldo nos amparaba del cuchillo de sol que atravesaba la estrecha calle, que, a pesar de su estrechez, es la más ancha del casco urbano de Cádiz.

Agosto estaba más que mediado, pero corría un airecillo fresco que movía las cortinas blancas de la casa de enfrente. Lo recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer y lo seguiré recordando mientras viva. Hay días que no se olvidan nunca, que son como el centro de toda nuestra vida, como si hubiésemos nacido sólo para vivir esos momentos y lo demás no fuera sino circunstancial.

Solíamos reunirnos a tomar café mientras charlábamos de un sinfín de cosas sin importancia. Venían a la tertulia algunos oficiales del Cuerpo Jurídico de la Armada compañeros de Virgilio Manzano, un catedrático del Instituto y algunos que, como yo, estaban estrenando su nombramiento de jefe de Negociado en una de las múltiples delegaciones

de la Administración. Eramos gente joven y casi todos—Mariano era del Cuerpo General de la Armada—proveníamos de la Universidad; por tanto, el tema central de la charla era, las más de las veces, el literario. El que más y el que menos se permitía el lujo de hacer un soneto o había conseguido, sin acabarlo nunca, un guión de cine.

En realidad, con quien tenía mayor amistad era con Virgilio y Mariano. Casi todos ellos tenían trabajo por la tarde. Pero nosotros tres éramos jóvenes y solteros; preferíamos, por tanto, la libertad al desahogo económico.

Quando daban las siete se disolvía la tertulia. De los que no se habían ido antes a su trabajo, unos se iban al cine; otros a sus casas; casi siempre nos quedábamos los tres solos, y entonces decidíamos lo que habíamos de hacer por la tarde. En Cádiz no faltan en el verano lugares a donde ir y más aun cuando se es joven y se lleva la alegría dentro de uno mismo.

Aquel día era un día extraño. No fué sólo un día señalado porque luego ocurriera lo que ocurrió, no. Desde por la mañana se presentía algo raro en el ambiente, parecía que la atmósfera pesaba más sobre nuestras cabezas y, sin embargo, corría un alre fresco, poco corriente en aquellas fechas. El cielo no estaba tan azul como otras veces, con ese color azul que tiene el cielo de la bahía. Pero esto quizá sean figuraciones. Todos los recuerdos de ese día vienen envueltos por una aureola de muerte y desolación.

Aquella tarde nos quedamos solos los tres, como otras veces; pero nadie rompió el silencio. Virgilio golpeaba el mármol de la mesa con su cachimba, en ese tictac que a mí otras veces me ponía tan nervioso. Mariano no había abierto la boca en toda la tarde. El, que siempre era el más animado de los tres, quien llevaba la voz cantante, estaba apagado y silencioso.

—¿Qué te pasa?—le pregunté.
—No sé; me encuentro mal.

Virgilio cesó de golpear con la cachimba en la mesa.

—¿No será todo culpa de esa morenucha?
La salida de Virgilio disipó aquel silencio lánguido, como si asustara a los fantasmas tristes que pesaban sobre nosotros.

AMANECE EN LA PLAZA DE ESPAÑA

(Apuntes de una
noche trágica)

NOVELA

Por Ramón SOLIS



—Eso será, probablemente—insisti yo tratando de sonsacarle.

—Lo de la morenucha, como tú dices, va sobre ruedas.

Aquella mujer de la que se hablaba traía taciturno a Mariano desde hacía días. Las gaditanas saben muy bien el arte del «tira y afloja». No se confían a los primeros requiebros y son desconfiadas o lo aparentan disimulando hasta el último momento sus sentimientos. Son resabios de la vieja Andalucía, exagerados aún más en aquella ciudad abierta a todos los caminos del mundo, en donde se acoge al forastero, venga de donde venga, con simpatía cordial, sin preocuparse de quién es, pero a quien no se entrega así como así un cariño. Mariano era, por otra parte, marino—de los del ancla coronada, pues los del ancla descubierta se llaman allí «mercantes» simplemente—, y esto era un buen lastre para él, pues la desconfianza aumenta en estos casos.

Lo cierto es que Mariano parecía que estaba muy interesado por aquella muchacha y que ella, si bien unos días parecía darle cuerda, otros, en cambio, le cortaba las alas a sus ilusiones. Con esto el interés de Mariano aumentaba y él, que tan seguro estaba antes de sí mismo, había capitulado ante aquella muchachita morena, que apenas contaría dieciocho años. Por las tardes, a última hora, cuando íbamos al Náutico, siempre nos dejaba para irse con ella. Casi siempre volvía con nosotros después que la muchacha se iba con las amigas, y venía jublloso y alegre. Un día, que vino sin ganas de charlas, recuerdo que me dijo Virgilio por lo bajo:

—A ése le han dado calabazas.

—¿Tú crees?

—No te quepa duda.

—¿Entonces crees que ella no lo...?

—Eso no se sabe. Probablemente es una calabaza con invitación a la repetición.

Desde entonces los regresos de cara alegre se alternaban con los taciturnos.

Pero aquella tarde Mariano parecía preocupado, su gesto no era como otras veces, al gesto de abstracción, de estar lejano de todo lo que se habla, que es el que corresponde a quien, como él, atraviesa tan dura prueba de amor propio castigado. pues, en lo que a mí respecta, no creo en el amor de fognazo. Estaba como cansado, abúlico e indiferente.

—Nos estamos poniendo tristes y aburridos, y yo, francamente, tengo ganas de divertirme—dijo Virgilio—. ¿Por qué no nos vamos por ahí?

Yo le di la razón, pero Mariano insistió en que no se encontraba bien.

—Creo que lo mejor es que me vaya a la Residencia.

—¿Cómo te vas a marchar a casa tan temprano? ¿Y la chavala?

—Me dijo que hoy no saldría; además, no me encuentro bien. Lo mejor será que me tome una aspirina y me acueste a leer. Así, mañana estaré perfectamente.

—Hombre, no fastidies.

—Naturalmente, tiene razón Virgilio; es absurdo meterse en la cama no estando enfermo. Vamos a tomarnos unas copas al Telescopio y verás cómo te animas.

—Estoy cansado y no tengo ganas de nada.

—Para el cansancio lo mejor es un vinillo que tienes en un sitio que yo me sé. Remedio único, ya lo verás.

Pero todo fué inútil. Insistió en que era mejor acostarse después de tomar una aspirina, aunque perdiera la tarde, que no dejarse dominar por aquella enfermedad que presentaba cercana.

—Eres un quejumbroso. ¡Bah! ¡Como si no fueras a morirte igual cuidándote que divirtiéndote!

No teníamos otra cosa que hacer y lo acompañamos con la esperanza de que se arrepintiera. Bajamos por la calle Ancha para coger por la de Novena. Al llegar a la plaza de Varela, Mariano decidió comprar algún libro para leer en la cama. Fuimos con él a una librería de la calle Columela, donde revolimos los estantes en busca de algo que valiera la pena.

Mariano no se decidía por ninguno.

—Caray, escoges el libro como si no te fuera a dar tiempo más que para leer uno. Llévate un «Coyote» y en paz.

Mariano compró *El bosque animado*.

—Es el único libro de Wenceslao que no he leído y hoy me irá muy bien leer un libro sentimental. Virgilio se indignó.

—¿Un escritor sentimental? Hombre, no digas eso. Si es el más divertido de los escritores.

Mariano insistió en el sentimentalismo del escritor gallego, Virgilio en su opinión, y animados por la charla continuamos caminando por la calle San Francisco, camino de la Residencia de Oficiales.

Pana ir a la Residencia de Oficiales en una tarde de verano como aquella, fresca y agradable, lo mejor era hacerlo andando por la carretera del Astillero. La fisonomía de la ciudad ha cambiado notablemente en estos últimos años. Mis lectores no podrán ver ahora las mismas cosas que nosotros vimos aquella tarde; nosotros mismos no podríamos verlas al amanecer del día siguiente. Hoy Cádiz es una ciudad que crece, que mejora por días, que ha despertado de aquel sueño que comenzó con la pérdida de las colonias, y ha despertado llena de actividad, ansiosa de recuperar lo perdido.

Como digo, aquella carretera del Astillero, que ahora corre entre paredes enclavadas dentro de la zona más industrial de la ciudad, no tenía hace seis años esa actividad. En donde ahora se construyen nuevos muelles había cenagales con olor a pescado podrido; el dique era un sueño olvidado entre barracas de madera. Al lado de la vía del tren vivían multitud de seres apiñados en casuchas de lata entre altas murallas y hierbajos sucios de carbonilla. La ciudad estaba aún dormida y sus hombres no esperaban nada ni tenían ilusiones...

Aquel día me pareció más triste que otras veces aquella carretera. Aquella era la zona en la que la ciudad aspiraba a tener un corazón industrial que sustituyera al esplendor de su comercio de otros tiempos. La carretera por la que caminaban todos los obreros de la ciudad camino del Astillero, única realidad de tantos proyectos irrealizados hasta entonces.

Dejamos a Mariano en la puerta de la Residencia de Oficiales, al lado de la Fábrica de Torpedos, un poco más arriba de la Casa de Cuna, y volvimos de nuevo sobre nuestros pasos camino de la ciudad.

Cuando nos encontramos de nuevo en la plaza de San Juan de Dios, frente a la estatua de Moret, Virgilio decidió poner fin a aquel aburrimiento extraño que nos dominaba.

—Oye, creo que unos vasos de vino nos están haciendo falta.

Entramos en uno de los cafés que se alineaban frente al muelle y nos sentamos ante una de aquellas mesas, cara al mar, entre el bullicio de los vendedores y los marineros.

—Media botella de fino de la casa.

Virgilio, que aquella tarde estaba nostálgico, me contó que cuando él era niño aquellos cafés del muelle eran alegres y estaban llenos de vida.

—¿Es que ahora no lo están?

—No tiene comparación. Antes todos ellos tenían sus altavoces, que atronaban el espacio con cante flamenco. Flamenco de aquí abajo: alegrías milongas, bulerías, caracoles... Mi padre solía venir a estos cafetines a comprar las libras de tabaco habano y las cajas de puros de con rabano. Entonces no era como ahora, que el contrabando se hace yendo a las casas de los estraperlistas, que guardan el tabaco junto a impermeables de plexiglás y barras de labio traídas de Gibraltar o de Tánger. Antes el contrabando era algo muy distinto. Estaba más perseguido que ahora, o, por lo menos, los que lo pasaban tenían conciencia de su oficio y le daban una cierta aureola de misterio. Mi padre y yo llegábamos y nos sentábamos en una de las mesas. Yo era un niño y probablemente mi padre me llevaba para despistar. En muchas mesas había marineros, que eran casi siempre los que traían el contrabando; en otras, compradores. El camarero iba de una mesa en otra haciendo de enlace, llevando ofertas y trayendo contestaciones. Por fin se cerraba el trato. Se pagaba la consumición al camarero, incluyendo el importe de la libra de tabaco o de la caja de puros y se guardaba con disimulo bajo la chaqueta el paquete, envuelto en papel de periódico, que el camarero sacaba en momento oportuno de debajo de su chaquetilla blanca. Entonces había movimiento de puerto. Eran otros tiempos...

II

En aquellos días el Náutico era una casa pequeña, de madera, en donde se charlaba con las muchachas en un ambiente acogedor y simpático, al lado del mar. Cuando se quería bailar se iba al

Tenis, en donde por el verano había una orquesta. Cuando revivo estos recuerdos es cuando mejor comprendo lo mucho que ha variado la ciudad estos últimos seis años. Ahora el Club Náutico ya no es aquel edificio de madera, sino que tiene un lujoso local; también ha cambiado de sitio; si hubiera permanecido en el lugar de antes estaría, lejano al mar, detrás de un muelle recién construido. Le hace a uno viejo pensar cómo ha variado todo en una ciudad que hacía siglos permanecía invariable al paso de los años.

El Tenis permanece en su sitio. Todo está como aquel día en que Virgilio y yo, alegres por el vinillo de Chiclana, atravesamos su verja de hierro con ánimo de oír música moderna y bailar alguna que otra pieza.

Estaban entonces de moda las canciones de Antonio Machín, que actuaba todas las noches en el Cortijo de los Rosales, y todas las orquestas tocaban la música lánguida que el público pedía. Las letras de las canciones eran las más de las veces absurdas e incluso cursis; pero la letra era lo de menos; la música pegajosa, empalagosa y sentimentaloides iba bien con el momento. Sobre todo en aquella tarde lánguida, que parecía desparezarse como si quisiera retrasar la llegada de la noche, de aquella noche cruel.

Bailamos, bebimos en la barra, volvimos a bailar. La cadencia de la música era cada vez más lánguida. Oscurecía. Un airecillo tenue movía las ramas de los árboles sobre nuestras cabezas. En las mesas que rodeaban la pista había infinidad de muchachas conocidas; pero a nosotros nos inquietaban más las veraneantes. Tenían el extraño aliciente de lo desconocido.

Virgilio se había sentado en una de las mesas acompañando a una muchacha, con quien acababa de bailar. Yo estaba solo en la barra. Era necesario acercarse a una de aquellas muchachas si no quería pasar el resto de la tarde a solas. Quizá fuera, sin embargo, mejor aquella soledad.

—Adiós, Adolfo.

Volví la cabeza.

—Ola, Carmiña.

Carmiña era una muchacha de El Ferrol, hija de un militar destinado a la ciudad hacía menos de un año. Nos la habían presentado algunos días antes en el Náutico.

—¿Te vas ya?

—Sí; tengo que ir temprano a casa.

Con Carmiña iba otra muchacha. Hasta entonces no me fijé. Era una de esas muchachas que pasan inadvertidas a primera vista, de esas mujeres que es necesario conocer y tratar para caer en la cuenta que son bonitas. Carmiña me la presentó, pero no recuerdo el nombre. Sin embargo, aquella muchacha está vinculada a mí y lo estará siempre mientras viva, como si hubiera pasado a su lado años enteros.

No sé por qué, las acompañé. Quizá porque estaba aburriéndome en la barra del bar o porque tenía que seguir mi destino. Lo cierto es que salí con ellas. Carmiña vivía un poco más arriba, en los pabellones de Artillería; el paseo sería corto. Le insté a que diéramos antes una vuelta.

—No; de verdad, tengo que ir a casa temprano.

Fuimos por la acera del parque, bordeando la verja. Dentro estaban quitando ya los cables de la iluminación de la Velada de los Angeles, que el día anterior había terminado. En aquel paseo, el más melancólico de la ciudad—limitado a un lado por la verja del parque; al otro, por los cuarteles; orlado por dos líneas de castaños de Indias—, sonaba más melodiosa que nunca la risa de Carmiña.

—Vamos a dar una vuelta por la Alameda; son aún las nueve y media.

—No, no puede ser; de verdad.

Hasta las negativas eran dulces en su voz, en su acento gallego. Carmiña no era guapa, pero atraía poderosamente con su mirada dulce, su voz melosa, su risa...

Ya en la puerta de los pabellones, cuando Carmiña, tras de despedirse de nosotros, subía corriendo las escaleras, caí en la cuenta de que su amiga estaba a mi lado. Entonces paré mientes en ella. Como siempre que nos presentan a alguien, había olvidado su nombre; no era correcto preguntárselo; por otra parte, no me interesaba tampoco gran cosa. Me ofrecí a acompañarla.

—Vivo en uno de los chalets de la playa. He de ir a tomar el tranvía.

—Podemos dar una vuelta por la Alameda. Aun es temprano.

Tenía acento andaluz, pero no tan fino como el de Cádiz.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No; soy sevillana. Estoy aquí veraneando.

Yo le dije los requiebros que se dicen en estos casos. Como ocurre siempre que nos presentan a alguien, me esforcé en parecerle simpático. Hablamos de temas intrascendentes por no quedarnos callados. Al llegar al recodo que el paseo hace delante del Gobierno Militar, nos paramos junto a la balaustrada para ver el mar.

La balaustrada de cemento que circunda a esta parte de la ciudad es siempre una tentación. Es probable que el amor por el mar que hay en el corazón de todos los habitantes de la ciudad se ha engendrado en este trozo de muralla sobre la que se alza la balaustrada. Es allí donde las aguas de la bahía se confunden con las del Océano, donde los barcos marcan su ruta, donde se puede ver toda la belleza de una puesta de sol en el mar. Allí, enfrente, está América, muy cercana a pesar de la lejanía. El mar no separa, acerca, creando una inquietud; allá abajo, África, con su poderosa atracción misteriosa.

De todo esto le hablaba yo a aquella muchacha, acodados los dos en la balaustrada.

—Me gustaría ser hombre y marino.

Es lo que dicen siempre las mujeres cuando se enfrentan con el mar.

—Yo, en cambio—le dije—, quisiera ser sólo viajero.

Sí, viajero, viajero con libertad de acción, con amplios poderes sobre mi voluntad. Cádiz y San Fernando son como un barco atracado a la costa. El puente de Suazo es la pasarela; en Cádiz no se quiere ser marino; se es ya desde el momento que se atraviesa el puente, por eso allí se siente de otra manera y en los hombres no hay ansias por el mar, sino esa inquietud de los viajeros marinos de altura, la inquietud de querer estar en todos los sitios al mismo tiempo. Ansias de viajero, no de marino.

Otras regiones de España han dado los lobos de mar y los navegantes. Este trozo de mar, esta encrucijada de caminos que se ve asomado a la balaustrada, flotando sobre ese mar abierto, es el que hace que el gaditano salga al mar, que el hombre humilde se enrola de camarero, de carpintero, de electricista en los grandes vapores de turismo, que los estudiantes de Medicina del último curso sueñen con terminar la carrera para marcharse de médicos en uno de aquellos barcos y que el que se hizo piloto se pase la vida saltando de barco en barco, de línea en línea, con la inquietud de conocer países extraños. Son ansias por ver lo que hay detrás de ese mar, que es como una muralla ante nuestros ojos, no de surcarlo, que es la vocación del marino, sino de rebasarlo, que es la inquietud del viajero.

Aquel día el mar estaba tranquilo, rizado, pero manso, como un perro gigantesco que durmiera a nuestros pies.

La luna estaba aquella noche roja, muy roja, inquietantemente roja. Recuerdo que a poco de inclinarnos sobre la balaustrada ella tuvo miedo.

—Nunca he visto a la luna así. Es horrible; parece como si ardiera.

—No te preocupes.

¡Qué tenía el mar aquella noche! En el cielo no se veía ni una estrella; sólo la media luna rojiza. El mar estaba silencioso como nunca; sólo se oía el batir lento y acompasado de las olas contra el malecón. ¿Qué presagio extraño había en todo?

—Tengo frío—me dijo con voz quebrada.

Y ciertamente lo hacía. Nunca sabré si éste fue un frío natural o un soplo de ese mundo desconocido de los presentimientos. Pero no, no era extraño aquel frío. Todo el día había estado medio nublado y soplaban un aire fresco. Tampoco era extraño que la luna estuviese rojiza; cuando se puso el sol, las densas nubes blancas se tificaron de rojo. Virgilio y yo, que íbamos para el Tenis, estuvimos un rato mirándonos. Pero lo que sí era cierto es que todos andábamos algo desasosegados, que los nervios presentían algo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos diez.

—A las diez nos marchamos, si te parece. Se está muy bien aquí.

En aquel momento, a nuestras espaldas surgió una luz extraña que iluminó la torre de la iglesia del Carmen; la luz aumentaba de manera horrible, la atmósfera se cargó hasta hacerse irrespirable. Había un silencio de muerte y la luz rojiza iluminó



el mar pasando sobre nosotros... Aquella luz oprimía, pesaba sobre nuestros cuerpos...

Los cristales de la farola que estaba a nuestro lado cayeron pulverizados sobre nuestras cabezas. Era un polvo sutil que me heló la sangre, que me impresionó más que el crujido mismo del cristal al saltar...

No sé cuánto tiempo transcurrió. El fregonazo seguía creciendo. No sé por qué tuvimos miedo del mar y huimos de su lado a refugiarnos en una casapuerta. Olvidé que estaba ella a mi lado y corrí. Ella, que aun permanecía sin reaccionar, me gritó:

—¡No me dejes!

Fué un grito desgarrador que me hizo volver atrás. Permanecía sin movimiento y tuve que arrastrarla unos instantes hasta que reaccionó. Nos refugiábamos en el portal de la Comandancia de Ingenieros. La acera estaba llena de polvo de cristal...

Alguien exclamó en las tinieblas del portal cuando cesó el gigantesco estampido:

—¡Gracias a Dios!

Y yo mismo, todos, hinchamos nuestros pulmones para respirar con más tranquilidad. Hasta aquel momento todos pensamos en un fenómeno sobrenatural, en el fin del mundo, en un tremendo castigo del más allá. El estampido, aquel temblor del suelo, aquella calma y aquella oscuridad profunda pusieron paz en nuestra angustia.

—Ha sido una explosión—comentaron a nuestro lado.

En el edificio se oían voces; en la calle, gritos de dolor, agudos llantos de mujer, voces de hombre. Ella estaba abrazada a mí, sus brazos eran como unas ligaduras de las que quería libertarme.

—¡No me dejes, no me dejes!

—Que me ahogas, suéltame. Te prometo que no me voy.

Dos soldados de la guardia del Gobierno Militar pasaron corriendo por la calle; iban gritando, como locos:

—¡A las armas! ¡A las armas!

En el cuartel de Artillería se oía mucho ruido de voces. Un centinela gritaba, asustado en la soledad de su puesto:

—¡Cabo de guardia!

Su voz era un grito de pánico exacerbado. He pensado mucho en aquel grito del centinela. Debí de ser horrible vivir aquellos terribles mo-

mentos sin poderse mover de su sitio, en la soledad de un puesto de centinela lejano y olvidado.

—¡Cabo de guardia! ¡A mí! ¿Qué pasa? ¡Auxilio! Salimos a la calle; las piernas casi no me sostenían. Una oscuridad inmensa aumentaba aún nuestra angustia.

—Mira—me dijo ella, señalando al cielo, y se abrazó de nuevo a mí.

—¿Qué ocurre?

El cielo estaba lleno de estrellas rojas.

—Es una lluvia de estrellas, es fuego lo que cae sobre nosotros.

Luego, cuando supimos lo que había ocurrido, comprendimos que aquellos puntos que se veían sobre nuestras cabezas eran trozos de hierro al rojo que habían sido lanzados al aire por la explosión; pero en aquellos momentos nadie pensaba que pudiera tener una explicación.

Al torcer la esquina del Carmen ella continuaba agarrada a mí, repitiendo una y otra vez:

—¡No me dejes!

A aquella hora era cuando más concurrida estaba la Alameda. La gente había sido sorprendida en pleno paseo por la explosión y había huido, despavorida, a los portales de las casas cercanas. Pasado el pánico de los primeros momentos, las muchachas desahogaban sus nervios llorando. Había grupos de gentes que se preguntaban unos a otros lo que había ocurrido. Algunas personas llamaban a gritos a seres queridos, de los que se habían perdido. Los hombres, con cerillas en las manos, iluminábamos aquellas escenas de angustia y desolación.

—Ha debido ser la santabárbara de un barco.

—Hubiera tenido que estar muy cerca. No creo que fuera eso.

—Es un terremoto—exclamaba otro—. Es posible que se repita.

El pánico aumentaba o se calmaba, según las suposiciones. Una intranquilidad inmensa, un gran desasosiego nos impedía estar quietos. Era necesario huir, pero ¿adónde? Era necesario saber de dónde venía el peligro.

Calmados aquellos primeros momentos, en los que cada cual temía por su propia vida, todo el mundo empezó a pensar en sus seres más queridos.

—¡Llévame a casa! ¡Llévame a casa!—me repetía ella una y otra vez.

La calle Calderón de la Barca era un pozo os-

curo. En el suelo se amontonaban cascotes, cristales pulverizados por la explosión, puertas y rejas de hierro entorpecían el paso. Ella tuvo miedo.

—¡Por otra calle, vamos por otra calle! Ha debido de ser por ahí la explosión.

Seguimos por la Alameda pegados a las casas, tanteando con los pies el suelo. Había más luz que en las calles por aquella parte de la ciudad situada frente al mar, y, sin embargo, apenas se veía. Al llegar al Telescopio vimos nuevos corrillos. Las mesas y las sillas de la terraza estaban todas por el suelo... Un camarero con una botella de coñac en la mano llenaba una copa, que sostenía con mano temblorosa. Luego la alargaba a quien pasara, la volvía a llenar. Pronto los demás camareros empezaron a hacer lo mismo. Cogi con ansia la copa y la bebí; luego me di cuenta que estaba ella a mi lado y le pedí al camarero otra para ella.

—Se la pagaré mañana. No llevo dinero.

—Mañana... si vivimos—me dijo con una mirada que nunca olvidaré.

Había algo que nos amenazaba. Aun no sabíamos qué era; pero nos sentíamos todos en peligro. Hombres y mujeres corrían gritando, llamando a gritos a personas que no contestaban. Subimos por Zorrilla; la gente caminaba en fila, uno tras otro, entre un sin fin de puertas arrancadas de sus goznes, de rejas retorcidas, de cascotes, de vidrio pulverizado. La oscuridad en las calles de la ciudad era, espantosa. La gente se agrupaba al lado de los que, con el mechero o una cerilla encendida, iban marcando el camino a los demás. De las casas salían personas a medio vestir, como locas, preguntando:

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido en el muelle. Se ven muchas llamas por esa parte.

Estas noticias eran acogidas con pánico.

—¡Mi hermano estaba en el Club Náutico!—gritaba una muchacha, angustiada por su suerte.— ¡Que me acompañe alguien a buscarlo!

—No se puede pasar por allí.

—Pero ¿se sabe seguro lo que ha sido?

—No; seguro no se sabe nada. No funciona el teléfono. Se ven llamas por esa parte, como si estuviera ardiendo media ciudad.

—Yo vivo por allí—decía un hombre, anonadado y pálido por la noticia—. Están en casa mi mujer y mis hijos...

En la calle Ancha vimos el primer cadáver. Era un hombre. Las puertas de una casa, al salir despedidas, le aprisionaron, aplastándole, contra la pared de enfrente. Le habían echado por encima de la cabeza su propia chaqueta y le metieron en un coche que pasaba lentamente, abriéndose paso entre los cascotes, rechinando sus neumáticos al aplastar el cristal pulverizado que alfombraba las calles.

—¡Llévame a casa!

—Por aquí vamos mejor. No habrá tranvías y llegaremos antes atravesando la ciudad.

En las farmacias hacían primeras curas. Los médicos curaban en la calle, en las esquinas; sus camisas, sus chaquetas blancas de la hora del paseo, manchadas de sangre. En los bares daban copas de coñac gratis a todo el que lo pedía; en muchos de ellos lo ofrecían a los que pedaban. A veces tenían que insistir.

—Tómese esto, señora. No se preocupe, que ya encontrará a sus hijos. Le hará bien beber una copa.

Algunas personas pasaban con paquetes de algodón bajo el brazo y corrían para llegar a tiempo a cualquier esquina en donde un médico curaba. El algodón, el alcohol, la gasa no había más que pediría en cualquiera de las farmacias.

—¡Ya la pagarán!

Cuando entrábamos en la plaza de Varela llegaban los soldados con sus fusiles montados, que se iban repartiendo por las calles de la ciudad. La explosión había abierto de par en par todas las puertas y todos los escaparates. Los soldados habían de cuidar el orden público.

Continuaban los gritos de angustia, las llamadas de socorro. Los coches transportaban heridos al Hospital de Mora, al Militar, al de San Juan de Dios.

En la plaza de Castelar había un coche parado con la radio puesta. La gente se agolpaba ávida de noticias. Siseaban a la gente que pasaba gritando para poder escuchar. Radio Nacional estaba dando las noticias... Nada; no hablaba de Cádiz. En otras emisoras estaban poniendo música.

Era espantoso oír música de baile estridente en

medio de aquella desolación, en medio de tanto grito de angustia y de tanto dolor.

—Radio Cádiz no funciona.

—¿Y la costera?

—No creo que podamos cogerla. Pero tampoco funcionará.

Sí, sí, funcionaba. Se oían los gritos del locutor, presa del mismo pánico que nosotros. Sus gritos helaban la sangre y todos hubiéramos gritado con él para que nos oyera toda España.

—«Transradio de Cádiz a toda España. Emisoras costeras de la isla Cristina, Ayamonte y Santi-Petri. ¡No tenemos agua! ¡Carecemos de luz! ¡Pedid a todas partes material de extinción y reflectores! ¡Enviadnos sueros y vendas! ¡Hay miles de heridos que no podemos atender! ¡El incendio se extiende por momentos...»

Oíamos aquellas voces con lágrimas en los ojos.

—¡Dios mío, que nos oigan! ¡Que vengan pronto!

—¡Lloraba una mujer.

Ya se sabía algo de lo ocurrido. Habían hecho explosión unas minas que había frente al Astillero. Había un gran incendio y en aquella zona estaban las fábricas de gas, otros polvorines y un depósito de minas aun más cargado que el que había hecho explosión. Las llamas se extendían por aquella zona llena de explosivos y... ¡no había agua para apagarlas!

—¡Hay que huir antes que sea tarde!

Sí; nuestro instinto nos decía que era necesario huir, pero para ello había que atravesar la zona de la explosión, donde el incendio, según decían, había cerrado la única salida.

Pasó un coche conduciendo unos heridos. Lo conducía su propio dueño. La camisa rota, sucia de polvo y de sangre.

—¡Hace falta transportar heridos! ¿Qué hace ahí con el coche parado?

La Transradio de Cádiz seguía comunicando.

—«Cádiz os ruega que vayáis de prisa, muy de prisa. La situación en la zona afectada es angustiosa. No disponemos de detalles. Pero hacen falta médicos y soldados para descombrar... ¡Atención, isla Cristina, Ayamonte y Santi-Petri! ¡Rogad, suplicad que fuercen la marcha sobre Cádiz! ¡Si no atajamos los fuegos habrá otra explosión...!»

El dueño del coche lo puso en marcha y se fué hacia el lugar del incendio. No debió llegar hasta allí, pues cuando llegamos nosotros a la calle San Francisco, acortando por Santo Cristo, subía ya con heridos para el Hospital de Mora.

No recuerdo más que detalles imprecisos de esta marcha hacia el lugar del siniestro. Era preciso ayudar a los demás. Según decían los que venían trayendo heridos, había infinidad de personas bajo los escombros. Era necesario que fuera más gente a ayudar. En las calles había más luces. Los coches particulares iluminaban a su paso con sus focos las calles oscuras. En algunas esquinas había puestos de urgencia, donde médicos actuaban sin descanso ayudando por estudiantes de medicina, vendando y curando a la luz mortecina de una vela.

La tripulación de un barco de guerra atracado en el puerto suministraba agua, un potente reflector daba pasadas por la zona siniestrada. Los que habían ido a ayudar se amontonaban contra el cordón de soldados que cerraban las puertas.

—No hace falta más gente. Hay peligro de una nueva explosión, retírense. Váyanse al otro extremo de la ciudad y digan a la gente que se vayan a las plazas. De un momento a otro habrá una nueva explosión. ¡Váyanse lejos!

Un montón de muchachos jóvenes insistían en entrar.

—Déjenos pasar, venimos a ayudar. Desde aquí se oyen los gritos de los que están entre los escombros.

—No se puede. Hay orden de no dejar pasar. Hay más que suficiente entre soldados y marineros. En vez de ayudar entorpecerían el trabajo.

—Yo soy oficial, déjeme pasar.

En los primeros momentos había entrado un gran número de hombres de la población civil, que, junto con las fuerzas que vinieron de San Fernando y los soldados de Infantería colaboraron muy eficazmente. Después no dejaron entrar a nadie. La medida era justa, pero los que estábamos allí no podíamos consentir que nos dejaran con las manos quietas, mientras otros trabajaban en aquella labor humanitaria.

Ella me retenía, quería que la acompañara a su casa.

Pero ya no dejaban salir. Era expuesto atrave-

sar aquella zona, esperándose como se esperaba una nueva explosión. Los soldados impedían el paso. El pánico de sentirse acorralados dentro del casco de la población sin poder salir llegaba a sus límites en aquellos lugares.

Volvimos sobre nuestros pasos. De un momento a otro podríamos morir. Era necesario hacer algo para que la muerte no nos sorprendiera de una manera estúpida. Si al menos le hubieran dejado a uno esperar la muerte, salvando a los demás de entre los escombros o luchando con las llamas del incendio... Pero no, teníamos que esperar por las plazas de la ciudad mientras otros hombres luchaban contra el peligro.

III

Los guardias municipales habían ido por las calles, advirtiendo a la población civil que abrieran todas las puertas y ventanas de las casas. Ninguna habitación debía quedar cerrada por temor a la próxima explosión. En realidad, no hacía falta esta advertencia, en toda la ciudad habían saltado las puertas y tabiques de las habitaciones que estaban cerradas. Ya estaba todo abierto de par en par.

—La gente debe irse a las plazas—decían los guardias.

Nosotros nos fuimos a la plaza de España. En el suelo, hacinados como en un campo de concentración, había infinidad de personas. Ella iba cogida de mi brazo, no hablaba, ya no me pedía que la llevara a su casa ni que no la abandonara. Caminaba a mi paso, cogida fuertemente de mi brazo, lloriqueando al principio, luego en silencio, pero pálida y nerviosa.

Aquella mujer me molestaba enormemente para todo. Por su culpa no pude intentar colarme entre el cordón de los soldados para ayudar a desescombrar, como hicieron otros. Chillaba y se aferraba a mí cuando veía que me apartaba de su lado.

Al día siguiente —si había día siguiente— todos hablarían de lo que habían hecho aquella noche. Yo tendría que decir que me la pasé en una plaza, esperando al lado de una mujer desconocida. Estaba enfadado conmigo mismo y de rebote con ella.

Nos sentamos sobre el césped del jardín, junto al monumento. Hasta allí no habían llegado los cascos, y la hierba baja, fresca y acariciadora nos pareció un mundo distinto que hacía concebir esperanzas.

Por el aire volaba una avioneta. Gracias a Dios nos habían visto, sabían en el resto de España lo que nos ocurría. Esa avioneta era el adelantado de una ayuda que pronto comenzaría a llegar. Pero el peligro continuaba. Los coches seguían pasando camino de la Alameda, trasladando heridos. Casi todos llevaban la radio encendida. Sus faros iluminaban la plaza, luego de nuevo la más negra oscuridad.

Ella había puesto la cabeza sobre mi hombro. Creí que dormía, pues estaba tranquila y ya no lloraba, sin embargo, continuaba cogida a mi brazo y a un leve movimiento mío se aferró con más fuerza.

—Es horrible todo esto. No sé cómo he tenido fuerzas para soportarlo.

—Duérmete. Estás muy cansada.

—No; no quiero que me sorprenda la muerte estando dormida.

—No digas eso. No ocurrirá nada.

Es espantoso morir así. Sin haber hecho nada bueno en la vida.

—Calla, por favor.

La gente comentaba a nuestro alrededor. Cada uno traía una noticia. En el Hospital de Mora, los médicos no daban abasto. La falta de luz entorpecía su labor; había que operar las más de las veces en medio de tinieblas. En la puerta, la sangre daba una pátina macabra al mármol. Los pasillos estaban sucios de pisadas con marcas de sangre. Cada cual contaba con toda clase de detalles la impresión de los primeros momentos. En cada sitio había sido distinta la impresión. En todas partes, horrible. En el cine Gades, la pantalla en plena proyección dió paso al resplandor de la explosión. Una mujer contaba más allá de nosotros:

—Vimos de pronto el resplandor inmenso, después un gran agujero en donde debía estar la pantalla y a través de él, el cielo repleto de estrellas rojizas. La gente se dispuso a huir, presa de pánico, arrollándose unos a otros...



Ella se agitaba a mi lado impresionada por las narraciones de los demás.

—Duérmete.

—No te vayas de mi lado.

—Si no me marchó. ¿No ves que estoy a tu lado?

Se apretaba contra mí lloriqueando.

—No te vayas. No te tengo más que a ti.

Sentí una ternura inmensa hacia aquella mujer. Aquella mujer desconocida que había llegado hasta mí, impulsada por la casualidad, en momentos tan decisivos de nuestra vida. Sentí de pronto unos deseos inmensos de profundizar en su vida, de conocerla en toda su intimidad. Aquella mujer era para mí hasta hacia unos momentos, una de tantas mujeres a las que se conoce, con quien se hablan unas palabras intrascendentes y que luego ni recordamos al cruzarnos con ella por cualquier calle. Ahora era distinto. Hacía unos momentos me había dicho que era lo único que tenía. Sí; yo también me sentía muy solo, lejos de los míos. No tenía en mi vida otra realidad que aquella mujer desconocida.

—Háblame de ti. Apenas nos conocemos.

—Mi vida no ha tenido momentos que valga la pena contar.

—La mía también es vulgar.

—Ahora más que nunca me doy cuenta de lo absurda que fué mi vida hasta ahora, la vida inútil de una mujer que sólo pensó en divertirse.

—No digas tonterías, ¿qué otra cosa ibas a hacer? Eres muy joven.

—Nunca pensé en los demás, hay gente que sufre, que pasa hambre y tiene necesidades; yo, mientras tanto, vivía al margen de su desgracia. Me gustaba coquetear con los muchachos, tenerlos pendientes de mí. Mi padre me daba para mis gastos una cantidad de dinero fija. Un día supe que era superior a la paga de un muchacho que me pretendía. Aquel muchacho me agradaba, pero fui cruel con él. Sí; fui una ambiciosa, pensé que no podría soportar una disminución en mis gastos. El había hecho una oposición, tenía una carrera, se había pasado la vida trabajando para costearse sus estudios... Y yo gastaba en tonterías la misma cantidad que para él había sido la meta de unas ilusiones. Es espantoso volver la vista atrás en estos momentos.

—Yo también tengo muchas cosas de las que arrepentirme.

—Tú eres un hombre; los hombres tenéis más oportunidades para redimiros. Estudiáis desde que sois niños, luego la carrera, la lucha por la vida... Tú vives de tu trabajo, ¿no?

—Mis padres se sacrificaron por mí para darme una carrera. Ahora apenas me acuerdo de ellos. Hasta ahora no se me ha ocurrido pensar que puedan estar pasando necesidades. Yo me gastaba mi sueldo tranquilamente sin privarme de nada.

—Mi padre tiene dinero. No le importa que yo gaste cuanto quiera. Pero, ¿de qué sirve el dinero? ¿Podemos acaso comprar ahora la libertad? ¿Podemos con él... alejar la muerte de nuestras cabezas?

—Y, sin embargo, nos pasamos la vida luchando por él.

—Yo me siento oprimida por lo mucho que he gastado. Ha sido el dinero lo que me ha hecho inútil. Si yo me muero no dejaré la más leve señal tras de mí. Ni siquiera un recuerdo... Me he pasado la vida dejando transcurrir los días tontamente.

—Pero eres una buena chica, eso tiene su mérito.

—No tiene mérito serlo. Vivimos un ambiente que nos protege. Las más de las veces no es virtud, es temor al qué dirán, a las costumbres...

—Sin embargo, yo daría cualquier cosa por tener tu tranquilidad de conciencia.

—Mira... ¿te acuerdas hace un rato cuando oíamos la radio del coche? Pues bien: cuando yo oí aquella música comprendí muchas cosas. Retransmitían de una sala de baile y se oían las risas, las conversaciones intrascendentes de la gente sobre el fondo de la música. ¿No te parecieron horribles esos seres monstruosos que bailaban en aquellos instantes en que nosotros sufríamos inmensamente? Parecía que bailaban sobre nuestras cabezas, pisoteándonos...

—Sí; pero, ¿ellos qué sabían?

—Siempre ocurren cosas horribles en la vida. Es muy triste pensar en ello y preferimos aturdirnos y olvidarlo todo.

—Tienes razón.

—Si salgo con vida de ésta no volveré a bailar.

—¡Bah! Si sales con vida, te olvidarás. La vida es así. No pensamos en la muerte más que cuando nos encontramos frente a ella.

—Y qué distinto es todo cuando ella ronda alrededor de nosotros.

—Entonces es cuando se ve más claro lo inútil y lo pequeños que somos.

Alrededor nuestro se apiñaba la gente sentada en el suelo. Unos dormían vencidos por el sueño. Algunas mujeres gemían, repitiendo una y otra vez con voz queda el nombre de un hijo al que habían buscado inútilmente toda la noche hasta caer rendidas. Muchos susurraban oraciones. El nombre de Dios estaba en todas las bocas y en todas también la súplica. La misma súplica en todas las voces.

De pronto, hubo un gran remolino; los focos de un automóvil habían iluminado la plaza repleta de bultos negros de la gente arracimada. En el coche iban dos franciscanos. La gente corrió hacia el automóvil.

—¡Confesión, padres, confesión!

Los cabellos se me erizaron. ¡Quizá era aquella la última oportunidad! Era una llamada a mi conciencia por tanto tiempo dormida. Sí, debía correr yo también hacia el coche. Ella estaba ya en pie a mi lado, tiraba de mi mano para ayudarme a levantarme.

El automóvil seguía su marcha sin detenerse.

—¡Calmaos! Hay muchos heridos entre los escombros que tienen más necesidad. ¡Rezad mucho!—gritaba uno de los frailes, mientras daba la bendición.

Volvió de nuevo la oscuridad, la gente volvió a su sitio, se oían con más fuerza los susurros de las oraciones.

—Oye, ¿crees que habrá ocurrido algo por la parte de la playa?

—No creo que el incendio llegue hasta allí. La explosión se habrá sentido como en esta parte de la ciudad.

—Mi padre estaría probablemente en el hotel.

—No te preocupes, no le habrá pasado nada.

—A lo mejor decidió a última hora venir a Cádiz. El tranvía pasa al lado casi del lugar de la explosión—su mano era una garra que apretaba mi brazo—. ¡Puede haberle ocurrido lo peor!

—Cálmate, no le habrá sucedido nada.

—¿Tú no tienes familia en Cádiz?

—No, estoy solo. Vivo en una pensión.

—Eres muy bueno conmigo.

—¡Bah! Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—No; casi no me conocías de nada y no tenías por qué preocuparte de mí. Sé que te ha costado trabajo no quedarte en la zona del incendio ayudando.

—Ya viste que no me dejaron hacerlo.

—Era fácil entrar, de habérselo propuesto.

—No hubiera hecho nada. Creo que también soy un inútil. Es espantoso ser un inútil. No poder ayudar a los demás en estos momentos. No poder hacer algo que me redima de mi vida pasada, de mi inutilidad. Los médicos están por todas partes cumpliendo con su deber, los sacerdotes lo mismo, en las farmacias regalan lo que tienen, los bares reparten sus bebidas. Todos intentan redimirse ayudando al prójimo. Y yo, ¿qué puedo hacer? Cruzarme de brazos y esperar aquí.

La conversación comenzó a languidecer. Ella fué quedándose dormida. Al fin, el cansancio le había dado la paz. Había apoyado su cabeza contra mi pecho y su respiración era tranquila, sosegada. Me sentí inundado por una gran ternura. Realmente era hermosa. Cuando la conocí me dió la impresión de encontrarme ante una de esas muchachas insulsas y frívolas que son incapaces de despertar el menor interés; pero mi opinión había cambiado totalmente. Era dulce tener contra mi pecho su cabeza. Tenía el cabello de un color muy oscuro, sedoso y suave...

IV

Cuando desperté estaba amaneciendo. La plaza de España pareció despertar a la realidad cruel de la tragedia. Hasta entonces las tinieblas le habían dado a la noche un no sé qué extraño de otro mundo. Los escombros, los heridos, los gritos de dolor dentro de aquella oscuridad tenían más de pesadilla o de sueño macabro. Ahora, iluminada la plaza por las primeras luces de la mañana.

aparecía ante mí como una realidad espantosa. Fué entonces cuando me inquietaron las ansias de conocer toda la verdad de aquella noche, saber de mis amigos, de los seres queridos...

La desperté. Sintió vivos deseos de correr al lado de los suyos. Nos fuimos andando camino de Puerta de Tierra. Jamás olvidaré el espectáculo de las casas destruidas, y aquella lucha gigantesca entre el hombre contra los escombros por salvar a sus hermanos. Esa lucha en la que tuve que quedar al margen por culpa de ella. Las carnes magulladas, las vendas manchadas de sangre. El aspecto siniestro de todos...

Paramos de prisa. Ella lloraba. Temía por su padre. Según avanzábamos era mayor la desolación, más intensos los quejidos.

El fuego estaba dominado. El salvamento de los escasos heridos que permanecían bajo los escombros lo ocupaba todo.

Ante el cementerio había una gran agitación de coches particulares y ambulancias. Continuamos andando y lentamente iba cambiando el aspecto de todo.

Las casas mantenían ya sus muros; después comenzamos a alejarnos de la tragedia. En la playa habían pasado la noche multitud de personas. Un sacerdote estuvo toda la noche confesando; la gente se arremolinaba aún a su alrededor.

Al fin llegamos al Hotel Playa. Ella corrió a abrazar a su padre. Ambos lloraban. Por la carretera pasaba una interminable fila de coches. El asfalto estaba inundado de agua. Era el gotear de los coches tanques, que durante toda la noche rajaron agua a la ciudad. Pasaban camiones con zapadores, con médicos, coches con bomberos que venían de los lugares más insospechados.

Ni ella ni su padre me hicieron gran caso. Ya me iba sin decir adiós. Tenía prisa por llegar a tiempo de ayudar, por saber de mis amigos...

Me llamaron. Era el padre de ella.

—¿Quiere que le llevemos a Sevilla? Saldremos ahora mismo.

Volví sobre mis pasos. Me tentaba su ofrecimiento. Sevilla era la paz, el descanso. Cádiz era un infierno... No me dejé dominar.

—No; me quedaré aquí. Tengo que ayudar.

Ella me tendió su mano. Luego me abrazó.

—¿Irá usted a Sevilla a verme?

—Quizá.

—Deme su dirección yo le escribiré.

El padre, una vez que reaccionó, se desvivía por expresarme su gratitud.

Venga por allí. Puede pasar una temporada con nosotros allá en el campo.

Cuando pude, me fui; me fui corriendo hacia el lugar de la catástrofe. Es horrible sentirse impotente. Querer ayudar y no poder hacerlo. Por aquellos mismos lugares había yo pasado aquella misma tarde. Todo era paz y tranquilidad. ¿Y Mariano? ¿Qué habría sido de Mariano? Busqué con la mirada el edificio de la Residencia de Oficiales: un montón de escombros, algún muro y esa nube de polvo que todo lo envolvía.

Me temblaban las piernas cuando corría en aquella dirección. No dejaban pasar, peleé con un marinero. Me escapé, saltando sobre las piedras.

Entre los escombros estaban apiñados un montón de miembros sanguinolentos, algunas cadáveres estaban enteros, pero aplastados, con las carnes magulladas...

—Ahí está... su cadáver.

Una mano se colocó sobre mi hombro. Era Virgilio.

—Sabía que vendrías. Te esperaba.

—¿Aquel cuerpo informe! ¿Aquel era nuestro amigo?

—¿Estás seguro que es él?

—Sí; déjalo. No le destapes la cara. Es mejor que sigas guardando el recuerdo del momento de la despedida. Ayúdame, vamos a llevarlo al cementerio.

Lo metimos en uno de aquellos coches, pusimos el cadáver en el asiento de atrás. Nos sentamos en las banquetillas.

Virgilio daba cabezadas, vencido por el sueño. Su uniforme estaba destrozado, manchado de sangre, de polvo. Había estado toda la noche mandando un grupo de marineros y sacando heridos y cadáveres entre los escombros... Me sentí avergonzado.

V

No relataré las salas del cementerio. No contare nada de lo que allí vi, porque no quiero revivir aquel recuerdo. Porque sería cruel, muy cruel contarlo.

Virgilio y yo caminábamos, sosteniendo cada uno por un lado el cadáver en medio de aquella sala horrible. Todo estaba espantosamente lleno.

—Sería espantoso dejarlo aquí tirado sobre los otros.

En una mesa había un cadáver de mujer. Estando todo como estaba repleto, era extraño que aquel cadáver ocupara por sí solo una de aquellas mesas de mármol. La mujer estaba medio desnuda, bajo jirones de tela sucia. Tenía la cara destrozada. Alguien se ocupó de cubrir parte de su cuerpo con un pañuelo, de colocarla sobre una mesa que antes desocupara. Sin duda, una persona que la quería: un hermano, un novio... Colocamos a Mariano a su lado y salimos. Había una gran agitación en los alrededores; traían más cadáveres. Sacaban fotografías a aquellos cuerpos destrozados, anotaban sus señas para la identificación.

Cuando salimos sentimos un gran alivio.

—Mira —me dijo Virgilio—. ¿Te acuerdas de esto?

El libro que aquella tarde compró Mariano estaba roto por la metralla, manchado de la sangre de Mariano.

—Le gasté la broma de decirle que lo escogía como si fuera el último que iba a leer, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Ha sido todo espantoso.



PROCLAMACION POETICA

ESPAÑA ENTERA CELEBRA EL TRIUNFO DE LA POESIA



MAÑANA, EN EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO, SE RECITARA DESDE BERCEO A RUBEN DARIO

EL veintiuno de marzo, coincidiendo con la primera flor y el primer paseo sin abrigo, los poetas nacionales exaltan la voz perenne del espíritu que reclama su hora inicial en el calendario jerárquico de nuestra biografía. Mañana, Dios mediante, todos los pueblos dedicarán unas horas de canción y de gloria a la sangre nueva y a la nueva brisa florida de marzo que llega bajo el excelso patronazgo de San Juan de la Cruz. Es tan interesante esta especie de romería lírica, de honda verbena espiritual con versos y sin churros, que vamos a ver si explicamos toda su historia, su arranque como idea concreta y su desarrollo, su camino y su ensanche por España.

Surgió el chispazo en octubre del cincuenta y uno. Reunión en la que se hallaban don Fernando Criado, abogado del Ministerio de Asuntos Exteriores; don Federico de Mendizábal, escritor y periodista; don Florentino Llanos, también escritor y don Augusto Haupol, abogado. Y los cuatro, claro, poetas. Las primeras medidas adoptadas fueron el establecimiento de una fecha y la advocación bajo la cual habría de ofrecerse la festividad. El veintiuno de marzo era el día más propicio y más claro. Y San Juan de la Cruz el más poeta de todos los santos. Alguien había propuesto a Cervantes. Pero al fin, Cervantes cedía ante la sombra insigne del príncipe de los místicos. Nació la idea desprovista de «ismos» y de lenguas a solas, proponiéndose sus creadores unir por un día todos los cantares y todos los pulsos, día de paz y de tregua para la lira, sin otra disposición que proclamar el reino dorado del espíritu libre de ociosos de metal y de Economía Política. Fiesta, en resumen, de la hermandad poética. Se confeccionó un manifiesto que no tuvo la aceptación esperada. Los poetas, remisos, no acababan de entender este lanzamiento a la calle, fuera de las casillas propias. Entonces, ya en el siguiente año, se pensó en un manifiesto más lleno de violen-

cia y de voz, algo así como un asalto a la Bastilla. He aquí el último de sus párrafos: «En la seguridad de que la verdad y la pureza de nuestro mensaje ha de encontrar en nosotros el calor y el entusiasmo que la empresa merece, os pedimos que, sintiéndola como vuestra, seáis cada uno capitanes de la idea, poniendo a su servicio los medios a vuestro alcance para concretarla en una tangible realidad que patentice nuestra unidad indestructible al servicio de la Poesía». Firmaban Jacinto Benavente, Concha Espina, José María Pemán, Juan Ignacio Luca de Tena, Dámaso Alonso, Luis Rosales, Martínez Kleiser, Sassone, y continuaba la lista hasta veintinueve nombres.

INTRODUCCION A LA PRIMAVERA

Si para hablar bien del Invierno hay que tener en cuenta a Houdon, para escribir bien de la Primavera no hay más remedio que pensar en Botticelli. Las Tres Gracias, Hermes, Afrodita, La Primavera, una Ninfa, y El Viento. He ahí la alegoría. Sobre los suaves jardines del Arno, espuma verde y fresca del Renacimiento, la Primavera avanza esparciendo rosas mientras Venus preside la siembra delante de un laurel y las Tres Gracias se enlazan por las manos todavía en una concesión a la frialdad del mármol. Ya explicaré por qué me paro en estos detalles. El simbolismo, no obstante, me parece menos complejo en el «Nacimiento de Venus». La diosa sale a la playa del barquichuelo mágico e infantil de una concha. Profundamente casta a pesar de su total desnudez, recibe el soplo ligero de dos Céfiros. Y la Primavera, apareciendo entre un bosque de naranjos, le ofrece un manto. La Primavera, pues, se equivoca. Venus no necesita manto en la playa, como no necesitó traje de baño en el mar. Para mí, Venus, en este caso, es la verdadera primavera. Ahora bien, los ojos de Venus—me parece que los de Simoneta Vespucci—son unos ojos de neurótica. Miran una lejanía



Tradicionalmente, el 21 de marzo de cada año se celebra la Fiesta de la Poesía, consistente en una ofrenda floral y poética ante el monumento a Cervantes

sin fin, cargados de una extraña tristeza en los que cabalga el diablillo cornudo de un augurio pésimo. Hasta aquí, Botticelli. En las Tres Gracias, de quienes se dijo que no cretan en su propia felicidad, según la obsesión que amargó la plenitud de toda idea renacentista, vienen a ser el peor obstáculo que encontrará la Primavera. La leve frialdad marmórea—insisto en que su enlace por las manos es propio de los grupos escultóricos—obligará a la Primavera a avanzar con más fuerza, más violentamente. Esto, si desea el triunfo. Bien. Queda explicada la razón del segundo mensaje poético en el año 1952.

La interpretación actual y particularísima del otro cuadro de Botticelli, la dejaremos para después.

PRIMAVERA DEL 52

Aquel año la Fiesta de la Poesía tuvo eco multiplicado en casi todos los lugares de España. En menos de veinticinco días, todos los grupos poéticos de Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, Sevilla, Cádiz, Murcia y Valladolid compusieron un pro-

grama de actos cuya solemne realización y su completo alboroz bajo el signo de San Juan de la Cruz dió motivo a que Radio Vaticano transmitiese el contenido del Pontífice por la fiesta que inauguraba España y por su catolicismo incondicional presente en todas sus obras. En el Ateneo de Madrid recitaron poemas José Javier Aleixandre, Gerardo Diego, Fernández Ardavín y José García Nieto. En provincias alcanzó tal éxito este primer ensayo, que la Dirección General de Primera Enseñanza estableció, con carácter permanente, la festividad en las escuelas. Desde entonces, el 21 de marzo en las aulas escolares enciende las venas de los niños, que cyen, llenos de entusiasmo, versos de los más grandes vates de todos los tiempos y que por poco que logren afinan el sentido y el interés de la infancia por la *poética*. ¡Ah, estos misteriosos niños españoles, poetas por imposición sanguínea y por necesidad de mapas que conquistar! Me decía don Fernando Criado que había recibido en aquel año una carta escrita por mano de infante de ocho a nueve años y firmada por treinta más explicando que en su escuela—una escuela de un pueblo de Castilla—el maestro había sabido por la radio de la celebración de la Fiesta de la Poesía y que el 21 de marzo había recitado versos de un español que se llamaba Gonzalo de Berceo...

En ese mismo año, en Gijón, la Fiesta fué organizada por la Comisión de Cultura del Ayuntamiento, que presentó, además de los recitales, canciones inspiradas en los mejores poemas de Unamuno. Dieciséis poetas orensanos dieron un recital, patrocinado por la Sociedad Poesio, y en el aula magna de la Universidad de Valladolid hubo también una sesión poética, ofrendándose flores ante las tumbas de Zorrilla y Núñez de Arce. Ubeda, Córdoba, Cádiz, Puerto de Santa María... España entera, como una magnífica traca, fué estallando por simpatía del fuego en múltiples hogueras de poesía, de risa y de canción.

Así era. La Redacción completa del diario «Madrid», con don Juan Pujol a la cabeza, acude al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena para depositar un gran ramo de calas y de claveles sobre la tumba del poeta más triste y más alegre que tuvieron los madriles de una época sin confusión posible: Emilio Carrere. España sigue el palpito de la Puerta del Sol y Madrid proclama la Primavera casi como un golpe de Estado, casi por sorpresa, pasando por las armas la retaguardia de un invierno que ya no estaba para nada. Desde Valencia, un poeta heroico, un poeta de esos que son tan grandes que nadie se acuerda después de sus nombres, llegó con su mujer y su hijo de tres meses y tuvo la emoción larga de ser invitado a todas las tribunas públicas a decir su gozoso cantar. O su dolorido sentir, que diría Azorín.

He visitado también a don Augusto Haupold. En su despacho de abogado, en un piso sobre la calle de Atocha, me habló con hondo agradecimiento de la ayuda decidida y funda-

mental que prestó desde el primer momento a la idea el Director General de Prensa, sin cuyo apoyo nada se hubiera podido lograr en definitiva.

PRIMAVERA DEL 53

Ya la radio al servicio de la gran Fiesta, se organizan recitales ante los micrófonos en Cádiz, las Vascongadas, en Valladolid, en Barcelona. En Sevilla, Radio Nacional de España, en la sección dedicada a Literatura, ofrece una de ellas, dirigida por el poeta Francisco Montero Galvache, a la conmemoración del Día Nacional de la Primavera. Los grupos poéticos siguen ampliando su guía de actos. En Segovia, después de una misa solemne, los poetas visitan la tumba de San Juan de la Cruz, actuando después en un gran certamen. Jerez y Puerto de Santa María. El Ateneo de Barcelona y el de Sevilla, este último ocupado por un grupo lírico de jóvenes, envían sus mensajes de unidad poética. En Alcalá de Henares («los amigos de Cervantes»), se encargan de la conmemoración.

«Yo no tengo de poeta la gracia que no quiso darme el [cielo...]

Pido el programa de este año, del 54. Hoy, sábado, por la noche y en el Círculo Filipino, el grupo «Adelfos» ofrecerá una sesión inicial, un prólogo nocturno y en vela ante el primer día de la Primavera, con la intervención de más de 34 poetas. A las once de la mañana del domingo, en la iglesia de San Jorge y en la capilla dedicada a San Juan y a Santa Teresa, oficiará misa solemne el padre Félix García. A las doce saldrá de la plaza Mayor un servicio de autobuses para llevar a los poetas a la sacramental donde están enterados Larra, Villaespesa, etc. A las cuatro y media de la tarde, la agrupación «Artis» inaugurará una sesión de poesía femenina en el asilo de niñas huérfanas de la Beata María Ana de Jesús. A la misma hora, otro grupo de poetas visitará la Institución Cervantes, para artistas ancianos. A las siete de la tarde, en el aula magna del Instituto de San Isidro, habrá una grandiosa reunión de poesía que presidirá el padre Félix García y cuyo rasgo diferenciativo de las sesiones de años anteriores consistirá en que los versos a recitar no serán de los poetas que reciten, sino de sus antecesores. Una verdadera antología poética oral en la que intervendrán Federico Carlos Sáinz de Robles, que pronunciará el prólogo; los artistas María Esperanza Saavedra, Joaquín Dicenta, Jesús Torresillas, Josita Hernán, que recitará a Bécquer, Lolita Villaespesa y Ricardo Calvo, que pondrá alto broche a la reunión con la «Marcha Triunfal» de Rubén Darío.

Las ciudades de España, sobre todo por la zona mediterránea y por el Sur, acuden como todos los años, a la festividad que se nos va a entrar mañana. A la cita poética. No sé si habrá llegado ya a Madrid un hombre vallisoletano que viene andando por los caminos, pie tras pie y verso tras verso, viviendo, como



Nuestro reportaje gráfico recoge el momento en que poetas y poetisas se dirigen al monumento a Cervantes para hacer la ofrenda. En este día 21 la Plaza de España concentra gran número de líricos

los antiguos trovadores, del pueblo que le oye.

«Faciendo la vía del Calatraveño a Sancta María...»

Del despacho del señor Haupold voy al de don Florentino Llanos. Habla de flores y de pájaros con una rara y aristocrática sencillez. Su palabra serena, cálida y un poco baja me recuerda, acuciada la memoria por el tema de la Primavera y el Arte, un cuadro de Rachel Ruishch, lleno de flores y de frutas, cuyo título no pude sacar de la punta de la lengua. Me completa la información de los actos en el Instituto de San Isidro. Habrá música de arpa y de piano, adaptándose las melodías a la época de las poesías que se reciten.

LA EXPLICACION DEL CUADRO

Habíamos quedado en los ojos neuróticos de Venus. Esos ojos ven más allá de la Primavera, saltando barreras de miles de años, hijos en algo monstruoso, en una probable catástrofe universal en la que los hombres capaces de la corazonada se esfumarán en un perdido y lívido otoño, dejando como rastro una miserable huella de hierro. ¿Será ésta la visión de Venus Afroditá? ¿Será la clave de su mirada de espanto de una cruel adivinación? No lo creo. Estoy convencido de que esos ojos no son exactamente los de Venus, sino los de la Vespucci, que andaba loca detrás de Juliano de Médicis. A Médicis lo pintó Rafael. Por otra parte, me da la impresión que este Médicis tiene, más que de Médicis, de Borgia. De ahí la neuras de Venus.

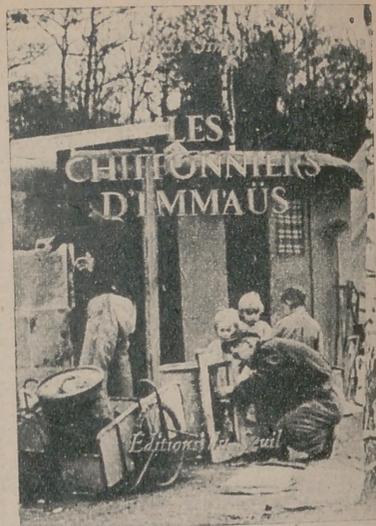
Pero, sea lo que sea, estoy seguro de que la Primavera de hoy será siempre así, limpia y bella como una mujer recién hecha que sale a la vida con un cántaro a la cadera para dar de beber al sediento. Será inútil que finjamos otoños bufos y sin alma, porque jamás Dios permitirá tal desgracia, y porque mientras haya una mujer hermosa habrá poesía, y alma, y sangre. Y Dios con todos.

Carlos ALVAREZ
Pág. 51.—EL ESPAÑOL

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LOS TRAPEROS DE EMMAUS

Por Boris SIMON



DJIBUTI, VAGA-
BUNDO

Las cuatro de la madrugada. Tiritando se dirigió hacia el Mercado Central, donde un mayorista de queso le contrató para descargar una camioneta. Trabajó una hora. El patrón le dió un billete de cien francos y un quesito. Djibuti se alejó en silencio.

—Podía decir gracias—gruñó el patrón.

Pero no, Djibuti no decía gracias jamás. Había dado su trabajo y había recibido su salario. Estaba en paz con todo el mundo y no tenía por qué sentir un reconocimiento gratuito. Así, se sigue siendo libre. Se mezclaba poco en el mundo de los vagabundos y mendigos, con quienes su situación social le obligaba a tratar en «La miga de pan», «El ejército de salvación» y «El refugio», de la Cruz Roja. Por eso le llamaban «El mudo», «El oso» o «El filósofo».

Su filosofía podía resumirse así: a los cuarenta y ocho años no se rehace un destino, ni siquiera cuando, bajo la apariencia de un mendigo, se ha conservado la dignidad, simbolizada por la presencia entre sus ropas de un cepillo de dientes, de una pastilla de jabón, aguja e hilo.

Djibuti no era vagabundo por vocación, sino un hombre derrotado. La cicatriz que le atrevesaba el rostro y le daba un aspecto sombrío no lograba ocultar la dulzura tímida de sus ojos azules. Aquella señal era un recuerdo de Africa, donde había conducido los camiones de una compañía franco-etíope, entre Addis Abeba y el puerto de Djibuti (de ahí su apodo) hasta la conquista de Abisinia por los italianos.

De regreso en París compró un camión y trabajó para varias empresas. Se casó y construyó una casita en Villeneuve-Saint-Georges. Sólo vivió en ella dos meses. Empezó la guerra, su camión fué requisado y a él le enviaron a Alsacia.

Cuando regresó del cautiverio, volvía con ánimo de volver a empezar la vida con bríos redo-

blados. Pero nada quedaba de su casa ni de su mujer. Trabajó en varias empresas como conductor hasta un día en que, de manera inexplicable, se encontró con que había chocado con un turismo y había dado muerte a una mujer y su hija. Salió él del accidente con una pierna fracturada, que ahora arrastraba penosamente.

Después no se atrevió a volver a conducir; sus nervios fallaban de manera inexplicable, aunque jamás bebía. Un día al volver a su casa se encontró con que le habían puesto la malleta en la calle. Ya no volvió a encontrar donde vivir por un precio asequible a sus ingresos y rodaba por todas partes. Una vez por semana iba a tomar un plato de sopa a los asilos, «La miga de pan» y «El ejército de salvación».

En febrero de 1944 le detuvieron por haber robado un poco de pescado en el mercado. Le tuvieron un mes encerrado. Luego siguió vagando, hasta aquel día que decidió probar fortuna en «casa de los curas». En la primera puerta a la que llamó un sacerdote joven le dijo que no le podía ofrecer donde pasar la noche, pero que se dirigiera a Emmaus, y le dió las señas y dinero para el Metro.

Djibuti se apoyó a la entrada, fatigado de arrastrar su pierna mal soldada. Un letrero pintado en una tabla anunciaba: «Emmaus, hogar de acción social y de encuentros internacionales.» Estas palabras definían y resumían la historia de aquella casa. Una historia que empezó tres años antes. En su historia futura iba a participar Djibuti.

LA FAMILIA VATIER

Apoyada en los gruesos muros de la fábrica Citroën, la señora Vatie, embarazada de varios meses, esperaba a su marido. En una sillita de ruedas llevaba una niña de dieciocho meses.

LA vida y la obra del reverendo padre H. A. Grouès-Pierre se han hecho tremendamente populares después de la aparición de este libro. El famoso «Abbè Pierre», el protector de los pobres que carecen de hogar, no era, sin embargo, tan conocido cuando su amigo Boris Simón escribió «Los traperos de Emmaus», que hoy presentamos a los lectores de EL ESPAÑOL. En enero de este año, un acontecimiento suscitó profunda emoción en la opinión francesa y de todo el mundo. En la noche del 3 al 4, mientras el Consejo de la República rechazaba una moción en la que se pedían créditos para la construcción de las «ciudades de urgencia», un niño de tres meses moría de frío en la carrocería de un autobús desguazado. El drama habría pasado inadvertido si el padre no hubiese escrito al ministro una carta palética, invitándole a asistir al entierro de la criatura. Y el ministro asistió al entierro e inmediatamente empezaron las obras para la construcción de muchos miles de «casas de urgencia».

Pero ya antes el «Abbè Pierre» había empezado a ser una figura legendario por su caridad. Se le había visto por París conduciendo una camioneta absurda cargada de materiales de construcción, en cuya parabrisa llevaba la escarapela de diputado. Se le había visto dirigir una escuadra de traperos. Se le había visto pedir limosna en los lugares públicos. Se le había visto, incluso, ganar 250.000 francos en un concurso radiofónico de los titulados «Doble o nada», contestando con soltura y serenidad a preguntas sobre «Temas de actualidad».

La vida del padre Pierre es todo amor. El libro de su amigo Boris Simón está escrito amorosamente también. Su lectura es, sencillamente, enternecedora.

«LES CHIFFONNIERS D'EMMAUS», por Boris Simón.—Ediciones du Seuil.—París, 1954.—352 páginas.

—Me ha dicho que necesitaba la habitación esta misma noche...—dijo ella.

El hombre apretó los puños y dijo dulcemente, sin convicción:

—Empezaremos de nuevo.

Era la historia de tantos miles y miles de matrimonios obreros. Tenían un inmundo cuarto re- alquilado e incluso de aquel cuchitril les echaban. Marcel acaba de cobrar su paga. De momento no había más solución que irse a un hotel de infima categoría. Pero apenas tenían para sufragar durante cinco días los gastos del marido, de Germaine (la mujer) y de la pequeña Noelle.

Por fin se les acabó el dinero. Aquella noche fué la última que durmieron en una cama. Por la mañana, antes de ir al trabajo, el marido dejó la maleta guardada en un café. La mujer se puso a dar vueltas por la calle con el cochecito y la niña. Le volvió a esperar a la salida de la fábrica.

—Oye —le dijo avergonzada—, una mujer me ha hablado de un asilo donde me admitirían con la pequeña.

—¿Y yo? ¿Nos tendríamos que separar?

—Claro, es por Noelle... sólo unos días...

—Bueno, me iré al «El ejército de salvación».

El obrero siente vergüenza, no es un vagabundo ni un mendigo; no le gustan los refugios ni los asilos, no quiere recibir la caridad de nadie.

Durante tres días sólo se han visto unos instantes a la caída de la tarde, en una tasca. Tenían que separarse de prisa, porque «El ejército de salvación» cierra pronto sus puertas.

El tercer día la mujer ha dicho:

—No volveré al asilo.

—¿Por qué?

—La directora me ha dicho que tengo que llevar a la niña a una guardería.

—¿A la Beneficencia? No.

—Me ha dicho que podré ver a la niña cuando quiera. Que estará bien cuidada, que...

—No —exclama el marido—, no.

La cuestión era muy sencilla. Había que buscar una habitación sin la niña o vivir en la calle con ella. Prefirieron la calle. Mientras el tiempo fué bueno, la cosa se pudo soportar. De todas formas la primera noche que pasaron al raso él sintió ganas de llorar. Ella habló de que podía volver con sus padres y él no se atrevió a decirle que no. Pero no se decidieron a separarse. El acabó por comprar, en un almacén de chatarra, la carrocería de un antiquísimo autobús. La instalaron en un descampado y allí vivían tirados sobre un montón de paja.

Una tarde de octubre de 1951, Germaine fué con la niña hasta el cruce de la carretera para llenar dos cubos en la fuente. Se la acercó un cura, que se ofreció a ayudarla.

—¿Vive usted por aquí?—la preguntó sorprendido al no ver ningún tejado.

—Sí.

El cura vió en qué condiciones vivía el matrimonio. Su «casa» sólo la había visto Claude, un camarada de Marcel; el médico que visitó a la niña y, ahora, el cura.



La figura del padre Pedro es familiar y querida de los pobres desamparados parisienses. Aquí le vemos en una de sus visitas de inspección y ayuda.

Le contó todo lo que les había pasado y cómo estaba muriendo su amor.

—Antes nos queríamos Marcel y yo, y ahora...

La pobre mujer empezó a sollozar.

El cura no gastó muchas palabras.

Dejó una tarjeta. Cuando ya estaba sola, Germaine la leyó y la extrañó ver que aquel cura era también diputado. Esto la hizo abrigar nuevas esperanzas. Para Marcel, en cambio, el título de diputado no era garantía de la menor eficacia, aun menos que su calidad de sacerdote. «No sirven para nada», decía encogiendo de hombros. Ella repetía:

—No has visto sus ojos, si no tendrías confianza como yo...

—Un cura como los demás, y su «Hogar de Emmaús» será como todos: una cama durante tres días y luego, a la calle.

LA CASA DEMASIADO GRANDE

Una mañana de octubre de 1947, un automóvil que llevaba la escarapela tricolor de los diputados, se detuvo ante la casa desierta. Era una antigua vivienda burguesa, grande, con un jardín espacioso, pero estaba medio en ruinas.

Del coche salió un sacerdote. Al verla su rostro se iluminó con una sonrisa. Lo mismo que le ocurría con los hombres descarriados, se sentía atraído por la miseria de aquella edificación. Aquel mismo día sonaron los primeros martillazos.

Al día siguiente, los vecinos pudieron ver en el tejado un hombrecillo delgado, de barba negra, en mangas de camisa y con pantalón de pana, que limpiaba los canalones atascados de hojas muertas. Era un hombre diferente a la vez del cura y del diputado, según la imagen tradicional. En cuanto regresaba de París se quitaba la sotana y la escarapela tricolor.

Todo empezó, como había de contar el padre, porque la casa era demasiado grande. A él le bastaba un despacho y un rincón para dormir. Primero pensó dejar compartir su nueva casa a un amigo, consejero de la República, casado y con hijos, que andaba buscando cuarto. Después pensó utilizar el piso de abajo para sala de reunión de diversas organizaciones católicas, sociales y juveniles. Durante dos años, la casa conoció una vida apacible.

El padre cultivó un huerto.

En la primavera de 1949 llegó a esta casa el primer huésped permanente: un hombre de unos cuarenta años, de cabellos blancos, de aire dulce y taciturno, el primer desgraciado recogido, Bastien, el ex presidente. Los gestos de sus manos son todavía torpes, porque aun no se han cerrado del todo las heridas que se hizo en las muñecas en un intento de suicidio.

Un sábado por la tarde, Bastien, que ayuda en la casa a hacer todo lo que pueda ser útil, ve acercarse un hombre fuerte, jovial, bien vestido.

—He propuesto al padre —dice— ayudarle en sus obras. Somos vecinos y, como trabajo por la

En poco tiempo...
hablará Ud.

INGLES o FRANCÉS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos Fonobilingües
Polyglophone
(CON discos o SIN discos)

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia

ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN

noche, una semana sí y otra no podrá venir a ayudarle medio día si lo desea.

—Bueno.

—Me llamo Matieu.

Bastien no es curioso.

Unos días más tarde, quien se acerca es un joven de unos quince años, a pelo, calado hasta los huesos por la lluvia, completamente extenuado.

—¿Qué quieres?

—Ver al padre...

—El padre se va a la Cámara... apenas tiene tiempo...

El padre ha tenido tiempo de escucharle. Allí se queda el joven Etienne, que acaba de escaparse de un correccional de menores.

El padre —viene bien ser diputado— arregla las cosas para que no le vuelvan a encerrar.

LA CIUDAD RAMBAUD

Cuando Djibuti hizo su entrada en el «Hogar de Emmaús» fué recibido por el joven Etienne.

—Buenas tardes —dijo Djibuti—, vengo de parte de...

—No me importa saberlo. ¿Quiere ver al padre?

—Quisiera dormir, ¿hay sitio?

—Siempre lo hay.

Luego, sin más palabras, le dieron de comer. El padre estaba fuera. Llegó a los pocos minutos. Salieron a recibirle. En el coche traía dos camas de campaña y estaba desatándolas cuando se acercó Djibuti.

El padre le miró.

—¡Cuidado, no se caiga! ¿Quieres coger de esa punta? Vamos a llevarla abajo.

Cuando la cama quedó colocada en su sitio, el padre exclamó:

—Gracias —y tendió la mano a Djibuti—; perdóname que te haya molestado...

Sin más palabras, Djibuti entró.

Entre todos, poco a poco, con materiales de construcción sobrantes de unos barracones militares, empezaron a construir la primera vivienda provisional. El padre adquirió unos terrenos y la comunidad se fué agrandando. Luego fué un antiguo boxeador el que se sumó al grupo. Le llamaban «el Canguro». Cuanto entró en Emmaús, el padre estaba en Roma visitando al Papa. Los otros le dijeron que se quedara.

CONSTRUIR

El «Hogar de Emmaús» tenía la virtud de salvar no sólo de la miseria material a aquellos desgraciados, sino de dar sentido a su propia vida. Todos tenían la conciencia de ser útiles y todos se esforzaban por hacer algo para los demás. En el primer terreno adquirido por el padre se construyeron doce viviendas con cimientos de piedra y ladrillo y dobles paredes de paneles de madera empapelados. Las familias sin hogar que podían, pagaban parte de los gastos y todos trabajaban, unos para otros. Hubo una emocionante carrera para terminar la vivienda del matrimonio Vatie, antes de que la mujer diese a luz.

Las dificultades que tuvo que vencer el padre fueron inmensas. Las había de orden administrativo, pues carecían de permiso para construir y de las condiciones mínimas de habitabilidad. En las elecciones siguientes perdió su acta de diputado, porque no tenía tiempo de ocuparse más que de los pobres.

Para dar de comer a los que estaban bajo su protección, hubo un momento en que se puso a recorrer las calles de París con su sotana, sus condecoraciones, sus barbas y sus ojos dulces, pidiendo limosna por los sitios más elegantes.

El padre Pierre se convirtió, con sus camaradas, en basurero primero y en traperero después, pues hasta para recoger basura hace falta un permiso municipal y estaban interfiriendo con sus «búsquedas» las zonas de otras personas.

Y todo para seguir construyendo.

El alma de las construcciones era Djibuti.

En la labor de trapería participaban todos con entusiasmo, incluido un joven seminarista que antes de su ordenación solicitó pasar unos meses con el padre Pierre.

Djibuti tuvo un fin trágico y hermoso.

Murió una clara mañana de junio, aplastado entre los restos del viejo Renault del «Hogar de Emmaús», al que se le habían roto los frenos y que había volcado en una cuneta. A petición del padre, había consentido en sustituir al volante a un camarada enfermo, para transportar materiales de construcción a una nueva parcela de terreno.

SIN TOMAR NADA POR BOCA
SIN REGIMEN ESPECIAL



UNA NOVEDAD

La vida nos muestra cada día mujeres que, después de haber conquistado la felicidad sentimental, se hallan desamparadas e incluso abandonadas. Muchas de ellas reconocen haber descuidado o no haber sabido conservar sus cuerpos libres de rodetes o grasas excesiva que eliminan la juventud. Sin embargo existe un tratamiento externo, que sin tomar nada por boca, sin régimen que debilite, sin gimnasia fatigante, ha permitido a millares de mujeres de 12 países de los 3 continentes, recobrar la alegría de vivir, de ser hermosas y amadas.

No os pedimos una fe ciega...
Somos nosotros los que tenemos fe completa en vuestro juicio.

Enviadnos el vale adjunto o su copia; nosotros os remitiremos literatura y sobre todo, una oferta especial que os permitirá ensayar en vuestra casa un tratamiento completo y en tales condiciones que si no obteneis nuevamente la silueta deseada, no os costará ningún céntimo.

No enviad dinero. Adjuntad únicamente sellos de correo para la respuesta.

PARIS-LOS ANGELES-BRUSELAS
MILAN-MAYENZA-VEVEY-CARACAS

Laboratorios SVELTOR
Osio, n.º 27 Barcelona

SVELTOR

GRATIS
VALE: EE
Enviad este VALE o su copia a: Laboratorio SVELTOR, Barcelona - Osio, n.º 27
Remítame sin compromiso alguno por mi parte, literatura sobre el método SVELTOR, así como la oferta de prueba a sus expensas.

INFILTRACION COMUNISTA EN HISPANOAMERICA



HA TRIUNFADO EN CARACAS UN NEOMONREISMO IDEOLOGICO

GUATEMALA EN LA "YUGULAR" DE LOS ESTADOS UNIDOS

HACE cosa de dos años apareció en la revista «Newsweek» un reportaje titulado «Las incursiones rojas en América Central constituyen una grave amenaza para la seguridad de los Estados Unidos». Este reportaje produjo cierta sensación en Norteamérica e incluso lo transcribieron algunos periódicos españoles. Recordamos que pocos días después de su publicación en «Newsweek» estalló en Cuba el golpe de Estado de Batista contra Prío Socarrás; como en el reportaje se señalaba a Cuba como uno de los cuarteles del comunismo en el Caribe, no faltó quien relacionó ambas cosas. El caso es que el autor del trabajo hizo sonar la señal de alarma en los Estados Unidos, recordando la importancia y la vulnerabilidad del canal de Panamá. La acusación principal recaía sobre Guatemala, en un momento en que los comunistas arriacaban en sus ataques contra la United Fruit Company, empresa norteamericana, la más poderosa del país, que acababa de expulsar de su plantación de Tiquisate a 3.700 de sus 7.000 empleados, según se dijo, para amortizar parte de los 10 millones de dólares de pérdida que le habían

ocasionado los huracanes tropicales. Los sindicatos guatemaltecos, muy «penetrados» por los comunistas, empujaron al Gobierno a poner a la United Fruit Co. entre la espada y la pared y sus accionistas movilizaron en la Prensa americana una vasta campaña contra el régimen de Jacobo Arbenz. Ambas partes recurrieron, en la refriega, a los tópicos al uso: los guatemaltecos denunciaron el «imperialismo del dólar» y los norteamericanos la «infiltración comunista». Así quedaron las cosas a lo largo de estos últimos años.

La señal de alarma dada por «Newsweek» pronto fué olvidada. Los Estados Unidos tenían concentrada toda su atención en la guerra de Corea y en los problemas de la recuperación económica y del comunismo en Europa. La Administración Truman siguió haciendo lo que siempre había hecho: desinteresarse por completo de los asuntos del hemisferio occidental. Las voces que se alzaban esporádicamente para aconsejar que se reparase este olvido, insistiendo sobre los peligros de la infiltración comunista en América Central y Suramérica no fueron escuchadas. La Administra-

ción Truman estaba vuelta por completo hacia Europa y Extremo Oriente, e incluso permitió, inexplicablemente, sin hacer nada, que la hostilidad hacia los Estados Unidos fuese creciendo en muchas Repúblicas hispanoamericanas, al compás de los traspiés del departamento de Estado.

EL INFORME DE MILTON EISENHOWER

Al día siguiente de tomar posesión de sus cargos los nuevos hombres de la Administración republicana, bajo la presidencia de Eisenhower, el «The New York Times» publicó un editorial diciendo que era de esperar que el Gobierno de los Estados Unidos dedicase más atención a los problemas del hemisferio occidental, reclamada desde hacía mucho tiempo por los países y los intereses inscritos en él. El secretario de Estado, mister John Foster Dulles, prometió, en un discurso, ocuparse, efectivamente, de esos asuntos pendientes. Pero pasaron los meses y no se hizo nada positivo. Más tarde alguien aconsejó al Presidente que enviase a su hermano, Milton Eisenhower, en misión informativa de buena voluntad a las Repúblicas hispanoamericanas. El viaje fué un éxito y el informe que Milton Eisenhower presentó a su hermano, del que conocemos fragmentos, muy inteligente y realista. Otra vez, sin embargo, pasaron los meses sin que las recomendaciones del enviado presidencial fuesen consideradas «top level», el más alto nivel. Según Milton Eisenhower, la causa del mal estado de las relaciones entre los Estados Unidos y sus vecinos del Sur era de

carácter puramente económico. Resumiendo: «La cooperación económica es, sin discusión, la clave de las mejores relaciones entre los Estados Unidos y los Estados del Sur. Cualquiera otro asunto—precisaba el informe—, cualquiera que sea su importancia, debe figurar en segundo lugar, a menos que haya guerra.»

Milton Eisenhower consideró, pues, como subsidiario, entre otros, el tema de la infiltración comunista, aunque, como todo el mundo, no dejó de reconocer que la inestabilidad política y la mala situación económica de muchas Repúblicas hispanoamericanas constituían un terreno abonado para la siembra de ideas marxistas.

Que los Estados Unidos no hicieron por remediar esa mala situación económica en proporción con la medida de sus disponibilidades es cosa que los mismos norteamericanos reconocen honradamente. Nosotros recordamos que en 1951 el embajador de cierta República hispanoamericana nos entregó un «Memorándum» que había sido presentado en Washington, lamentándose amargamente del criterio, restringido a Europa, con que se administraban los dólares de la Ayuda al Exterior y de las repercusiones que esa administración unilateral iba a tener en la economía de los países hispanoamericanos.

LA CUESTION V

Pues bien, pese a las recomendaciones de Milton Eisenhower, subrayando la primogenitura de lo económico, mister Foster Dulles y su copioso estado mayor de expertos se presentaron en la X Conferencia Interamericana de Caracas preocupados esencialmente por la Cuestión V de la orden del día de la citada conferencia: La intervención del comunismo internacional en las Repúblicas americanas.

Esta ha venido siendo la artillería gruesa de la Delegación norteamericana en Caracas, y suponemos que a nadie habrá cogido por sorpresa. En el «New York Times» del 26 de febrero, una crónica de Walter H. Waggoner, fechada en Washington, decía así: «John Foster Dulles, secretario de Estado, partirá mañana para la X Conferencia Interamericana con la misión de poner en estado de alerta al hemisferio contra el peligro del comunismo internacional.»

Cosa curiosa: el mismo día el corresponsal del mismo periódico en Caracas, nuestro viejo conocido Sam Pope Brewer, telegrafaba lo siguiente: «Los esfuerzos de los Estados Unidos para estimular la acción anticomunista parecen contar con pocas simpatías.» Un poco más arriba afirmaba que las cuestiones comerciales se impondrían a todas las demás en la conferencia.

DONDE LOS NUMEROS NO CANTAN

No vamos a ocuparnos aquí, sin embargo, de historiar la X Conferencia Interamericana. Cuanto llevamos dicho nos servirá para poner una cabeza de puente en el tema del comunismo en el hemisferio occidental, que es nuestro trabajo de hoy.

¿Qué importancia tiene, en rea-

lidad, el comunismo en Hispanoamérica? Numéricamente es indudable que escasa. Según los servicios norteamericanos de información, el número de comunistas, con carnet, que hay en veinte Repúblicas hispanoamericanas asciende solamente a 246.500. Otros servicios informativos dan la cifra de 417.000. Aunque sea verdad esto último, la cosa no es para alarmarse excesivamente, si tenemos en cuenta que sólo en Italia hay más de cinco millones, según los cómputes electorales. El fenómeno es tanto más sorprendente por cuanto que las condiciones de vida de la mayor parte de esas repúblicas y su situa-

ción económica, muy poco evolucionada en muchos casos, son un excelente pasto para el proselitismo marxista. A estos factores «materiales» podemos sumar la erupción nacionalista, que en estos últimos años, desde la terminación de la segunda guerra mundial ha alcanzado un alto grado de virulencia en muchas repúblicas hispanoamericanas, y que tan inteligentemente han sabido utilizar los rusos en Asia.

Numéricamente, los contingentes de comunistas en activo que hay en Hispanoamérica se distribuyen así, según el estadillo publicado recientemente por el «New York Times»:

PAISES	Población	Comunistas
Argentina	18.056.000	40.000
Bolivia	3.089.000	2.000
Brasil	55.772.000	60.000
Chile	5.932.000	40.000
Colombia	12.033.000	5.000
Costa Rica	850.000	5.000
Cuba	5.807.000	30.000
República Dominicana	2.236.000	(Despreciable)
Ecuador	3.350.000	5.000
El Salvador	2.054.000	1.000
Guatemala	2.890.000	1.000
Haití	3.200.000	(Despreciable)
Honduras	1.513.000	(Despreciable)
Méjico	28.053.000	5.000
Nicaragua	1.088.000	(Despreciable)
Panamá	864.000	1.000
Paraguay	1.464.000	2.000
Perú	9.035.000	10.000
Uruguay	2.353.000	15.000
Venezuela	5.440.000	20.000
Guayana inglesa	444.000	?
Guayana francesa	26.000	(Despreciable)

EL CASO DE GUATEMALA

Para deducir el alcance de estos porcentajes de densidad comunista conviene tener en cuenta dos cosas: la primera, la cifra de población total de cada país; la segunda, la de que la influencia real de los comunistas en las citadas naciones no está, casi nunca, en proporción con su importancia numérica. Un ejemplo elocuente, si hemos de confiar en las fuentes informativas norteamericanas y en otras menos «sospichosas de parcialidad», es el de Guatemala. Para una población de 2.890.000 habitantes sólo hay—según la estadística que va más arriba—1.000 comunistas, o sea una cifra prácticamente «negligible» (desdeñable). Sin embargo, es indudable que la influencia de los comunistas en el Gobierno y en la vida nacional guatemalteca no corresponde, ni mucho menos, a tan exiguo contingente. Por lo menos, son dueños e inspiradores de la Confederación Central de Trabajadores Guatemaltecos y parece ser que muchos funcionarios del Gobierno están afiliados al partido. Añadamos, para no salirnos de la objetividad, que el Presidente Jacobo Arbenz, replicando a los ataques que contra su país se han lanzado en Caracas, afirmó que la Unión Soviética no interviene, no interviene ni intervendrá en los asuntos internos de Guatemala, calificando a los acusadores de «insinceros y deshonestos» y señalando como una de las causas de la campaña contra Guatemala el asunto de la United

Fruit Co., a que nosotros no referimos al principio de este reportaje.

NUCLEOS DE INFLUENCIA COMUNISTA

Otra advertencia: Sólo en Guatemala y en la Guayana británica el partido comunista lleva una existencia legal, sin ninguna clase de «vigilancia». El partido comunista es legal, pero está sometido a control en Méjico, Colombia, Ecuador, Guayana francesa, Argentina y Uruguay. En el resto de las Repúblicas hispanoamericanas ha sido declarado fuera de la ley.

Quiere decirse que en su mayor parte los comunistas trabajan clandestinamente. Es muy difícil, pues, hablar de cifras exactas. Los métodos de infiltración seguidos por el Kominform en Hispanoamérica son los mismos que tanto éxito han tenido en Europa y en los mismos Estados Unidos. Los distintos partidos comunistas valoran más la calidad que la cantidad y ponen más interés en catequizar a un hombre que trabaja en una importante central telefónica, pongamos por caso, que a cien hombres que trabajen en una fábrica sin valor estratégico. Estos métodos les han permitido, en muchos países, dar golpes de Estado con éxito sin la asistencia de masas respetables. «Ganada la capital de un país para la causa, el resto se hace por teléfono.»

Los núcleos de influencia comunista en Hispanoamérica y las esferas de su actividad, clandestina o no, han sido detectados hace tiempo con bastante preci-

sión. Según las fuentes de que disponemos, esos núcleos y esferas se distribuyen así:

Argentina.—Hay infiltraciones comunistas en los sindicatos y en ciertos sectores de la Prensa.

Bolivia.—Hay infiltraciones entre los mineros y los estudiantes.

Brasil.—En los organismos del Gobierno e incluso en el Parlamento, sirviéndose, como vehículo, de los partidos legales.

Chile.—Como el partido comunista también aquí está fuera de la ley, en las elecciones de 1952 se asociaron en un Frente Popular con los socialistas, llevándose el 5 por 100 de los votos. Su campo de acción predilecto son los sindicatos.

Colombia.—Los comunistas están divididos. Hicieron guerra abierta contra el Gobierno conservador que se formó después del «Blitz» de Bogotá, precisamente cuando en esta ciudad estaba reunida la IX Conferencia Interamericana.

Costa Rica.—Alguien ha escrito que el Presidente José Figueres mantiene buenas relaciones con elementos rojos exilados de otros países y que esta nación está en turno para la «guatemaltización». Pero lo cierto es que Costa Rica ha estado ausente en la Conferencia de Caracas y que el señor Figueres expuso el 8 de noviembre pasado un programa de acción social y económica que puede ser calificado de demócrata-cristiano. El mismo Figueres justificó la ausencia de su país en Caracas como protesta contra los regímenes «totalitarios» de Hispanoamérica.

Cuba.—El partido comunista tiene a sus afiliados en los sindicatos del azúcar del tabaco y de la Marina mercante. Hoy su influencia, bajo el régimen de Batista, es escasa.

República Dominicana.—Prácticamente, el general Trujillo los ha barrido de la vida nacional. El partido comunista dice que cuenta con 2.000 miembros que actúan en la clandestinidad, teniendo su cuartel general en Guatimala.

Ecuador.—El partido comunista está emparentado con el socialista y ejerce influencia en los sindicatos de trabajadores. Tienen un solo diputado en el Parlamento. Hace proselitismo entre los estudiantes y los maestros de escuela.

El Salvador.—Ejerce su acción clandestina entre los estudiantes y los afiliados a los sindicatos.

Guatemala.—Ya nos hemos referido anteriormente a este país.

Haití.—En la actualidad los comunistas carecen en absoluto de influencia.

Honduras.—El partido comunista pertenece a la categoría de los «desdefiables». La única actividad subversiva la llevan a cabo comunistas guatemaltecos que pasan la frontera ilegalmente para crearles dificultades a las compañías norteamericanas establecidas en el país.

Méjico.—Han logrado filtrarse hasta ocupar algunos cargos claves de la Administración y ejercen cierta influencia en los medios sindicales e intelectuales.

Nicaragua.—El partido comunista hace tiempo que no quiere decir su nombre y se llama Partido Socialista Nicaragüense. Sus líderes, como los de otras varias



Dos escenas, por cierto bastante violentas, del activismo comunista en Bogotá. La fotografía inferior recoge el incendio del periódico «El Espectador», por los manifestantes

naciones, están refugiados en Guatemala.

Panamá.—Aquí el partido comunista se llama Partido del Pueblo y se mueve entre los grupos sindicales y estudiantiles.

Paraguay.—Los comunistas han desaparecido prácticamente de la vida nacional.

Perú.—Los comunistas tienen a la mayor parte de sus afiliados en los sindicatos mineros, de transportes y de obreros portuarios.

Uruguay.—Como de costumbre, hacen proselitismo y tienen influencia en los sindicatos y entre los intelectuales. Cuentan con dos diputados en el Parlamento. Pero llegó a tener seis. En las últimas elecciones obtuvieron 19.000 votos, o sea 4.000 más que el número de afiliados.

Venezuela.—La enorme prosperidad material de este país compensa su tradición de inestabilidad política a lo largo de estos últimos años, en orden a la difusión del comunismo, que está fuera de la ley. El partido comunista «trabaja» a los intelectuales y a los sindicatos.

LA YUGULAR DE LOS ESTADOS UNIDOS

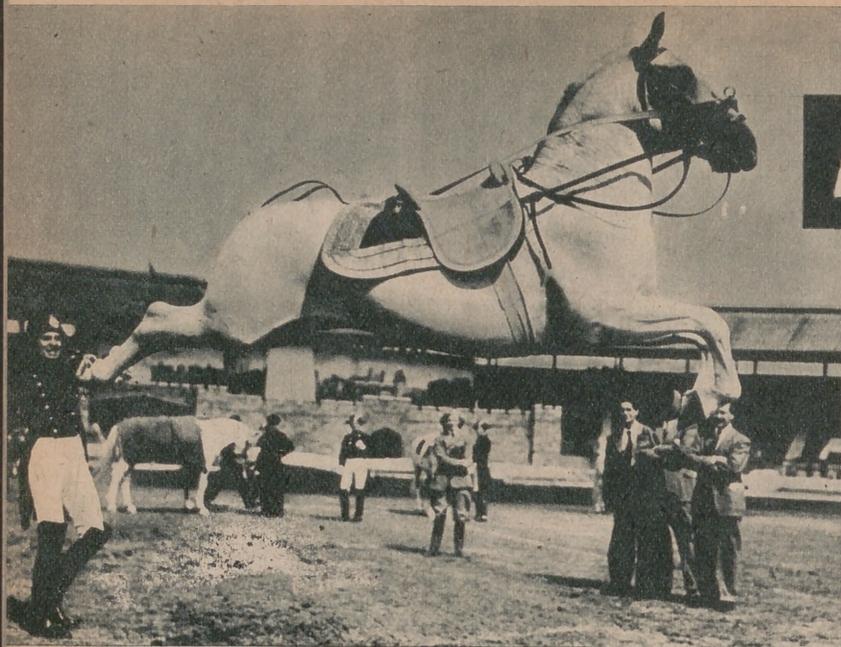
Tratándose del peligro comunista, en verdad nada es desdefiable. Pero podemos tener la certeza de que si los Estados Unidos impusieron en Caracas la V Cuestión,

que fué tan largamente debatida, lo hicieron pensando, sobre todo, en Guatemala y en la seguridad del Caribe, esencial para la seguridad del canal de Panamá, «que todavía constituye, con su "hinterland", un vital lazo económico y estratégico entre los dos océanos», y que es «el viaducto por donde circulan las materias primas de ambas Américas». Se ha llamado a la América Central la yugular de los Estados Unidos, y esta imagen es muy poco tranquilizadora para los americanos del Norte.

En la IX Conferencia Interamericana de 1948 se adoptó ya una resolución contra la infiltración comunista en el hemisferio occidental. Se insistió nuevamente sobre este tema en la conferencia de cancilleres de abril de 1951, celebrada en Washington. Pero, con el correr del tiempo, se ha reparado en la ineficacia de dichas resoluciones, «vagas y excesivamente generalizadoras», y por eso ahora, en Caracas, Foster Dulles ha querido apretar más las clavijas. Nuestros lectores ya saben que la propuesta norteamericana en este sentido obtuvo, tras muchos debates, una votación mayoritaria. El texto de la nueva resolución se titula «Declaración de solidaridad para la preservación de la integridad política de los Estados americanos contra la intervención comunista internacional.» Esta declaración, que condena la introducción en el hemisferio occidental de todo sistema político comunista extracontinental, equivale a la implantación de un neomonroísmo en el terreno ideológico, y las recomendaciones contienen varias medidas enderezadas a pararle los pies a Rusia en Hispanoamérica. Otra puerta, pues, que se cierra con estrépito sobre las narices de la Kominform. Al menos, teóricamente.

Mister Foster Dulles propuso una vez, antes de ser secretario de Estado, que a la Kominform debiera oponerle el mundo libre una anti Kominform. En la declaración aludida más arriba, una de las recomendaciones—la que se refiere al intercambio de información interamericana—parece guiarse hacia ese propósito. El destino manifiesto puede comenzar a rodar ahora por nuevos caminos.

M. BLANCO TOBIO



Un caballo de raza española en salto de exhibición en Londres.—Abajo: El equipo de la Escuela Española de Equitación de Viena durante su participación en un concurso internacional



La tierra se ha hecho más pequeña, porque ya nadie anda despacio los caminos. En virtud del progreso se ha perdido el sentido de las distancias, que ahora no pueden medirse por millas o kilómetros. Eso pasó, como pasaron tantas otras cosas. La tierra sufre en silencio, se empequeñece sin protesta, soporta gravemente el cosquilleo de los neumáticos y la presión de los carriles, ofrece sus aguas a submarinos y acorazados; contempla, atónita, a los monstruos volantes, que se escapan de su acogedora superficie para transpasar la barrera del sonido.

Y tal vez echa de menos la caricia rítmica de los caballos que, en otro tiempo, golpeaban con sus cascos caminos de sangre y de gloria.

*«¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus
relucientes y sus cascos musi-
[ancas
cales.]»*

A caballo marchaba César en las Galias, y Aníbal en los Alpes, y triturraba dragones San Jorge, y cerraba contra los moros nuestro señor Sant-Yago, y llegaba Hernán Cortés desde Méjico a Honduras y Soto hasta el mismo trono de Atahualpa y tundía

molinos Don Quijote y lloraba su destierro el Cid por tierras de Castilla.

¡Viejas estampas de historia y de leyenda, sustituidas hoy por los tanques de veinte toneladas, los aviones a reacción y los modernos «Haigas», devoradores insaciables de asfaltadas carreteras!

CUATRO SIGLOS DE ANTIGÜEDAD

En este mundo nuestro de ahora, en el que dominan las líneas aerodinámicas y el vértigo de la velocidad, resulta un poco asombrosa la permanencia de la Escuela Española de Equitación de Viena que, al cabo de cuatro siglos y a pesar de las guerras que conmovieron hasta los cielos de la vieja Europa, continúa existiendo, inalterable, como un cuadro velazqueño; sin sustitución posible, sin una sola concesión que rebaje el decoro de sus caballos o la dignidad de sus caballeros.

Fué el Emperador Maximiliano II el que introdujo en Austria el caballo español, allá por el año 1562, fundando la yeguada real de Kladrub. Pocos años más tarde, en 1580, su hermano, el archiduque Carlos, estableció otra yeguada con sementales y yeguas adquiridos en nuestra Península, que tuvo su sede en

A CABALLO, LOS

EN JEREZ DE LA FRONTERA Y MADRID, CABALLOS Y JINETES VIENESES EXHIBIRAN SU DEPURADO ESTILO

Lipizzia, una ciudad de la zona montañosa de Karst, cercana a Trieste, que por entonces pertenecía a la corona austríaca.

Tal vez ellos mismos no llegaron a imaginar que la yeguada despertaría con el tiempo clamores universales de admiración y fama, y que perviviría hasta una época que por aquellos días debía pertenecer por fuerza al mundo de la más pura entelequia.

Las yeguas de Kladrub y Lipizzia, y más tarde la real de Halturn, proveían de valiosos ejemplares a la Cuadra de Equitación Española de Viena. Después fué cerrado Halturn, continuando en Kladrub la producción de caballos de tiro pesado y en Lipizzia la de tiro ligero y silla. De aquí que se diera el nombre de lipizzianos a los que no son en realidad más que descendientes de la vieja y estimada raza andaluza.

Aunque los libros de la yeguada sólo se conservan hasta 1701, siendo incompletos los posteriores, se sabe que fueron utilizados sementales de Oriente a fines del siglo XVIII, pero siempre se mantuvo en gran predominio la sangre española.

Uno de los primeros maestros en jefe de la Escuela de Equitación Española de Viena fué el conde Von Regenthal, sucediéndole Maximiliano von Weirother. Pero la Escuela alcanzó su máximo esplendor bajo el mandato de Niedermayer (1865 a 1887).

La yeguada vivió doscientos años tranquilos, pero más adelante, las guerras obligaron a realizar traslados y desplazamientos. A raíz de la contienda del 14 fué llevada a Piber, en la Estiria, cerca de Gratz, donde se prosiguió la cría. En 1943 se encontraba en Checoslovaquia, y cuando, dos años después, las tropas norteamericanas llegaron a Austria, el general Patton ordenó a sus fuerzas que prestaran el auxilio necesario para recuperar la yeguada.

Así pues, un poco milagrosamente, los blancos caballos lipizzianos se han venido sucediendo durante cuatro siglos, a través de formidables dificultades, y su alta escuela, única en el mundo, su extraordinaria agilidad y gracia de movimientos, continúan siendo un espectáculo

LOS PUEBLOS SE ENTIENDEN

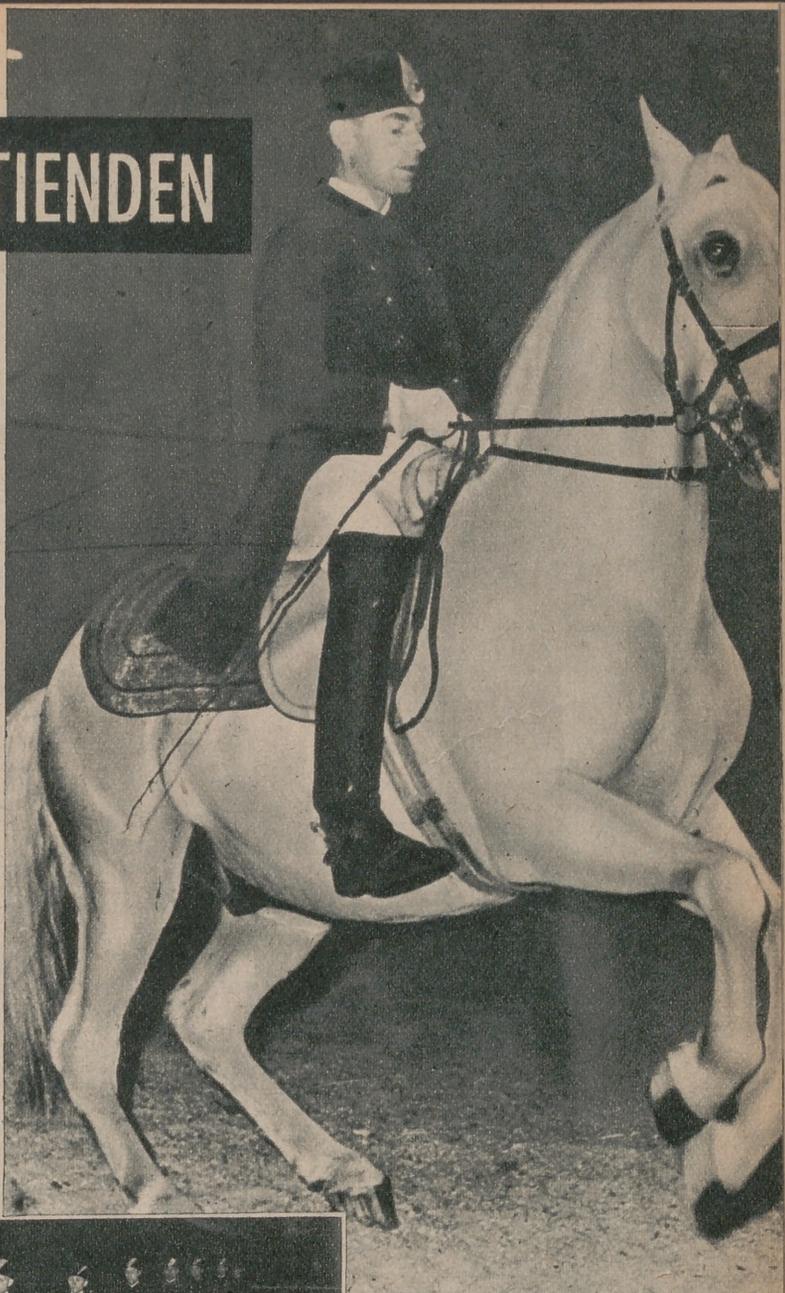
CUATRO SIGLOS DE ANTIGÜEDAD TIENE LA ESCUELA ESPAÑOLA DE EQUITACION EN VIENA

sin igual, que muy pronto podremos presenciar en España.

Dieciocho familias de yeguas tienen blanco el color del pelo

Dentro de unas semanas, la Escuela Española de Equitación de Viena vendrá a Nuestra Patria. No es la primera vez que caballos y caballeros se desplazan al extranjero, porque su fama saltó, como en uno de esos brincos prodigiosos de los «dipizianos», por encima de las fronteras, y en todas partes es solicitada su presencia. Berlín, Londres, La Haya, Bruselas, Roma, Zurich, Ginebra, Nueva York y Toronto fueron testigos, en diferentes años, de las impresionantes exhibiciones de estos caballos, que tuvieron su cuna en nuestra Andalucía. A España vienen ahora por primera vez.

Actualmente hay seis dinastías de sementales, que toman sus



La plantilla de la Escuela está formada por un maestro de equitación en jefe; cuatro primeros maestros; cuatro maestros; dos escolares y cuatro alumnos. Antiguamente era costumbre admitir oficiales de la Corte, dignatarios imperiales, jefes y oficiales del Ejército y también oficiales de ejércitos extranjeros, que se hicieran acreedores a tal honor por su maestría y habilidad en la doma.

EL PICADERO DE VIENA, FRENTE A LAS PLAZAS DE TOROS

El picadero de Viena, donde se entrenan y exhiben los caballos «dipizianos», está situado en la Josefplatz, junto al palacio imperial de Hofburg. No ha sufrido alteraciones importantes a lo largo de los siglos. Rodeado por dos galerías de observación y altas columnas, todo es blanco, armonioso y bello, como los mismos caballos. Un retrato de Carlos VI a caballo sobre un «dipiziano» preside la entrada. Hay dos salas de recepción y otra para guardar las monturas, comunicándose con los establos, al otro lado de la calle, por medio de un pasaje subterráneo. Fué cons-

El equipo vienés se dispone a intervenir en un festival circense

nombres de los caballos de origen: «Pluto», blanco danés, nacido en 1765; «Conversano», negro napolitano, nacido en 1767; «Napolitano», castaño napolitano, nacido en 1790; «Favory», tordo español, nacido en 1779; «Maestoso», blanco español, nacido en 1779, y «Siglavy», blanco árabe, nacido en 1865.

Hay, además, dieciocho familias de yeguas, y el color blanco predomina en el pelo. Es curioso que aunque nacen muchos ejem-

plares tordos, bayos y de otras capas, se tornan blancos a los cuatro años e incluso después.

Tienen como hierro marcada una «L» en la quijada izquierda y una corona y una «P» en la nalga del mismo costado. Se colocan también otras marcas en el lugar cubierto por la montura, con la inicial y señal del padre y de la yegua madre.

Los equipos de Austria, Bélgica, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Italia, Suecia, España y Alemania, que participaron en el Gran Premio de las Naciones



truido por uno de los más destacados maestros del período barroco: Fischer von Erlach.

Los cronistas antiguos han dejado impresionantes descripciones de los grandes festivales que en la Corte de los Habsburgos se celebraban, utilizando el picadero de la Escuela Española de Equitación. Palcos con valiosos tapices y terciopelos, en los que tomaban asiento las más significadas personalidades de la sociedad palaciega; sones de clarín al aparecer los caballos con su paso majestuoso, guiados por los diestros jinetes de vistosos uniformes —librea marrón, pantalón blanco de gamuza, charoladas botas altas, espadín al cinto y bicornio—; en los cabezales y en las sillas, el contraste de los colores rojo y gualda que pregonan la aristocracia. Último vestigio de la alta escuela de equitación de la Corte española, de cuyas figuras dejaron imperecederos recuerdos los pinceles de Velázquez.

Una de las dificultades con que tropieza la Escuela de Equitación Española de Viena en sus desplazamientos, es la falta de lugares adecuados para la exhibición de los arrogantes «lipizzianos», acostumbraos al marco grandioso y familiar del picadero.

Por suerte, nosotros disponemos de las plazas de toros, en cuyos ruedos amarillos exhiben también con frecuencia su arte maravilloso los caballeros españoles que juegan con el toro desde la silla de un potro jerezano.

Y en las plazas de toros realizarán sus ejercicios los jinetes de la Escuela de Viena.

PARA LLEGAR A JINETE HAY QUE SER ANTES MOZO DE CUADRA

Los ejercicios de los «lipizzianos», por su perfecta exactitud y armonía de movimientos, dan la impresión de ser una cosa sencilla. Viéndolos parece que todo es natural, fácil y cómodo. Y, sin embargo, esta perfección sólo puede conseguirse después de un entrenamiento metódico, cuidadoso y constante.

El jinete debe compenetrarse por completo con el caballo. (Para llegar a jinete de esta Escuela excepcional es necesario pasarse primeramente dos años como mozo de cuadra.) Los jinetes aprenden su arte de los caballos ya maestros y adiestran luego a los caballos jóvenes. Necesitan conocer la anatomía del animal, para no exigirle nunca un esfuerzo que no sea capaz de realizar, y asimismo deben conocer la capacidad mental de los caballos.

La doma comienza a los cuatro años; a los ocho empiezan a figurar los «lipizzianos» en las exhibiciones; pero la mayoría no pasan definitivamente al equipo hasta los doce años, cuando ya han alcanzado un grado de perfección imposible de superar.

Es esta una labor de paciencia tenaz, en la que no entra para nada el castigo físico de los animales; una labor casi humana,

necesitada de cariño, casi diríamos de ternura, porque sin ella no hay posibilidad de conseguir tan sorprendentes resultados.

LOS CABALLOS FLOTAN EN EL AIRE

El «piaffe» es un trote rítmico, durante el cual, si está bien hecho, el caballo no cambia de lugar. El peso principal recae sobre las patas traseras y el animal se eleva del suelo por medio de pasos regulares y elásticos.

El «paso español», llamado también «passage», consiste en levantar las patas en diagonal, con energía y pausa. Los movimientos son más largos que en el trote, dando la impresión de que el caballo flota en el aire.

La «levade» es un desarrollo del «piaffe». Las patas traseras soportan enteramente el peso del caballo y del jinete, mientras las manos se alzan del suelo. A veces el caballo llega a formar un ángulo de más de cuarenta y cinco grados y entonces el ejercicio recibe el nombre de «pessade». Varias «levades», seguidas, con cortos intervalos, constituyen la «mezair».

«Courbette», «croupade», «ballotade» y «capriola», completan los ejercicios de exhibición de los «lipizzianos» que, al final, en cuadrilla completa, realizan sobre la pista vistosos «carrouseles» y «ballets».

Música vienesa sirve de fondo a la actuación de caballos y jinetes, que dura aproximadamente noventa minutos. No son números de circo, sino exponentes vivos del arte de la equitación, de la alta escuela española.

Un hermoso espectáculo que tiene el mérito extraordinario de haber resistido los embates del tiempo, las guerras y las posguerras, el empuje de unas épocas en las que han cambiado las costumbres y los modos de ser; un espectáculo de tradición y de arte que conserva su nítida pureza, lo mismo que los «lipizzianos» conservan blanca la piel, curvada la cabeza, sedosas las crines, largas y niveas las colas; un espectáculo que se conserva inalterable, como el monumento del príncipe Eugenio de Saboya en Viena, en impresionante «levade».

La sangre andaluza corre por las venas de estos caballos, que fueron rescatados por los soldados del general Patton, entre los cuales habría quizá algún cowboy de Texas o de Arizona acostumbrado también a manejar altivos potros, descendientes de aquellos que conquistaron un mundo.

Jerez de la Frontera, cuna de caballeros, ha querido rendir homenaje a la Escuela Española de Equitación de Viena, invitándola a venir a España para que exhiba su arte depurado en la arena de su plaza de toros durante la «Semana del Caballo», espléndido certamen que tendrá lugar en la bella ciudad andaluza durante los días 5 al 16 de mayo. Con el fondo de la música vienesa y el color de oro viejo de la manzanilla escapándose de las cañas transparentes.

A caballo los pueblos se entienden...

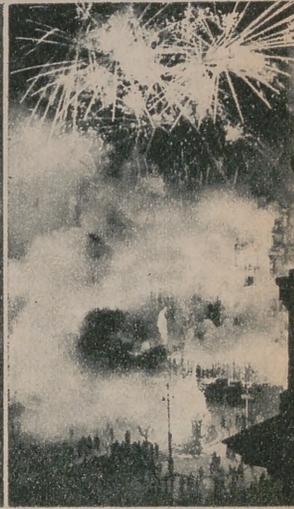


Una bella perspectiva de la evocada ciudad de Viena, donde se encuentra la Escuela Española de Equitación, fundada hace cuatro siglos

FALLAS VALENCIANAS



PIROTECNIA Y FUEGO EN LA CIUDAD DEL TURIA



DESEMPOLVO los más viejos recuerdos de mi niñez y vuelvo a ver el tropel de mozalbetes que, en los primeros días marceros, cruza por las calles de Valencia voceando la popular tonada:

¡Per ahí hi ha una estoreta velleta

pa la jalla de Sant Jusep...?

Era aquella una Valencia reposada e íntima, con un familiar clamor matutino de pregones, faroles de gas en las encrucijadas y un sosegado paseo, al caer la tarde, por la Bajada de San Francisco. Todo ello, que aún es de ayer, ha pasado ya a definitivamente, y nadie podrá oír la cancioncilla de la muchachada que pide a los vecinos trastos viejos para que ardan en la «falla de Sant Jusep». Tampoco estas fallas de ahora son lo que eran entonces; pasquín chispeante, chisme de vecinos y secreto a voces erigido con malicia, y casi siempre, con pobreza, en las cuatro esquinas de cada barriada. Las fallas han evolucionado con el mismo ritmo con que se ha transformado y crecido la ciudad. Su sátira es más universal, aun-

que no por eso menos intencionada. Su confección es infinitamente más cuidada y compleja. En el breve espacio de tiempo que abarca mi memoria se las ha visto trocarse, de fiesta de barrio, en fiesta mayor, suceso nacional y capítulo ineludible de las grandes guías turísticas. Nada han perdido, sin embargo, de su ancestral espíritu; lejos de ello, lo han acrecentado y enriquecido. Pero, ¿qué son las fallas?

EL HUEVO Y LA GALLINA

Al llegar a este punto hemos de enfrentarnos con una cuestión muy parecida a aquella famosa acerca de qué fue antes: si el huevo o la gallina. Todos los folkloristas que han buceado en las inagotables profundidades del tema se han planteado el mismo problema inicial: ¿Qué precedió a qué? ¿Los «ninots» —los muñecos— a la hoguera o la hoguera a los «ninots»? O, dicho de otro modo: ¿Fueron contruidos los «ninots» para arder en una fiesta del fuego preexistente y ancestral, o surgió el rito de las llamas como natural desenlace expiatorio en el que se

consumiesen los grotescos simulacros?

La respuesta es muy presumible. La fiesta del fuego debió de ser muy anterior. El hábito de encender fogatas en los momentos de júbilo y en los tránsitos de las estaciones es, sin duda, tan viejo como la Humanidad misma. Eruditos etnólogos han confeccionado dilatados inventarios de fiestas y solemnidades en las que la gente enciende hogueras y se entrega a transportes de júbilo en torno a las mismas. Aquí y allí, en todo el Viejo Mundo, la fiesta del fuego revivie cada año al paso de los solsticios, como en un rito solar arcaico e ininteligible. En la noche de San Juan, tan cargada de resonancias mágicas, los pueblos de estirpe agraria alumbran hogueras con las que es saludada la llegada del estío. En otros lugares, ese mismo rito se cumple en el tiempo de la Pascua Florida. Frazer, en un libro que es ya clásico a este respecto, se refiere a la ceremonia de «quemar el hombre de Pascua», que se realiza en la Alta Baviera y en algunas otras comarcas alemanas. En

ciertos países, concretamente en varios pueblos españoles, de donde la costumbre fué trasplantada a América, se celebra la «quema de Judas», quema, naturalmente, simbólica, que se verifica haciendo arder un muñeco. Florencia celebra el llamado «scoppio del carro», festejo que consiste en hacer estallar un vehículo cargado de cohetes y otros fuegos de artificio en la mañana de Resurrección.

Pero nos perderíamos por una espesa selva de datos y noticias si pretendiésemos hallar fuera de Valencia festejos emparentados con las fallas. La fiesta primaveral del fuego pervive en numerosos lugares, y, sin embargo, las fallas valencianas revisten caracteres de una originalidad absoluta; son emanación naturalísima del genio y del temperamento de un pueblo con personalidad muy acusada.

Cierto es que, en remotos tiempos, Valencia empezó practicando una simple fiesta del fuego, como forma elemental de regocijo o, acaso, como rito primitivo. La misma palabra (falla), que hoy se aplica a los efímeros monumentos que arden la noche de San José, ha de entenderse originariamente por hoguera. Ahora mismo los muchachos «encienden fallas» sobre las que brincan y en torno a las cuales se entregan a sus juegos. En la literatura medieval valenciana, falla era también sinónimo de fogata. «Alegraos, moretes, y hacer alegrías y fallas...», se lee en un documento del siglo XVI. Y no costaría mucho trabajo aducir testimonios similares de aquel mismo momento o de otros anteriores. Pero esto, naturalmente, no es aún la fiesta fallera actual ni cosa que remotamente lo parezca.

LOS CARPINTEROS SE DIVIERTEN

Por si faltaba algo, una tradición gremial generalmente aceptada viene a aclarar toda esta historia del origen de las fallas. Se dice, en efecto, que los carpinteros valencianos, para alumbiar sus horas de trabajo en las largas noches invernales, construían un rústico artefacto, a modo de poste, con varios brazos, del que colgaban los velones y candelis. El tal artefacto, llamado «estaib» o «parot», era todo él de madera, pues aquí no rezaba lo de «en casa del herrero, cuchillo de palo», y presidía cada taller en el tiempo que media entre San Miguel y San José, es decir, desde el fin del verano hasta el comienzo de la primavera.

Llegado San José, cuyo patrocinio sobre los artesanos de la madera es universal y notorio, los carpinteros hallaban que el «parot» iba a servirles tan sólo de estorbo, y lo quemaban en la vía pública, entre el jolgorio natural de la fiesta.

La historia de cómo esta quema del «parot» evolucionó hacia lo que hoy son las fallas es harto sencilla, pues no tardó en suceder que a alguien se le ocurriese dar al artefacto en cuestión apariencias de muñeco, de «ninot» que se consumiese en la pira junto con todos los desechos del taller y aun de las casas vecinas.

El primer paso de las fallas valencianas fué ése, y en verdad resulta muy verosímil, tanto más cuanto que, aceptando esta tradición, aparece plenamente justificada la localización de la fiesta en el día de San José, aunque no como conmemoración rigurosamente religiosa, sino como celebración gremial y profana. Si antes hubo algún rito popular de fuegos primaverales como aquellos a que se ha aludido antes, fué absorbido por la fiesta de los carpinteros, que en la noche de San José, después de engullir y libar de lo lindo—esto no lo dice la tradición, pero maldita la falta que hace—, se divierten con la ceremonia de la «cremá» del «parot», que cada vez más asumía apariencias humanas.

APARECE EN ESCENA LA SOCARRONERIA

Ahora bien, el valenciano es un pueblo socarrón. En un mapa del humor español habría que establecer regiones muy diversas. Habría una vasta zona grave, severa, a la que la gracia se le dispensa en sarcasmo. Pongan ustedes a Quevedo presidiéndola y lo habrán visto claro. Hay otra región del humor galaico, hecho de ternura y amargura a la vez, irónico, agudo y, en fin, surcado por una escondida vena melancólica. Hay otra comarca del humor andaluz, urdido con hipérbolos y gracias verbales, todo facondia y chisporroteo, aunque, eso también, contrapuntado por la pena, penita, pena del cante jondo. ¿Qué resta más? Pues resta el humor mediterráneo, producto de un pueblo que siente profundo amor a la vida y una disposición extraordinaria para apurarla con todos los sentidos muy despiertos. Ese humor, que a veces reviste formas crudísimas, fluye por vertientes de socarronería; es intencionado, directo, mordaz, aunque frecuentemente se apresura a cerrar la misma herida que ha abierto. A veces tiene mucho de juego de sofistas en el ágora y no carece de parentescos ilustres.

Sirvan de ejemplo, entre los más extremos, los nombres de Aristófanes y de Rabelais. Aristofanesco y rabelésiano es el pueblo de Valencia y ese rasgo esencial de su carácter se proyectó muy pronto en las incipientes fallas.

Porque sólo a un pueblo aristofanesco y rabelésiano, socarrón, intencionado, claro, gozoso y muy poco dado a la hipocresía y a los convencionalismos pudo antojársele que aquella fiesta de la quema anual de muñecos pudiera derivar hacia la sátira personal o de costumbres.

SAINETES ESTATICOS

Después de la socarronería, la teatralidad. Los valencianos no se satisfacen con alegorías. Su realismo esencial y su intuición escénica hallaron pronto una fórmula con la que superar esta quema de un muñeco solitario. No se sintieron, pues, satisfechos con condenar al pecador; necesitaron condenar el pecado. Fué entonces cuando decidieron simular, mediante dos o más «ninots» erigidos sobre un rudimentario catafalco, la acción reprobable. Ocurrió entonces que el epigra-

ma fallero derivó hacia una especie de sainete picante, cuya acción se hubiera detenido y comparciese ante el público de un modo estático, con personajes de cartón, trapo y madera. La manifiesta tosquedad de todo ello acentuaba aún más la gracia del conjunto y la agudeza de la intención. A partir de ese instante, la evolución de las fallas se precipita, pero sin alterar en nada su carácter, pues la nueva etapa viene determinada por la evidente y nunca desmentida aptitud que para las artes plásticas, mayores o menores, puras o impuras, poseen los nativos de este litoral mediterráneo.

Poco a poco, los muñecos, aun sin abandonar su aire grotesco, son modelados con más destreza, instalados con más gracia y situados con mayor acierto. Simultáneamente, los monumentos falleros aumentan en complejidad, se desdoblán en varias escenas y se componen con un sentido más unitario del conjunto. Las fallas ya no son sólo obra de los vecinos, sino de un nuevo personaje que acaba de hacer su aparición: el artista. El artista ha de ser un poco pintor y un mucho escultor; debe poseer cierto instinto arquitectónico, muy necesario a la hora de erigir su monumento de cartón y madera; ha de contar con una buena idea de la teatralidad y, sobre todo, no puede carecer de cantidades enormes de gracia fácil, espontánea y fluida. La Comisión de la falla, grupo de vecinos que dirige y canaliza la fiesta, pasa así a asumir funciones esencialmente administrativas. Pero no precipitemos los acontecimientos, como decían los folletínistas del pasado siglo.

DIFICULTADES NO FALTARON

Antes de que las fallas valencianas llegasen a ser lo que hoy son, hubieron de vencer resistencias no leves ni pequeñas. Incluso cuentan los cronistas—llegaron a ser prohibidas, unas veces so pretexto de los daños que podrían producir en los edificios urbanos durante la quema, y otras veces por razones de índole moral.

SURGE EL POETA FALLERO

En rigor, la literatura fallera es casi tan antigua como las fallas. Cuando la fiesta se reduce a la quema de un muñeco solitario, «el ninot de tiro», la musa popular ya no permanecía inactiva. A la burla, medio feroz, medio inocente de quemar en efígie a tal o cual figurilla o figurón, sumábase el escarnio de unos versos en los que se explicaba la razón de tamaña condena. Dichos versos, cuartetas, tercetos, quintillas, décimas, estaban redactados en valenciano popular por obra de cualquier poeta ocasional, y aparecían fijados en los muros de los edificios públicos. El sagaz y diligentísimo erudito valenciano Francisco Almela y Vives ha exhumado unos versos de éstos, cuya antigüedad se remonta al año 1788. He los aquí:

*A la nit vorán vostés
con ardix este jodio
que, dient-li tots nebót
cada vegada es mes tio.*

Literalmente traducidos, dicen:
«A la noche verán ustedes cómo

arde este judío que, llamándole todos sobrino, cada vez es más tío.» La víctima del fuego era en aquella ocasión un personaje apellidado Nebot, vocablo que en valenciano significa lo mismo que sobrino. El juego de palabras queda así suficientemente aclarado.

Mas también en la literatura fallera la evolución fué grande e impetuosa. A los pasquines rimados sucedieron, mediado el pasado siglo, los «llibrets de fallas»; breves publicaciones en las que, siempre en versos valencianos, se explica el significado de la falla y se remacha el clavo de la sátira. Pronto tuvo cada falla su cuadernillo aclaratorio, y más tarde surgieron otras publicaciones falleras destinadas a glosar la fiesta y a publicar los bocetos de las fallas de cada año. El primer «llibret de falla» fué obra, al parecer, de Bernat Baldoví, chispeante ingenio y poeta festivo del ochocientos. La primera revista fallera fué el «Pensat i fet», que puntualmente hace su aparición cada año en los primeros días de marzo.

TRIPAS LLEVAN CORAZON

Junto a la falla, la gastronomía. No podía ser de otro modo. La fiesta tiene un manjar propio, típico, característico: los buñuelos. Allí mismo, en las cuatro esquinas a dos pasos de los «minots» instálase la freiduría, panzuda caldera, hirviente aceite, barriño de blanca pasta y doradas pirámides de crepitantes y calientes buñuelos. Para endulzarlos, miel o azúcar. Para acompañarlos, chocolate o aguardiente, según la hora, el gusto y el temple del gaznate.

MUSICA Y RUIDO

Está por descifrar este misterio: ¿Cómo un pueblo puede ser a la vez tan devoto de la música y del ruido? ¿No parece que ambas aficiones debieran excluirse, contradictorias e irreconciliables? Pues sin embargo, Valencia quiere para su fiesta mayor música sin tasa y ruidos sin medida, melodías y truenos, armonías y tracas, petardos y explosiones de los más diversos calibres. Cada fiesta valenciana tiene su banda, que la provee de música, y su «cuheter», que le suministra detonaciones tremendas hasta dejar las calles invadidas por una densa humareda olorosa a pólvora quemada. Las fallas no pudieron ser menos. Y como todo lo que producen los pirotécnicos de Godella, de Benetuser y de Paterna no es sólo ruido, sino también efímeros prodigios de lena y de color que se abren en el cielo nocturno, la fiesta del fuego terminó siéndolo doblemente: por las llamas de la quema y por los primeros pirotécnicos que se suceden y superan cada día.

Esa ha sido la evolución de las fallas hasta el momento actual. De pequeña fiesta gremial pasaron a ser fiesta de vastas resonancias universales. El tema de las mismas fallas saltó del chisme de barriada a la sátira de altos vuelos. Los toscos muñecos se trocaron en elaboradas creaciones con un indudable trasfondo artístico. Todos los ingredientes tradicionales de las fiestas valencianas fueron agrupándose en torno a ésta, tan popular y auténtica que no cabe en la angosta pauta de un programa.

HAGAMOS NUMEROS

El pasado año, por ejemplo, hubo 147 fallas: tres de la sección es-

pecial, ocho de la primera, diecisiete de la segunda, cincuenta y siete de la tercera, apartado A, y sesenta y dos de la tercera, apartado B). El coste mínimo de cada falla, fundamento de esta clasificación, fué el siguiente:

Sección especial	...	125.000	ptas.
» 1. ^a	...	60.000	»
» 2. ^a	...	40.000	»
» 3. ^a A	...	20.000	»
» 3. ^a B	...	15.000	»

Los cálculos oportunos indican, a la vista de estos datos, que el coste mínimo de las fallas que son quemadas íntegramente durante la noche de San José, rebasa ampliamente los tres millones y medio de pesetas. A ello hay que agregar millares de kilómetros de traca, costosísimos fuegos artificiales, actuación de innumerables bandas de música, etcétera, etc.

¿Quién paga todo esto? La respuesta es evidente: lo paga el pueblo todo, ricos y humildes, doctos y legos, con espontánea y generosa liberalidad. Cada Comisión fallera organiza en su demarcación las necesarias colectas y el cobro de suscripciones para sufragar los gastos que ocasiona la fiesta. Las fallas nacen y crecen en los estratos más auténticos de una democracia natural, como producto de la colaboración de las más distintas y distantes clases sociales y de un espíritu libérrimo de crítica que no recata los matices más audaces del desenfado.

Durante el año entero, la Comisión fallera dedícate a recaudar fondos por todos los procedimientos imaginables, aunque siempre voluntarios. En el tiempo oportuno, contrata al artista; estudia los bocetos de posibles fallas; aprueba el que al fin habrá de realizarse; encarga el «llibret»; cierra los tratos con protécnicos y músicos; organiza el programa de fiestas para su barriada; elige su fallera mayor, y, por fin, a las doce de la noche del día 16 de marzo inicia la «plantá» de la falla.

También en esto ha habido mudanza. En los tiempos aquellos, aun no tan remotos, en que los mozalbetes recogían trastos viejos para quemarlos en las fallas, éstas tenían sólo dos días de existencia. Ahora son tres, del 17 al 19 de marzo, ambos inclusive.

Y la noche de San José...

La noche de San José, por fin, las fallas arden. La ciudad se alumbra con el resplandor de un centenar y medio de grandes incendios que ciernen sobre los edificios un halo de chispas y pavesas, mientras aquí y allí, bajo las estrellas, se abren policromos ramilletes de fuegos artificiales. Es la «cremá», culminación y epílogo de una fiesta única en el mundo. Las calles son incapaces de contener el inmenso góntio jubiloso que las invade. Para ese momento, sólo para asistir a ese momento, llegaron millares y millares de valencianos dispersos por todo el mundo, porque el fuego ancestral de las fallas es como el hogar que los convoca y los congrega. Esa misma noche arden también en todo el mundo innumerables fallas diminutas de confección doméstica: las fallas de los valencianos ausentes en la septentrional Finlandia, en



A cerca de cuatro millones de pesetas ciende el valor total de la fallas que sido quemadas este año. Dos mil kiló de traca y cuatro millones de petardo hecho ruido en las fiestas falleras

la próxima Italia, en los hogares de los exportadores naranjeros residentes en Hamburgo y en Liverpool, en Amsterdam y en Ectocolmo; en las misiones de la India y de Colombia; en Argelia y en Túnez, donde el valenciano es lengua casi usual... Es el rito antiguo que revive, evocado entre nostalgias. Es el nexo sutil y poderoso de la sangre y de la tierra que obliga a los ausentes a permanecer unas horas junto al receptor de radio, tratando de captar el mensaje entrañable de la ciudad añorada.

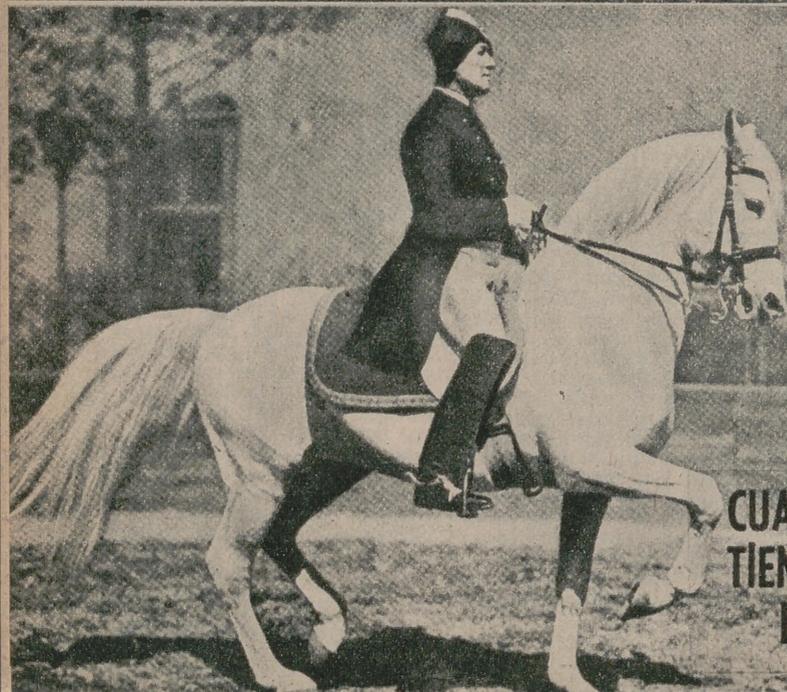
José OMBUENA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

AL CABALLO, LOS PUEBLOS SE ENTIENDEN



EN
JEREZ DE LA FRONTERA
Y MADRID, CABALLOS
Y JINETES VIENESES
EXHIBIRAN SU DEPURADO
ESTILO

CUATRO SIGLOS DE ANTIGÜEDAD
TIENE LA ESCUELA ESPAÑOLA
DE EQUITACION EN VIENA

VEA PAG. 58